





*Tercer viaje  
a Misiones*

*por*

*Juan Bautista Ambrosetti*





*Tercer viaje  
a Misiones*

*por*

*Juan Bautista Ambrosetti*

Comentado por Juan Carlos Chebez  
y Bárbara Gasparri



---

**F H N**

FUNDACIÓN  
DE HISTORIA NATURAL  
FÉLIX DE AZARA

EDITORIAL  
**ALBATROS**

**Director de la colección:** Juan Carlos Chebez

**Edición:** Cecilia Repetti

**Asistente de edición:** Guadalupe Rodríguez

**Dirección de arte y diagramación:** María Laura Martínez

**Retrato del autor:** gentileza de la Fundación de Historia Natural «Félix de Azara»

Copyright © 2008 by EDITORIAL ALBATROS SACI

J. Salguero 2745 5º - 51 (1425)

Buenos Aires - República Argentina

E-mail: [info@albatros.com.ar](mailto:info@albatros.com.ar)

[www.albatros.com.ar](http://www.albatros.com.ar)

ISBN: 978-950-24-1258-0

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723.

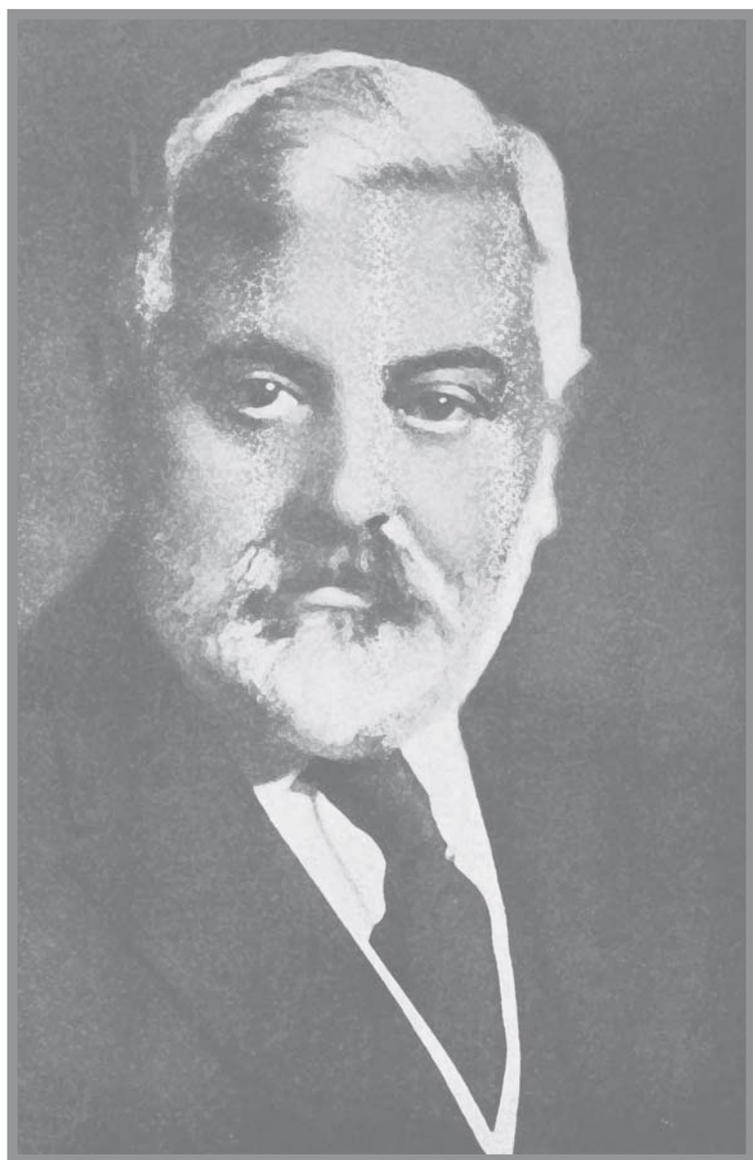
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

28 de agosto de 2008

# Índice general

Prólogo .....	9
Presentación .....	12
Agradecimientos .....	15
El padre del folclore .....	16
<b>Tercer viaje a Misiones (1896) .....</b>	<b>21</b>
Al lector .....	23
Capítulo I. De Buenos Aires a Posadas .....	25
Capítulo II. Candelaria .....	29
Capítulo III. Cerro Corá .....	37
Capítulo IV. En el Ingenio Primer Misionero .....	42
Capítulo V. Santa Ana .....	49
Capítulo VI. El Ingenio San Juan .....	55
Capítulo VII. En el río Yabeuiry (57) .....	63
Capítulo VIII. En San Ignacio .....	70
Capítulo IX. Las ruinas de San Ignacio .....	77
Capítulo X. En San Ignacio: la cuestión yerbales .....	85
Capítulo I .....	88
Capítulo II .....	89
Capítulo III .....	90
Capítulo IV .....	91
Capítulo V .....	92
Capítulo VI .....	92
Capítulo VII .....	94
Capítulo VIII .....	95
Capítulo XI. Por los alrededores de San Ignacio .....	96
Capítulo XII. En viaje a Yaguarazapá .....	105
Capítulo XIII. En Yaguarazapá .....	111
Capítulo XIV. El aserradero y obraje de Yaguarazapá .....	119
Capítulo XV. De Yaguarazapá a Piray Guazú .....	126
Capítulo XVI. La selva misionera .....	133
Capítulo XVII. La selva misionera .....	140
Capítulo XVIII. San Pedro de Monteagudo .....	147
<b>Referencias .....</b>	<b>157</b>



# Prólogo

Antes de que el hombre blanco ocupara la gran región, que conocemos como la provincia de Misiones, pero que obviamente era mucho más extensa y todavía no se concentraba en los actuales límites, todo el conjunto era una muralla verde casi infranqueable, una gran selva, riquísima en biodiversidad, que se extendía por kilómetros y kilómetros, y que a la lejanía se veía como de un color azulado; posiblemente por eso en el idioma poético de los pueblos originarios estos dos colores se describen con la misma palabra (*ovî*).

Sólo accesible navegando por los grandes ríos, como el Paraná, que la recorría, empezó a ser codiciada por la riqueza forestal que albergaba.

Sin embargo, la selva no estaba deshabitada; vivían en perfecta armonía con el medio ambiente, pueblos originarios de diversas etnias y no era la madera de los árboles lo que más valoraban estas culturas americanas.

Quizás el comienzo del derrumbe de este mundo tenga una fecha: 1874, cuando un interesado en la explotación de los yerbales silvestres de San Pedro encomendó al baqueano Moraes Dutra que estableciese condiciones de paz con los ocupantes naturales del lugar, para que no hubiera hostilidades.

Moraes Dutra partió del puerto natural que había en lo que hoy es la localidad de Pirai, acompañado por Carlos Bosetti y Adán Luchessi, transitando quizás el primer camino del interior de Misiones, la antigua picada «mulera» que atravesando las sierras centrales se internaba hasta el «planalto» misionero, llegaba a «Campañas de América» (Bernardo de Irigoyen) y a las «provincias» argentinas de Eré Eró, posiblemente Xanxeré, Pato Branco, Chapecó, Concordia, etc., hoy en Brasil (perdidas en el laudo Cleveland en el año 1895).

En la zona de San Pedro vivía el pueblo originario de los kaingangues, liderados por el cacique Bonifacio Maidana, en realidad un ex cautivo blanco que había llegado a ocupar esa alta jerarquía. No se sabe lo conversado o lo prometido, pero finalmente se selló el «Pacto de la Selva», es decir, el compromiso de los pueblos originarios de dejar «cosechar» a los blancos la yerba nativa.

Después de este pacto, todo fue decadencia, para la selva y para sus antiguos habitantes. En 1889, apenas 15 años después de este acontecimiento, el Ing. Florencio de Basaldúa visitó la región y se horrorizó de las terribles condiciones de explotación ecológica y humana que encontró; ya se empezaba también a explotar la araucaria o pino Brasil y el cedro, y en una carta al presidente Julio A. Roca, le pidió la sanción de una ley de un solo artículo: «que se planten 10 árboles por cada uno extraído», debido a que la yerba mate natural, que es un árbol de mediano porte, para hacer más rápidas riquezas, se volteaba a hacha para cosechar sus hojas.

De los kaingangues, a Bossetti le llamaron poderosamente la atención dos aspectos: la calidad de las ropas que usaban, porque el planalto es mucho más frío que el resto de la provincia y es necesario abrigarse; y las sogas que fabricaban de extraordinaria manufactura, destinadas a las cuerdas de los arcos y a tejer redes de pesca. Bossetti pensó que se trataba de mercadería obtenida por el comercio con algún lugar del Brasil, pero finalmente se enteró de que era procesada por ellos mismos; en el caso de las telas, con las fibras de la ortiga brava y las cuerdas, con las raíces del guembé o *Philodendron*.

Es un hecho que este pueblo originario además consumía el piñón de la araucaria silvestre que proliferaba en la zona, había también «domesticado» y criaba el pato criollo y realizaba diversos cultivos americanos (maíz, porotos, etc.).

Hace ya mucho tiempo que los kaingangues han desaparecido de Misiones, sólo quedan algunos dudosos topónimos y hasta algunos lingüistas afirman que el nombre de Goya, ciudad correntina, proviene de su idioma, verdaderamente muy poco para tan extraordinaria cultura.

Estos últimos kaingangues, como la otra etnia de Misiones, los mbyá-guaraníes o caingúas y sus legendarios caciques, fueron visitados y descriptos en todo su originalidad por Ambrosetti, así como la selva virgen, los innumerables arroyos de prístinas aguas poblados de peces, los árboles, que como diría Holmberg —su suegro, por otra parte—, «sólo volvería a Misiones para contemplar sus árboles» (¡qué desilusión se llevaría hoy en día si efectivamente pudiera volver!).

Pero lo que particularmente interesa hacer notar es el uso de los recursos naturales, no sólo de los fustes maderables de algunos árboles, que dieron origen al proceso extractivo actual, sino de las fibras vegetales, la fauna silvestre y esa enorme «farmacia verde», como expresa un dicho de un viejo «paí» guaraní anotado por el ambientalista Juan Carlos Chebez: «para quien sólo ve, la selva es

toda verde e igual, pero para quien conoce, contiene todos los remedios que necesitamos».

Y así habrá sido, porque el Padre Furlong, en su obra inédita en parte (1961), sólo describía para los guaraníes «como causa de muerte algún accidente o la vejez». Para pensarlo, ¿no?

Esta reedición de los viajes de Ambrosetti permite entonces conocer detalles de aquella Misiones, que se fue yendo lentamente al principio en las míticas jangadas, río abajo, cantadas por el poeta Ramón Ayala, y luego cada vez más rápidamente, por camiones y en aras de ambiciones cada vez menos nobles y más interesadas.

Sirvan entonces estos detalles tan vívidamente narrados por Ambrosetti, como rescate histórico de la memoria y más que nunca, de cara al futuro, para preservar lo que aún disminuido permanece en pie, para que pueda ser valorado en toda su justa dimensión por su biodiversidad y no sólo en el valor comercial de la madera disponible.

Nuevamente, sorprende Juan Carlos Chebez rescatando estos viajes de Ambrosetti, justamente por la gran validez que tienen ante el desafío tan proclamado y declamado, pero tan poco llevado a cabo en la práctica, que es el desarrollo sustentable, de ahí provienen precisamente la vigencia y la actualidad de este texto.

**Ing. Agr. Luis Alberto Rey**

*Ex Ministro de Ecología y R. N. R. de la provincia de Misiones*

*Ex Presidente de la Administración de Parques Nacionales*

# Presentación

La obra que tiene en sus manos es el tercer viaje al Territorio de las Misiones, hoy provincia de Misiones, efectuados por un destacado naturalista iniciador de los estudios folclóricos y etnográficos en la Argentina: Juan Bautista Ambrosetti.

Para los hombres de su época, la famosa «generación del 80», el reconocimiento del territorio nacional, sus riquezas naturales y en su caso, los usos y costumbres de los pobladores de tan vasta geografía tanto actuales como en el pasado, constituían un verdadero desvelo. Así, Ambrosetti eligió Misiones como uno de sus territorios predilectos —aunque no el único como se puede consultar en su apunte biográfico—, pero es allí donde regresa en tres ocasiones.

Sospechamos que el primer viaje lo hace animado por los comentarios del agrimensor Juan Queirel, quien le presta su diario de viaje, pues había ido a mensurar varias propiedades a ese territorio, incluso una del padre de nuestro investigador, y fundamentalmente por los comentarios orales y escritos de su suegro, el célebre naturalista Eduardo Ladislao Holmberg. Esa conjunción lo llevó a encarar un primer viaje que vio la luz en varias entregas en la *Revista del Museo de La Plata* en 1892, 1893 y 1894, en el que recorrió el Alto Uruguay para desde allí subir a San Pedro en plena selva de Misiones, cortar en una picada en el Paraná y bajar por el gran río de regreso. A partir de allí, el embrujo de la selva, sus infinitos misterios, su riqueza biológica y sus fantasmas se encargaron de atraerlo en dos oportunidades más.

El segundo viaje lo efectúa bajo los auspicios del fundador y director del Museo de La Plata, Francisco P. Moreno, en lo que sería la Expedición Científica al Nordeste. En este viaje remonta el Paraná, haciendo escalas en Goya, Corrientes, Posadas y Encarnación para desde allí remontar el Alto Paraná hasta los yerbales paraguayos de Tacurú Pucú y organizar una subida al célebre Salto del Iguazú, como se conocía por entonces a las hoy famosas Cataratas y retornar río abajo. Lamentablemente, a pesar de lo cuidadosa de su preparación y la compañía de uno de los mejores artistas de la época, Adolfo Methfessel, quien tomó bocetos de varios paisajes y de los indios caingúas en su medio, recogiendo numerosos materiales biológicos y arqueológicos, se produce a su regreso un desencuentro desafortunado entre Ambrosetti y Moreno, que entre otras cosas vuelve una incógnita el depósito final de los mate-

riales colectados, le impide hacer uso de varios bocetos de Methfessel sobre los caingúas (que verán la luz años después, recién a mediados del siglo XX, publicados por el Museo de La Plata gracias a la intermediación del arqueólogo Milcíades A. Vignati) y fundamentalmente hace que publique los resultados del viaje en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, en el tomo XV en 1894, dado la imposibilidad de hacerlo en la *Revista del Museo de La Plata*, como hubiera sido de esperar.

El tercer viaje es una especie de complemento de los anteriores y probablemente un gusto personal que se da Ambrosetti como etnógrafo, volviendo allí para estudiar en detalle a los últimos indios kaingangues instalados en San Pedro, en el corazón de Misiones.

Para que el panorama sea completo, recorre las bajas Misiones repitiendo lugares que ya había recorrido Holmberg, pero que él deseaba ver por sí mismo, como los campos y las reducciones jesuíticas de Candelaria, Santa Ana y San Ignacio. Los resultados de este viaje, que fue auspiciado por el Presidente de la Nación, ven la luz en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XVI en 1895.

Es justo señalar que los tres viajes forman un conjunto irremplazable de observaciones efectuadas por un hombre lúcido y culto que observa con curiosidad, no sólo la naturaleza, sino el ser humano y sus actividades económicas, siendo un material único de consulta para los misioneros y los miles de interesados en ese privilegiado territorio.

Resultados complementarios de estos viajes fueron artículos específicos sobre algunas especies de la fauna que publicó con el nombre de «Notas biológicas; contribución al estudio de la biología argentina», en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires* dirigida por su suegro entre 1893 y 1894; también sus materiales para el estudio del folclore misionero, que terminarían siendo con los años, aunque retocados y aumentados, la fuente de su libro póstumo *Supersticiones y leyendas*, que para muchos es la base de los estudios folclóricos argentinos. Asimismo, otros de sus trabajos son un estudio sobre los paraderos precolombinos de Goya; apuntes y un pequeño vocabulario de los indios chunupíes del Chaco austral que entrevista en Corrientes; su artículo sobre la leyenda del yaguareté-abá y sobre los cementerios prehistóricos del Alto Paraná (Misiones); pero fundamentalmente sus dos contribuciones principales fueron una nota sobre los indios caingúas del Alto Paraná, publicada en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XV de 1894, y la de los indios kaingangues de San Pedro (Misiones) con un vocabulario en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, tomo II de 1895. Este último informe fue de tal valor que hasta se tradujo al portugués, dada la importancia de esa

etnia para los brasileños y la carencia de una contribución homóloga en su territorio. Todo esto sin olvidar breves conferencias brindadas en sociedades científicas de la época o en el Teatro Nacional.

Sin dudas, la tierra roja le pegó fuerte a Ambrosetti quien retribuyó de sobra su hospitalidad con trabajos inolvidables que unen precisos datos científicos con la gracia de una pluma elegante y la frescura del relato de viaje. No habla por segunda mano, recorrió las picadas y fue testigo de un mundo verde que se resiste a abandonarnos.

# Agradecimientos

Los comentaristas dejan expreso agradecimiento a todos los que, de un modo u otro, colaboraron con este proyecto, comenzando por Andrea Canevaro, que confió en él; también a Adrián Giacchino y a la Fundación de Historia Natural «Félix de Azara», que nos brindó su auspicio.

Muy especialmente a Luis Rey por su prólogo y su compromiso con la selva; a Zygmunt Kowalski, quien generosamente nos permitió dar a conocer uno de sus cuadros en la portada de esta obra y que se inscribe merecidamente en la escuela iniciada por los primeros pintores naturalistas; y a Ezequiel Núñez Bustos por sus comentarios sobre las mariposas.

Por último, agradecemos la colaboración brindada por las bibliotecas del Instituto de Botánica Darwinión, del Museo Etnográfico «Juan Bautista Ambrosetti» y de la Administración de Parques Nacionales.

*Juan Carlos Chebez y Bárbara Gasparri*

# El padre del folclore

Juan Bautista Ambrosetti es considerado, con razón, el padre de los estudios folclóricos en la Argentina y fue también un destacado explorador, naturalista, etnógrafo y arqueólogo, además de escritor.

Durante su corta existencia, extendida entre 1865 y 1917, desarrolló una vasta actuación, primeramente en la provincia de Entre Ríos, más tarde con base en Buenos Aires, pero recorriendo en excursiones la provincia de Misiones (donde realizó tres expediciones), el Chaco oriental, los Valles Calchaquíes en Tucumán, Salta y Catamarca, la Quebrada de Humahuaca en Jujuy, y la Pampa Central, como se llamaba por entonces a la actual provincia de La Pampa, sin contar numerosas incursiones en el área pampeana y mesopotámica.

Iniciado como biólogo y paleontólogo, pronto demostró una gran inclinación hacia la arqueología, los pueblos originarios y las costumbres y creencias populares de las diversas regiones, constituyendo valiosas colecciones que fueron motivo de trabajos fundamentales para el creciente movimiento americanista y el incipiente desarrollo de la antropología y el folclore, y la base del Museo Etnográfico que se constituyó en depositario de esos materiales y de su herencia científica.

Una de sus biografías más detalladas, y la primera que se le dedicó en forma de libro, es la de Julián Cáceres Freyre (1967), que hemos usado como guía para estos comentarios. De allí sabemos que su padre era un italiano oriundo de Lombardía y se llamaba Tomás Ambrosetti y que llegó a la Argentina en 1853 radicándose posteriormente en Gualeguay, Entre Ríos, donde contrajo nupcias con Rosa Antola, hija de italianos genoveses, pero nacida aquí. El matrimonio tuvo cuatro hijos; los varones, Juan Bautista y Mateo, nacieron en la misma ciudad de su madre (este último era dos años menor que el naturalista y falleció sin descendencia a los 42 años). Cuando Ambrosetti tenía 6 años, su padre se trasladó a Buenos Aires, que ya tenía a su cargo varios negocios y establecimientos rurales en el Chaco santafesino e incluso en Misiones y, en su edad madura, llegó a ser Presidente del Banco Italiano del Río de la Plata y Caballero de la Corona de ese país. Falleció en Buenos Aires en 1926, nueve años después que su hijo mayor.

Según parece, Ambrosetti demostró desde joven una clara inclinación por la historia natural. Concurrió al *English College* y cursó Humanidades en la Facultad, que luego fue suprimida e incorporada al Colegio Nacional, y vivió por entonces en la calle Alsina, de la ciudad de Buenos Aires. Según cartas de compañeros de esos años, Ambrosetti se había dedicado, en forma *amateur*, a formar su primer Museo de Historia Natural y coleccionaba todo lo que tenía a su alcance, desde reliquias históricas, hasta mariscos o huevos, o embalsamaba pájaros.

Abandonó temporalmente en cuarto año sus estudios preparatorios y se dedicó al comercio y a la agricultura aprovechando la consolidación de su padre en estos temas, lo que le permitió comenzar sus viajes de estudio y conocer los usos y costumbres de los pobladores del país y también la prehistoria argentina, pues era un habitual concurrente de la Biblioteca Nacional donde leía los testimonios de los viajeros y los tratados de Historia Natural.

En 1878, su amigo naturalista Enrique Lynch Arribálzaga lo contactó con Holmberg y se produjo así el encuentro de Ambrosetti de 13 años con el brillante médico y naturalista de 26 años. El pretexto para la reunión fue clasificar un insecto y así se trabó una pronta amistad que le permitió visitar asiduamente la casa de Holmberg en la calle Cerrito, entre Córdoba y Paraguay, donde se reunían los más destacados científicos, literatos y pintores de la época. Además, Ambrosetti contrajo matrimonio con María Helena, la hija de Holmberg.

Su padrinazgo científico quedó entonces marcado por esta relación con Holmberg y Lynch Arribálzaga, fundadores de la revista *El Naturalista Argentino*. Esto explica también por qué parte de la obra de Ambrosetti fue publicada en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, que fundó y dirigió Holmberg.

La primera actuación científica destacada de Ambrosetti se produjo en Entre Ríos, donde exploró zonas del Dpto. de Victoria, incluyendo sectores isleños y los alrededores de Gualaguay, su ciudad natal, y Paraná. Atraído por igual por el paradero de los minuanes y los restos paleontológicos, escribió un artículo sobre las tortugas fósiles y algunas notas breves en diarios locales sobre la geografía y la naturaleza de Entre Ríos. En esta etapa, a través de la donación de sus colecciones zoológicas, Ambrosetti fue nombrado Director del Museo de Historia Natural de Paraná, que había sido fundado en 1884 sobre la base de las colecciones paleontológicas del profesor Pedro Scalabrini, que mucho tuvo que ver con la llegada de Ambrosetti a ese puesto.

Durante este tiempo, aprovechó una invitación del Capitán Antonio Romero para recorrer en julio de 1885 el Chaco santafesino, viven-

cias que volcó en un simpático libro titulado *Viaje de un Maturrango* y que firmó como Tomás Bathata. El volumen fue ilustrado por su cuñado y amigo Eduardo Alejandro Holmberg, bajo el seudónimo de Noris Zucoff. Esta obra lo revela, junto con otras páginas inéditas que da a conocer Cáceres Freyre y que firmó con los seudónimos de Fray Tetera o Bicho Moro, como un hombre culto con inquietudes literarias, tales como las manifestadas por su célebre suegro.

Luego de cinco años de labor en el Museo de Paraná, Ambrosetti cerró una etapa y se instaló en Buenos Aires al comenzar la década de 1890, pero no para quedarse quieto sino para iniciar con fuerza la etapa de naturalista viajero. Así puso su mira en el alejado territorio de Misiones donde su padre, en sociedad con un tal Storni, era propietario de grandes campos, y también atraído por los relatos del agrimensor Juan Queírel (que vieron la luz como libro en 1897), encaró su primer viaje a esa región entre septiembre de 1891 y febrero de 1892.

Los viajes a esa provincia son tres. Los temas misioneros fueron de los predilectos en la obra de Ambrosetti, quien aparentemente quedó subyugado por esa región que también visitó Holmberg y además de las crónicas generaron un sinfín de artículos como los que dedica a supersticiones de la región, el yaguareté-abá, la fauna mayor de la selva y las observaciones etnográficas de los mbyas y caingúas como él los denomina y los caingangues, etnias que le toca ver en un estado de pureza ya irreplicable para exploradores posteriores. Además brinda conferencias sobre la región y notas cortas.

En 1895 viajó por Salta, en parte acompañado por Eduardo A. Holmberg, y exploró la zona de Pampa Grande, las grutas de Carahuasi, del Churcal y de los Tigres, Guachipas, Cafayate, San Carlos, Molinos, La Poma, la Quebrada del Toro y la Ciudad de Salta. También visitó Tucumán y Catamarca, en particular el área de Tafí del Valle y los Valles Calchaquíes. En 1898 se conoce un viaje corto a Santiago del Estero; en 1902, recorre la Puna de Atacama y el Salar de Cauchari. También de esta época fue el ya mencionado (y publicado en 1893) viaje a la Pampa Central, que le permitió adentrarse en las realidades de la actual provincia de La Pampa.

Entre 1874 y 1876 habían aparecido los primeros trabajos arqueológicos de Francisco Pascacio Moreno, Florentino Ameghino y Estanislao Zeballos, y luego otros estudios previos a los suyos y dignos de mención como los de Lucio V. Mansilla, Ventura Lynch y Samuel Lafone Quevedo, que aportaron datos para el folclore de las pampas o los Valles Calchaquíes en forma puntual y acotada, pero no como un trabajo en conjunto que permitiera una comparación de las expresio-

nes culturales de las diferentes regiones. En 1893, con la publicación de los materiales para el estudio del folclore misionero, Ambrosetti dio comienzo a un estudio comparativo al que agregó posteriormente apuntes similares para estos sitios, y que dieron forma a la trilogía central de su obra cumbre que, con el título de *El Diablo indígena o Supersticiones y leyendas*, sería la piedra basal de estos temas. Esta apareció en 1917, el mismo año de la muerte repentina de Ambrosetti, y luego sufrió numerosas reediciones.

En cuanto a la arqueología, basta recordar en el noroeste el descubrimiento del Pucará de Tilcara, de las Ruinas de Quilmes, de la Ciudad Prehistórica de La Paya y la colección de numerosas piezas, gran parte de las cuales pudo llegar a comentar para destacar su aporte fundamental.

En 1896 se había fundado la Facultad de Filosofía y Letras, en la que el Dr. Samuel Lafone Quevedo era titular de la materia Arqueología americana desde 1889. Ambrosetti compartía una gran amistad con Lafone Quevedo y esto hizo que el 1 de julio de 1903 fuera designado Profesor Suplente de esta asignatura. Para ello, era imprescindible contar con materiales de apoyo y sus colecciones se prestaban a la perfección para ese fin. Un año más tarde, con la donación de sus colecciones obligó a la Facultad a fundar el Museo Etnográfico (emplazado en la calle Moreno), que tomó forma rápidamente para cobijar esos materiales. Desde 1905, Ambrosetti se convirtió en el Director del Museo.

Un sabroso anecdotario de cómo logra acrecentar dichas colecciones fue recopilado por Cáceres Freyre de manos de la viuda de Ambrosetti y revela el convencimiento y la claridad del trascendente paso que se estaba dando para el desarrollo de esta ciencia humanista en el país.

Ocupó además cargos en la Sociedad Científica Argentina y en 1910 la Universidad de Buenos Aires, a través de la Facultad de Filosofía y Letras, le otorgó el título de Doctor *honoris causa*. De esta etapa también es el viaje que habría intentado a Tierra del fuego, llegando por vía marítima a la altura del Golfo San Jorge, pero del que no quedaron evidencias escritas.

Su repentina desaparición privó al país de uno de sus más destacados científicos, pero por fortuna nos legó su bibliografía de 122 títulos y el Museo Etnográfico que atesoró sus colecciones. Al año de su muerte, la sala principal del Museo fue nombrada en su honor y se construyó un busto en su memoria; luego, en 1967, el Museo pasó a ser bautizado con su nombre.

En contraposición a su suegro y a su viuda, que lo sobrevivieron muchos años, lo que facilitó en el primer caso el rescate de su memoria, fue de lamentar también la temprana desaparición de su hijo Héctor Ambrosetti, uno de los más jóvenes miembros de la llamada por entonces Sociedad Ornitológica del Plata, el 20 de diciembre de 1918. En enero de 1919, su madre donó a dicha entidad, que por entonces funcionaba en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, las pieles de aves del joven naturalista que había heredado de su padre, en apariencia, el interés primario por la biología argentina.



*Tercer viaje a Misiones*  
(1896\*)

*por*

*Juan Bautista Ambrosetti*



---

\* Publicado originalmente en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XVI: 391-523, 1896, Buenos Aires.



# Al lector

Este tercer viaje<sup>1</sup> al magnífico territorio de Misiones lo efectué en los meses de febrero a julio de 1894, por encargo del Instituto Geográfico Argentino, con el fin de completar los datos que se tenían sobre esa región, y coleccionar objetos para enriquecer las secciones de etnografía y arqueología del museo, que el Instituto está formando con loable empeño, para que pueda servir de eficaz ayuda a los que se dedican a estudios de esta naturaleza.

El Instituto se dirigió por nota al Superior Gobierno solicitando su concurso, quien accedió poniendo al pie de ella la siguiente resolución:

*Buenos Aires, enero 9 de 1894.*

En mérito de las consideraciones aducidas por el Instituto Geográfico Argentino, manifestando haber confiado al Sr. Juan B. Ambrosetti y dos ayudantes el estudio y exploración de las Misiones, y resuelto enviar algunas expediciones, a fin de que recolecten el mayor número de datos exactos, sobre la naturaleza y riqueza de los territorios nacionales, su colonización, historia, arqueología y etnografía, con el fin de completar en lo posible sus respectivas descripciones, las que publicadas, servirán de propaganda a la inmigración, y

Considerando:

Que es un deber del Gobierno coadyuvar por todos los medios a su alcance, a la realización de estudios que, como el de que se trata, tiene verdadera importancia, especialmente para la Geografía Nacional;

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> El primer viaje lo realicé por la provincia de Río Grande del Sur, Alto Uruguay, atravesando después el territorio hasta el Alto Paraná en 1891. Los resultados de esta expedición fueron publicados en la Revista del Museo de La Plata tomos III, IV y V.

El segundo viaje lo realicé por el Alto Paraná e Iguazú en el año 1892, por cuenta del Museo de La Plata, dirigiendo la expedición Nord-Este que me confió su director el Dr. Francisco P. Moreno y cuyos resultados fueron publicados en este Boletín, tomo XV.

SE RESUELVE:

1.° Conceder al Instituto Geográfico Argentino los tres pasajes solicitados, desde esta capital hasta Tacurú Pucú y escalas, y la suma de seiscientos pesos moneda nacional que le serán entregados por la Oficina de Contabilidad del Ministerio, con destino a los fines mencionados y con imputación a eventuales.

2.° Comuníquese, etc.

*Sáenz Peña (1)*  
*Manuel Quintana.*

Al mismo tiempo que el Instituto gestionaba ante el Gobierno esta resolución, solicité por mi parte de mi distinguido amigo el Dr. Eduardo L. Holmberg, catedrático de botánica en la Facultad de Ciencias, la participación del Gabinete de Historia Natural, a lo que accedió, adhiriéndose el ayudante Juan M. Kyle a la expedición, que traía además un contingente pecuniario de los fondos destinados al fomento de dicho Gabinete, al cual debían corresponder parte de las colecciones zoológicas que se recogieran.

Para ocupar el otro puesto de ayudante, elegí al Sr. Gerente del Instituto, Carlos Correa Luna, joven aventajado y que mostró gran deseo de formar parte de la expedición.

---

# Capítulo I

## De Buenos Aires a Posadas

Embarque. – Navegación en el Plata. – La Isla de Martín García. – Entrada al Paraná Guazú. – Llegada a Posadas.



El día 4 de febrero zarpamos de Buenos Aires con destino a Corrientes a bordo del vapor de la carrera *Río Paraná*.

La marcha al principio es difícil entre aquel hacinamiento de buques que se hallan en la dársena y diques, y el continuo ir y venir de los pequeños remolcadores y lanchas que surcan sus aguas en todas direcciones; lo que obliga al vapor a andar despacio hasta poder tomar el canal de entrada, haciendo mientras tanto desfilar ante nosotros, el sinnúmero de cuadros animados que ofrece la ribera, siempre hormigueando de gente y curiosos.

El canal de entrada, por el cual se marcha, se halla bien señalado por dos filas paralelas de boyas numeradas, rojas y negras, que se balancean constantemente, acompañando el vaivén del agua siempre agitada.

A bordo todo es movimiento, cada cual trata de instalarse en su camarote, reuniendo en él, tras largas pesquisas, los objetos y bultos más queridos que la confusión del embarque ha dispersado.

El espíritu de orden parece agitar aquel microcosmos flotante, y todos, en los primeros momentos, hacen lo mismo, para poder después subir a cubierta a lanzar el suspiro de satisfacción de la obra concluida.

A pesar de nuestro buen deseo, el material de la expedición era numeroso, porque aduciendo razones de economía, hasta algunos víveres llevábamos, así que nos dio bastante trabajo reunir los bultos y ponerlos al abrigo de cualquier equivocación, en los frecuentes desembarques de los continuos puertos intermediarios, en los que teníamos que hacer escala, antes de llegar a nuestro destino.

Pronto pudimos dar también nosotros el suspiro del descanso y dejando a los aficionados empeñados en alguna partida en el salón, preferimos ir a respirar el aire fresco en la toldilla de proa.

El Río de la Plata estaba espléndido bajo un bello sol de las 3 de la tarde. Aquella inmensa masa líquida moviéndose suavemente quebraba los rayos de luz entre las aristas de sus rizadas ondas que tomaban tintes verdosos.

Una brisa suave nos evitaba las molestias del calor de febrero haciendo repiquetear la lona del toldo, al sacudirla, y dispersando el penacho negro del humo que incesantemente escapaba de la gruesa chimenea.

Los paseos de popa a proa son inevitables a bordo, un deseo de movimiento sugerido sin duda por la idea de la inmovilidad forzosa, se encarna en uno e inconscientemente se camina.

La ciudad de Buenos Aires poco a poco se esfumaba después de habernos presentado el magnífico espectáculo de su gran panorama, erizado de torres y chimeneas.

La marcha siempre igual con su ritmo marcado, nos alejaba cada vez más; los primeros planos se perdieron, luego los últimos y después, el horizonte incendiado por el sol poniente, ocupó su puesto en la visual, lanzándonos sus reflejos ígneos que fantásticamente iluminaban la estela furiosa del agua revuelta por las ruedas, que el vapor dejaba tras de sí, como huella fugaz de su pasada.

Agua y cielo por doquier es lo que se ve después de un par de horas de marcha, y de toda esta bella monotonía, aquí y allí fondeados o navegando, se destacan con sus cascos de colores uniformes buques y vapores.

Pasamos por el Globo, lugar peligroso, a juzgar por los muchos mástiles tronchados, desechos desnudos que allí emergen; cada uno con su historia, que relatan los baqueanos de a bordo para quienes esas arboladuras son antiguos conocidos.

Son del patacho, bergantín, goleta tal o cual, víctimas de las suestadas (2) que los arrojó sobre ese lecho movable de arena, sobre el cual eternamente descansarán, hundiéndose poco a poco en su masa que concluirá por cubrirlos, hasta que al agua se le antoje por cualquier causa abrirse una brecha por allí; entre tanto sus mástiles derechos o inclinados seguirán sirviendo de señales para que el marino las sepa aprovechar.

Continúa el aspecto monótono del Plata, agua y cielo, un mar, las olas no tienen ese aspecto imponente de las oceánicas, no, son más pequeñas, su movimiento está sujeto a un ritmo especial; al formarse parece que doblaran su extremidad hacia abajo a medida que van engrosándose, para dar una especie de vuelta sobre sí mismas y reven-

tar mostrando su magnífica cresta de espuma blanca que se deshace lánguida hasta perderse como cansada de tanto esfuerzo.

Detrás de una, otra nueva viene enrollándose sobre sí misma para reventar a su vez, y así de continuo, no se termina ese eterno movimiento del líquido en su inestable equilibrio, juguete de la fresca brisa, que parece entretenerse en cosquillar, *arripiando* la piel del gigantesco Plata.

El vapor continúa su marcha a toda fuerza. El batir de las poderosas ruedas, acompasado e igual, revuelve en sus flancos el líquido elemento, formando un vacío que incesantemente se llena, como si una vorágine monstruosa lo tragara, mientras detrás de ellas, el agua golpeada y sacudida levanta una fuerte marejada que trasmite sus espasmos a la distancia, formando un amplio ángulo, al que en el cielo acompaña la negra cola de humo que se escapa de la chimenea y marca el ritmo jadeante del vapor.

El Plata muestra un lunar, la isla de Martín García, que surge de su masa líquida, providencialmente colocada por la naturaleza entre inaccesibles bancos, y dominando las únicas entradas a nuestros ríos interiores: Paraná y Uruguay.

La forma de la isla es más o menos ovalada, con su eje mayor dirigido de Norte a Sur; vista en el mapa tiene el aspecto de uno de esos escudos feudales con un recorte en un lado.

La isla de Martín García (3), como es sabido, tiene una gran importancia estratégica y es por eso que el Gobierno Argentino siempre se ha preocupado, gastando sumas respetables, en el artillado y fortificación de ella.

Además de ser plaza fuerte, Martín García es el cuarentenario de los emigrantes y pasajeros que llegan en buques de puertos declarados sospechosos.

Las construcciones del gran lazareto y cuarentenario se ven desde a bordo, destacándose desde lejos por el color rojo con el cual se hallan pintadas.

No nos detenemos, la navegación continúa sin interrupción por el canal del lado argentino, a fin de tomar la boca del *Guazú*, como le llaman los baqueanos abreviando su verdadero nombre de *Paraná-Guazú*.

El Paraná Guazú es el brazo principal por donde desemboca el río Paraná, que al llegar al Plata, tiene que dividirse y subdividirse en otros brazos que surcan el sonriente Delta de su anchurosa boca.

Antes de penetrar al Guazú, grandes juncales se presentan como anunciando su proximidad; aquellas masas verdes, filamentosas, que

sobresalen del agua moviéndose a merced del viento, nos dicen bien claro que son el preludio de nuevas islas que poco a poco se levantan, gracias al enorme material de transporte que el gran Paraná trae en sus aguas y que allí paulatinamente va sedimentándose, detenido entre los infinitos tallos de los juncos.

Después de los juncos, aparecen las islas bajas de formación reciente, cubiertas todas de arbustos con sus raíces entre el limo bajo de agua.

El carácter de esta vegetación es especial, son arbustos jóvenes, en su mayor parte sauces, ingás, sarandíes, etc., todos de tallo delgado y enhiesto, más o menos de la misma altura, imprimiendo al paisaje una bella monotonía (4).

Nos hallamos dentro del Guazú, en pleno río Paraná, el que tendremos que remontar como unas 400 leguas, hasta el término de nuestro viaje.

Tendremos tiempo de admirarlo en sus diversos panoramas: desde esta vegetación en los albores de su vida casi infantil, que hoy nos sonríe, hasta aquella, allá a lo lejos, que contemplaremos sobre sus grandiosas barrancas, agobiada bajo el peso de los siglos y de innumerables parásitos, pero como vieja matrona, severa e imponente.

Cinco días después, transbordando en Corrientes, llegamos a Posadas capital del Territorio de Misiones, donde fuimos perfectamente atendidos por el Sr. Gobernador y demás autoridades, teniendo al mismo tiempo la satisfacción de estrechar de nuevo la mano a muchos de los amigos de los viajes anteriores.

Para no perder tiempo, resolvimos pasar a Candelaria.

# Capítulo II

## Candelaria

A bordo del *Delicia*. –El puerto de Candelaria. –Razones de la ubicación del pueblo. –Excursión por los alrededores. –Recuerdos de la Expedición del General Belgrano. –El yerbal de Bonpland. –La yerba y su germinación. –Visita a las ruinas de la antigua Misión jesuítica. –La tierra. –La influencia del ferrocarril sobre el desarrollo de Candelaria. –Pequeñas industrias.



Acompañados por D. Carlos Bossetti nos embarcamos en el vapor *Delicia*, cuyo propietario D. Pedro Labat, galantemente nos ofreció pasaje.

Cuando salimos de Posadas era ya tarde. El *Delicia* dio sus silbatos de ordenanza y poniendo la proa a la corriente, arrancó con gallardía, llevando a remolque una gran chata, que sostenida por medio de un grueso cabo estirado, nos seguía, casi rasando el agua.

La salida de Posadas ofrece ciertas dificultades, y es necesario ser baqueano para aprovechar de todos los recursos que ofrece el conocimiento de las aguas y piedras, a fin de salvar, haciendo voltejar el vapor, la corredera de Itacuí (cueva de piedra) (5) y sobre todo la parte que queda frente a los Sarandíes<sup>1</sup>, en donde la correntada es muy fuerte, lo que hace parecer por un gran rato, que no se marchara, teniendo siempre a la vista la ciudad.

La noche pronto nos sorprendió: una noche tropical, cuajada de estrellas a cuya titilante luz continuamos la marcha, seguidos por un grueso penacho de chispas que arrojaba la chimenea: chispas de mil formas, alargadas, retorcidas, que subían para apagarse luego y renovadas sin cesar, produciendo un bello efecto entre aquellas aguas correntosas, que las reflejaban fantásticamente.

Más tarde, la prudencia aconsejó fondear, y arrimándonos a la costa paraguaya, se amarró el vapor; tendiendo nuestros recados en el

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Sarandí es un punto sobre la costa argentina frente a Itacuí, llamado así por la abundancia de estos vegetales, que emergen entre aquellas aguas correntosas.

piso de la chata, nos acostamos con el cielo por techo, lo que nos permitió durante breves instantes estudiar astronomía, pero como en esa posición lo que se busca es dar amplia libertad al cuerpo y sus componentes, los párpados la aprovecharon para bajar, sustituyendo con su intrasperencia el espectáculo celeste.

Al amanecer despertamos bajo una capa de rocío que abundante, según costumbre, en Misiones, todas las noches cae.

Pronto llegamos al puerto de Candelaria. La costa es baja, la vegetación, como toda la ribereña, muy tupida y dominándola aquí y allí grupos de elegantes palmeras mbocayá (6) se erguían con sus bellos penachos de graciosas hojas.

Desembarcamos en la playa y poco después nos dirigimos a caballo a casa del Señor Bossetti situada a un extremo del pueblo.

El trayecto que se recorre es una simple faja de monte que separa la costa de la región de campo en que se halla Candelaria.

En ese monte, a la derecha, se encuentran las ruinas del antiguo pueblo jesuita (7); el moderno está delineado sobre una bella loma.

Las razones que se han tenido para no ubicarlo cerca del pueblo jesuita han sido, principalmente, alejarlo de la costa, que siendo allí baja y expuesta a las continuas crecientes del Alto Paraná, podía, al terminar estas, dejando la tierra inundada, cubierta de detritus y materias de transporte, dar lugar a la producción de fiebres intermitentes, etc., mientras que sobre la loma, favorecido el pueblo por el sol y la ventilación constante, se halla fuera de esos inconvenientes.

Al escribir esto no quiero decir que en Misiones exista el *chucho* o las fiebres palúdicas, no, estas sólo se manifiestan muy raramente por las razones antedichas; pero, como se trata de una enfermedad infecciosa, que hallando elementos para producirse podría transformarse en endémica, es muy pasible la mente que ha regido en colocar al pueblo en condiciones de salubridad, consultando no sólo el presente sino también sus necesidades futuras.

El pueblo nuevo empieza a poblarse, hay ya varias casas de material, bien construidas, pero como faltan aún muchos claros que llenar, parecen estar desparramadas sobre la loma que le sirve de asiento; muchos de estos claros estarían a la fecha llenos, si los colonos no hubieran tenido que tropezar con tantas dificultades para poder conseguir la escrituración de la tierra, dificultades que le presentaba la mala reglamentación de las tituladas colonias nacionales, que los obligaba a tramitar los asuntos ante la oficina nacional de tierras en Buenos Aires, a 300 leguas más o menos del punto de su residencia.

Felizmente, después de un luminoso informe de su actual gobernador Dr. Juan Balestra, quien ha sentido verdaderamente las necesidades de Misiones, el Gobierno Nacional dispuso de conformidad con él, que tanto Candelaria, como Santa Ana, pasasen a depender de la Gobernación, y que los títulos de propiedad se expidieran en la Capital del Territorio, Posadas, en donde para ello se crearon al mismo tiempo la Escribanía de Gobierno y la mesa topográfica, reparticiones ambas de gran importancia y de mucha necesidad.

Poco nos demoramos en casa del Señor Bosetti: lo suficiente para tomar el café matutino y volviendo a montar a caballo, recorrimos los alrededores de Candelaria.

El terreno es suavemente ondulado, con campos aptos para la cría de ganado mayor, y desparramadas en todos sentidos, isletas de montes que solucionan la continuidad de aquella sábana verde (8).

Al Sur, rodeando casi a Candelaria, pero lejos, el arroyo Garupá muestra la línea de su cauce por la mancha continua de vegetación tupida y exuberante, que borda sus sonrientes orillas (9).

Más lejos aún, los primeros contrafuertes y manifestaciones de la Cordillera del Imán (10) se presentan con elevaciones más o menos acentuadas, y un poco más lejos el precioso cerro de Santa Ana (11) destaca del horizonte su masa lila alargada.

Por doquier, en el suelo, nuestros caballos van pisando flores. Aquellos campos, se convierten en esta época (marzo) en una alfombra multicolor: cientos de especies diversas se distinguen por sus variadas corolas, todas de colores brillantes, vivísimos, que el magnífico sol de la mañana hace resaltar acentuando las últimas gotas de rocío, que sobre ellas en la noche se posaron; mientras los insectos despertados volvían a visitarlas con sus zumbidos característicos, dejando aquí y allí cargas de polen, cumpliendo así con el rol inconsciente que la naturaleza les ha adjudicado de factores de su fecundación.

En medio del paseo nos asaltaron los recuerdos históricos y buscamos más o menos el punto en donde el primer ejército libertador de la patria acampó, antes de efectuar la gloriosa expedición al Paraguay en 1811, al mando del General Belgrano (12). Frente a nosotros el río Paraná, aún no estrechado, mostraba su gran cancha con su faz titilante iluminada por el sol de la mañana, y del otro lado, la costa paraguaya, salvaje y abrupta, cubierta de vegetación boscosa se elevaba.

Mentalmente reconstruimos la escena que debió producirse, cuando el ejército pasó, y sin querer presenciarnos el embarque imaginario de aquellos 1000 hombres que se lanzaban aguas abajo sobre balsas

de madera y botes de cuero, formados y con sus armas preparadas para desembarcar en el Campichuelo, legua y media más al Sur, iniciando así esa campaña que, como bien lo dice el General Mitre, *iba a poner a prueba el temple de alma de Belgrano y el de sus soldados*<sup>1</sup>.

El Sr. Bossetti nos condujo a una chacra de su propiedad, situada cerca de las ruinas, en donde nos mostró un yerbal que según él, ha sido plantado por Bonpland (13).

Efectivamente, los árboles se hallan colocados en líneas regulares y por su aspecto y edad, demuestran de un modo que no deja lugar a dudas, que han sido plantados allí en la época en que el gran sabio se estableció en las Misiones, víctima de esa naturaleza tan maravillosa, que lo subyugó con sus espléndidas galas.

El yerbal se encuentra un poco destruido a causa del abandono en que se ha hallado, y del poco cuidado de los que lo han explotado clandestinamente, en otra época.

Felizmente, hoy pertenece al señor Bossetti, quien lo sabrá conservar, reponiendo las plantas que han sido cortadas y dejándolo descansar (14).

De qué medios se habrá valido Bonpland para llevar a cabo la plantación de la yerba, lo ignoramos; sus manuscritos perdidos deben haber tenido indicaciones preciosas al respecto.

Bonpland tuvo ocasiones como nadie para obtener una gran cantidad de datos sobre los medios agrícolas e industriales de que se valieron los jesuitas, para el adelanto de sus reducciones, porque, en su época, aún existían algunos viejos de entonces o por lo menos sus próximos descendientes, con quienes se halló en íntimo contacto y con los que esperaba formar una gran Colonia Misionera en Santa Ana y Candelaria, cuando los secuaces del siniestro doctor Francia, lo arrebataron y saquearon para internarlo en el Paraguay.

Sus manuscritos perdidos; ¡cómo los llora la ciencia!

¡Todo un monumento científico, levantado por un sabio durante tantos años de observación directa y de sacrificios sin cuento, alejado de todo centro civilizado, luchando contra la naturaleza salvaje y con gentes más salvajes aún!

Mucho me temo que hayan tenido un fin prosaico, como tuvieron varios libros de propiedad del ilustre Bravard, en la provincia de Entre Ríos, de los que pude salvar algunos pocos que aún poseo, de un

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Mitre: Historia de Belgrano, tomo 1, pág. 359.

deshojamiento paulatino que tenía por objeto recibir cantidades diminutas de yerba y azúcar, que un pulpero envolvía en las páginas donde Rafn y otros tradujeron las *Sagas* escandinavas, o el Rey de Dinamarca demostraba los procedimientos para la construcción de los Dolmens, etc.

La cuestión de la plantación de yerba mate hace tiempo me viene preocupando seriamente, puesto que se trata de una riqueza presente y futura; muchos yerbales han sido destruidos, mucho tiempo pasará antes de que se repongan y otros ya no se repondrán porque han sido salvajemente talados; así pues, urge la plantación de yerbales nuevos.

Muchos trabajos se han hecho sin resultado.

El trasplante de las plantitas huachas, como las llaman por allí a las pequeñas que se hallan en los yerbales, es un procedimiento muy costoso, que se ha ensayado sin éxito, puede decirse, puesto que ya por una o por otra causa, muchas plantas han muerto y sobre todo el transporte de estas, desde los yerbales a los centros poblados, es largo y perjudicial para ellas, a pesar de lo cual siempre se han salvado algunas, pero muy pocas.

De modo que hubo que abandonar este procedimiento por las razones expuestas. Los demás ensayos hechos por muchas personas en Misiones no dieron tampoco resultado y entonces ya sin averiguar ni experimentar más, las personas empeñadas en ello se desalentaron y dijeron en uno de esos momentos:

«Los jesuitas llevaron consigo el secreto de su plantación y todo lo que se haga al respecto, es inútil».

Y el asunto plantación de yerba-mate quedó en el olvido y los que quisieron emprender de nuevo estudios al respecto, fueron mirados como utopistas que perdían el tiempo.

Pero mientras que nosotros, al tratarse de yerba, dirigíamos solamente nuestra vista al territorio de Misiones y al Paraguay, en otra región rica también en yerbales, en la provincia del Paraná (Brasil) lindera con Misiones, hacía ya tiempo que habían descubierto el secreto de su plantación. Muchos yerbales se plantaban, y más de un mate de *yerba paranaguá*, que hemos tomado mientras nos preocupábamos de este asunto, provenía de árboles plantados en aquel Estado.

Hallándome en Misiones, en momentos en que el célebre General *Juca Tigre* aparecía con su ejército en las márgenes del majestuoso río Paraná, después de atravesar una gran extensión de la provincia del mismo nombre, acampaba en la Colonia Militar del Iguazú, tuve oca-

sión de conocer entre los recién llegados a uno de los jefes revolucionarios, persona sumamente distinguida y a quien ya conocía de nombre por algunos trabajos científicos publicados en revistas del Brasil; me refiero al Coronel Telémaco Morosini Borba, hijo de la provincia del Paraná.

Pronto la comunidad de estudios antropológicos nos hizo estrechar una amistad franca y cordial.

Entre los muchos temas que nos sirvieron para conversar en el largo viaje desde Tacurú Pucú hasta Buenos Aires, no podíamos dejar de tocar el de la yerba mate.

El señor Borba me explicó entonces el procedimiento empleado en su provincia, que es el siguiente, el que me hago un deber de publicar, para que lo ensayen los habitantes de Misiones, esperando que dé los mismos resultados que allá:

«Se coloca en un recipiente un poco de tierra y luego se echa agua a la que se va agregando potasa hasta que tome la densidad de hacer boyar un huevo de gallina; se echan dentro de este las semillas de yerba dejándolas en este baño veinticuatro horas, pasadas las cuales se procede a plantarlas en líneas a tres metros de distancia en todo sentido».

Ya está revelado el secreto de la germinación y trasplante de la yerba mate; ahora voy a indicar la conveniencia que hay en dedicarse a ella con todo el interés posible (15).

La yerba crece bastante ligero relativamente, y un agricultor que plante mil (1000) plantas, tendrá a los 4 ó 5 años, un término medio de 2 a 3 arrobas de yerba, por cada una, es decir, 20 a 30 kilos; como la yerba tiene buen precio y seguramente lo tendrá siempre, puesto que se trata de un artículo de primera necesidad, casi puede contarse con seguridad con 2 pesos m/n de ganancia por cada 10 kilos, de modo que las mil plantas en una zafra producirán de 4 a 6000 pesos.

Ahora bien, si el dueño de la plantación continúa ensanchando su yerbal con mil plantas anuales, en pocos años tendrá una renta que muy pocos productos podrán igualar.

Para plantar la yerba es preferible, a mi modo de ver, el rozado de bosque; en donde la tierra es mucho más apta, y si se hace esto no en la costa de los montes, sino en el interior de ellos, será mucho mejor, por cuanto la plantación quedará resguardada de todos los vientos, lo que no deja de ser una ventaja.

Además, el hacer la plantación en rozados presenta la conveniencia de poderla cercar fácilmente con los árboles derribados, lo que

evita el gasto del cerco de alambre, que no es poca economía. Y sobre todo la yerba es árbol de monte y sólo allí prospera bien, alcanzando pronto grandes proporciones.

Para el rozado es necesario emplear el sistema paraguayo, que conviene mucho más que el brasileño, puesto que aquel no destruye tanto la tierra con el fuego, como lo hace este, perdiéndose así una gran cantidad de sustancias que el calor transforma (16).

Del yerbal de Bonpland fuimos a visitar las ruinas de la antigua Candelaria. Estas, como todas las que se encuentran en Misiones, se hallan completamente envueltas en el bosque espeso, que desde su abandono empezó a cubrirlas. La maraña era insoportable, el señor Bossetti nos abría paso adelante, haciendo funcionar su machete de monte con el que, gracias a su mano práctica, dejaba tras de sí una senda accesible trochando cientos de tallos que doblegaban sus cabezas o caían al impulso destructor de su filoso instrumento.

Por entre la vegetación aparecían largas paredes, sucediéndose las habitaciones aún en pie o a medio derribar, mientras nosotros, siguiendo nuestra marcha, sudados y apartando las plantas a cada paso, andábamos pisando ya el suelo, ya sobre los montones de piedras caídas haciendo una gimnasia triple, al mismo tiempo que tratábamos de esquivar en lo posible el infinito número de nidos de avispas cartoneras pegadas a las paredes, cuyos terribles agujijones nos daban espeluznamientos, al sólo pensar que se les antojase atacarnos, si por casualidad una rama, o un tallo de enredaderas, de las innumerables que allí se entrelazan, rozasen con ellos, en algún mal tropezón o enredo, cuya sacudida fuese a tener desde el suelo concomitancia con las de arriba.

Poco de notable ofrecen estas ruinas, a no ser una gran pared que muestra ventanas en la parte superior, denotando que ha pertenecido a una casa de altos; por lo demás, todo se halla muy destruido, puesto que Candelaria fue una de las reducciones que más sufrieron en los sinnúmeros de calamidades humanas, que han azotado a Misiones (17).

Candelaria fue fundada primeramente en 1627, cerca de las nacientes del arroyo Pirayú que desagua en el río Piratinin, no lejos del sitio en que se halla actualmente el pueblo de San Luis, en las Misiones brasileras, de la provincia de Rio Grande del Sul.

En 1637, a causa del miedo que los indios tenían a los portugueses, la abandonaron situándose cerca de Itapuá (18) (hoy Posadas). Luego de allí se trasladaron cerca del lugar que ocupan sus ruinas, y definitivamente más tarde, en 1665, se establecieron allí. (Gay) (19).

Según el jesuita José Peramas, el censo de 1767 daba a la reducción de Candelaria 3064 habitantes, cifra que reputo exacta, puesto que no de otro modo se explicaría la importancia de sus actuales ruinas.

Hoy el municipio de Candelaria, puedo llamarlo así, puesto que pronto tendrá su municipalidad, según lo manda la ley, tiene más de mil habitantes repartidos la mayor parte en las chacras que rodean al pueblo, ocupándose de la plantación del tabaco principalmente y, como se hallan tan cerca de Posadas, en el cultivo también de diversos productos hortícolas de consumo en aquella ciudad.

La tierra de Candelaria es excelente, y con ese clima tan propicio, llegará con el tiempo a transformarse, cuando las vías de comunicación sean más fáciles, en un centro hortícola de los más importantes.

Pero para eso se necesita la terminación del ferrocarril que unirá a Posadas con Santo Tomé y Concordia, en Entre Ríos, a un paso de Buenos Aires, aguas abajo.

Entonces las variadas frutas tropicales constantemente conducidas por el ferrocarril vendrán a abastecer los mercados y, como ellas, muchos otros productos.

Podrán también establecerse ciertas industrias, como por ejemplo, la de los tomates, que allí dan con tanta facilidad y excesivo desarrollo. Ya en forma de salsa o pasta que no sólo abastecería a la República, sino también podría fácilmente ser artículo de exportación valiosa.

La extracción del añil, que se encuentra por allí y da tan buenos resultados, es tan fácil que se reduce a lo siguiente:

Poner en una batea llena de agua los gajos cortados sin machucar las hojas, dejándolas 24 horas allí, pasadas las cuales se sacan, agregando al agua una cierta cantidad de lejía fuerte; se revuelve con unos cazos, con los que se extrae una especie de espuma que se forma hasta tres veces, dejando luego asentar el añil que se deposita en el fondo.

Este procedimiento es muy empleado en el Paraguay, y para las familias agricultoras, dado el poco trabajo que da el cultivo de la planta, vendría a ser un elemento más de producción cuyo importe reforzaría sus entradas, y al territorio, el conjunto de su exportación, haciendo ingresar una suma de dinero no despreciable.

Como esta, muchas otras pequeñas industrias, como la del almidón de mandioca, cuyo método de fabricación daré más adelante, ídem la de la fariña, etc., podrán desarrollarse rápidamente el día en que el ferrocarril, con su silbato civilizador, concluya de despertar al suelo misionero.

# Capítulo III

## Cerro Corá

*Excursión al Cerro Corá. – El agua de Misiones. – El panorama del Cerro. – El establecimiento tabacalero del señor Hurtado. – Preparación del tabaco colorado y negro. – El tabaco de Misiones. – Su bondad y las causas de su mal nombre. – La población del Cerro. – Los decretos del doctor Balestra.*



Luego de que hubimos visitado a Candelaria, determinamos prolongar nuestra excursión al distrito agrícola de Cerro Corá, distante de allí como dos leguas.

Al siguiente día, montamos a caballo y acompañados del señor Bossetti, doctor Daverede y señor Jesús Val, llevando nuestra máquina fotográfica, nos dirigimos al cerro.

Durante la marcha, no dejábamos de tener a cada paso frases de admiración por aquellos continuos panoramas hermosísimos que se repetían con una frecuencia abrumadora; mis buenos compañeros Kyle y Correa Luna, ambos aficionados y encargados del aparato fotográfico, no cabían de impaciencia por empezar sus funciones.

Pero era necesario marchar, el sol de la mañana se hacía cada vez más cruel, y cuando se tiene que andar al trote por el campo y sin reparo, es preciso no perder tiempo. Ya tendríamos qué hacer en el cerro; así que no había más que conformarse con mirar.

¡Mirar! Pero ¿se puede mirar sin contemplar cuando la naturaleza brinda a los ojos viajeros sus más bellos espectáculos? Imposible, y eso nos sucedía precisamente; los tres no hablábamos, ni oíamos mientras nuestra vista se hallaba absorbida con todo aquello que iba desfilando poco a poco, con el ritmo de un trote pausado y continuo.

Por doquier las altas lomadas se doblaban en una curva graciosa, salpicadas de isletas de bosque, que resaltaban su tono azul oscuro del plano verde en que se hallaban, mientras en el suelo las sombras que proyectaban partían de su pie, en forma de grandes manchas alargadas.

Esas isletas de bosque, diseminadas por la superficie de aquellos campos, de todo tamaño y dimensiones, traicionaban la existencia en medio de ellas, de un ojo de agua o manantial, que oculto

entre la espesura, era amorosamente resguardado por la densa cortina de follaje.

Y esos ojos de agua, brotando sin murmullo, llenaban de vida y frescura a aquellos oasis vegetales que las haciendas aprovechan para pasar sus ruminantes siestas.

De vez en cuando el sonido lítico del golpear del bazo de nuestras cabalgaduras, nos hacía mirar al suelo, y entonces por un rato podíamos observar el subsuelo pedregoso de melafiras que la erosión de las aguas pluviales, en ciertas partes, ha puesto en descubierto, sobre todo en las alturas.

De tanto en tanto, en los bajos, atravesábamos hilos de agua y arroyuelos que corrían mansamente sobre un lecho pedregoso y, en el corte de ese cauce, la tierra negra ubérrima se presentaba en una gruesa capa.

En otras partes, las isletas de monte se alargaban, transformándose en largas restingas, que parecían interceptar el paso, y a medida que avanzábamos, la vegetación boscosa iba tomando caracteres más acentuados.

El trote no se interrumpía, nuestras cabalgaduras veteranas del camino continuaban avanzando, buscándole ventajas al suelo, como viejos conocidos.

Otro arroyo más, aquí hay más agua. No importa: se pasa, después de haber tomado un gran trago que la prudencia nos hace suspender a lo mejor, pero que el instinto animal nos haría beber un balde, de tan sabrosa que es.

¡Ah! ¡Las aguas de Misiones! ¡Qué riqueza hay allí solamente de ese líquido bienhechor y alma de toda la creación!

¡Qué cosa tan exquisita, qué claridad y qué frescura tiene esa preciosa linfa, qué cantidad de hierro lleva en disolución! Gracias a ella, ¡pocos son los anémicos que se encuentran por allí!

Del otro lado caminamos un momento por entre una restinga de puros urunday (20), árbol de madera tan excelente para ciertas obras, que los brasileros la llaman con razón *pao ferro*; es decir, 'palo de hierro'.

Pasada esta, otro espectáculo más bello se presenta: el Cerro Corá (21) que se eleva majestuoso ante nosotros con su forma de anfiteatro romano.

Aquel semicírculo de grandes cerros cubiertos totalmente por la lujuriosa vegetación misionera mostraba en sus flancos, desparramados y abundantes, manchas de un verde claro en donde los árboles

habían sido derribados, para ser sustituidos por los tallos esbeltos del maíz o la caña de azúcar, o por las plantas de tabaco, cuyas grandes hojas vendrían a pagar con usura a sus dueños el sudor derramado al proporcionarles espacio y suelo en que arraigar.

Luego, aquí y allí, las casas de los pobladores de aquel edén mostraban sus siluetas primitivas y las ripias de cedro (22) que, como escamas de pescado, cubrían sus techos.

Nos apeamos en medio del anfiteatro, en donde el señor Enrique Hurtado, industrial meritorio, ha levantado el primer estable cimiento tabacalero serio en Misiones.

El señor Hurtado no es plantador, sino acopiador de tabacos verdes que él prepara de un modo racional.

En cinco grandes galpones ventilados y económicamente hechos, que se hallan colocados de modo que formen un cuadrado, el tabaco sufre las operaciones de desecación a la sombra.

Primero las hojas son ensartadas por medio de una aguja e hilo, evitando así el sistema de atadura que es más moroso.

Una cantidad de muchachos se ocupan de esta tarea fácil, sustraídos de ese modo a la haraganería propia del abandono en que viven, y adquiriendo desde su edad ese hábito al trabajo que formará más tarde la base de su felicidad y bienestar.

Después, estas sartas son suspendidas entre pilares especiales para que gradualmente se sequen, todas clasificadas según clases, con sus etiquetas correspondientes.

Cuando ha llegado el momento oportuno las hojas son acondicionadas en mazos especiales, y van éstos a la prensa donde son enfardados.

De esta manera, el tabaco secado a la sombra convenientemente ventilado no pierde ninguna de sus propiedades, adquiere un bello color habana que inmediatamente llama la atención y conserva su aroma; no se arde, no se machuca y no toma ese gusto picante e insoporable de muchos análogos, que mal cosechado y expuesto, por la falta de local y medios, a todas las contingencias de la operación hecha al aire libre, en donde hoy recibe un chubasco, mañana sol, después viento, con su correspondiente dosis de tierra, etc., de modo que tiene que salir malo.

Por esta y otras muchas razones, entre ellas la exposición al rocío que le hacen sufrir durante una noche, antes de venderlo, para que pese más, algunos plantadores poco escrupulosos, hace que hasta ahora el tabaco misionero haya gozado de idéntica fama que la yerba del mismo nombre, sólo por el mal sistema de elaboración.

Felizmente, en adelante, gracias al ejemplo del señor Hurtado, en Cerro Corá y otros puntos, que ya han empezado a imitarlo, el tabaco de Misiones podrá ocupar el puesto que le corresponde dignamente entre sus similares, acreditándose como se está actualmente acreditando. Porque las diferencias que se han notado hasta ahora no han provenido sino de su mala elaboración, puesto que Misiones no tiene que envidiar a ninguna otra región, respecto a la clase de tierra apta para el cultivo del tabaco.

Su tierra es de calidad excelente, el tabaco se desarrolla de un modo asombroso: he visto plantas de dos metros de altura y aún más, con hasta 52 hojas entre grandes y pequeñas y muchas de 42 hojas abajo.

Algunas de estas plantas habían macollado, y de una salían 5 tallos cargados de hojas.

Muchas hojas he visto de una vara de largo u 80 centímetros y varias que han llegado al metro.

Estos datos que algunos creerán exagerados los hemos tomado directamente en el rozado del poblador Gregorio Acosta, paraguayo, sobre la costa del Paraná un poco más al norte de Santa Ana, rozado que visitamos con los compañeros, quienes como yo, se asombraron de esta exuberancia.

Este plantador con escasos medios, pero dotado de gran prolijidad, conseguía preparar una cierta cantidad de tabaco de buena calidad; entre las varias clases nos mostró una, que llaman *tabaco canela*, por el bello color que toma, y lo obtienen no deshojando la planta, sino cortándola al pie y dejando secar las hojas a la sombra pegadas al tallo.

En el establecimiento del señor Hurtado se prepara también tabaco negro.

Esta industria en Misiones, de un tiempo a esta parte, se ha desarrollado mucho debido al buen precio que tiene el artículo.

Los brasileros allí establecidos son los que más se han dedicado a ella.

Su fabricación es sencilla: las hojas de tabaco son desprovistas de la nervadura central y son divididas en dos a lo largo; estas porciones se colocan en hilera unas sobre otras y se tuercen en forma de cuerda que se enrolla después alrededor de un palo redondo.

El tabaco así preparado se empieza a poner oscuro hasta llegar al color negro; de tiempo en tiempo, se desenrolla la cuerda y se vuelve a enrollar en sentido contrario para que la operación se haga uniformemente.

Los rollos de tabaco negro, una vez terminada su preparación, son forrados en tabaco colorado y arpillera para ser así fácilmente exportados.

En la época en que lo visitamos (marzo), Cerro Corá se hallaba en plena cosecha de tabaco.

En todas las casas de los pobladores no se veían sino sargas de tabaco colorado secándose o rollos de negro en preparación; puede decirse que aquel es un distrito tabacalero por excelencia.

A caballo recorrimos la población del Cerro, es decir una parte, puesto que es difícil en un día visitar las plantaciones y casas de trescientas quince familias o más, que hay establecidas.

Toda esta población se ha instalado allí espontáneamente, a pesar de las vicisitudes por las que han tenido que pasar, sin seguridades de ninguna especie y expuestos cualquier día a que un decreto del Ejecutivo, arrancado por sorpresa, los considerara como intrusos.

Una vez ya estuvo a punto de suceder y hasta fueron los agrimensores para medir los terrenos del Cerro, que en Buenos Aires se habían concedido a una empresa particular, en la creencia de que estaban despoblados, para formar allí una colonia agrícola (*sic*) pero felizmente, gracias a la energía que desplegaron los meritorios D. Carlos Bossetti y D. Gaudencio Cortés que ayudaron a los vecinos en su resistencia, no se llevó a cabo esa monstruosidad (23).

Los agrimensores no pudieron dar principio a sus trabajos, porque los pobladores se ofrecieron echarlos a balazos y tuvieron que volverse, dando tiempo así para que se ventilara la cuestión.

Felizmente, hoy ese temor a pasado ya, gracias al decreto que el Dr. Balestra ha conseguido del Gobierno Nacional, por el cual se crea a Cerro Corá sección del territorio de Misiones, para que inmediatamente se proceda a la mensura y venta de sus tierras a los pobladores existentes, por intermedio de la Gobernación.

# Capítulo IV

## En el Ingenio Primer Misionero

*De Candelaria al Ingenio. – El arroyo San Juan. – La mina de cobre. – El ingenio. Hospitalidad misionera. – Pequeñas industrias. – Necesidad de apoyo. – Fundación de pueblos. – Las avispas albañiles y las arañas.*



De Cerro Corá volvimos a Candelaria. Al siguiente día, el señor Jesús Val nos envió caballos para dirigirnos a su establecimiento, el Ingenio Primer Misionero, situado a una legua larga de Candelaria.

Nuestro guía, un negro brasileiro, Seu Toledo, al venirnos a buscar había echado mano de sus mejores prendas de ropa. Un gran *jaquet* negro cubría una camisa de trabajo, haciendo digno *pendant* con el pantalón negro también, pero arremangado hasta las rodillas, los pies descalzos, cubierta la cabeza con un gran sombrero chambergo y con el machete atravesado por delante.

Seu Toledo desde temprano nos esperaba con los macarrones de la brida, que no pifiaban de impaciencia, como los de novela, sino por el contrario con freno y todo, trataban de aprovechar con dentelladas aquí y allí, las matas del jugoso pasto que tenían a su alcance.

Nos despedimos del señor Bossetti y demás amigos de Candelaria, y precedidos de Seu Toledo, nos dejamos mecer otra vez por el clásico trote misionero.

Por un gran trecho la marcha fue paralela a la costa del Paraná, que al cruzar por las lomadas, divisábamos por sobre la línea de vegetación arbórea de sus orillas.

El trayecto seguía presentando extrema variación, el terreno quebrado en esa parte mostraba aquí y allí, isletas y restingas de bosque de todas dimensiones, colocadas de mil modos diversos, que sobresalían de aquellos campos magníficos, cubiertos densamente de esmaltadas flores.

Más adelante, la restinga de bosque del arroyo San Juan apareció en un gran bajo y como el paso no se hallaba en línea recta, tuvimos que marchar durante un buen rato, por entre su gran bañado, haciendo curvas y viboreos a fin de no alejarnos de una pequeña senda que

marcaba las partes secas del mismo, y nos evitaba el empantanar a nuestros animales.

Luego llegamos al paso de San Juan, de muy poca agua, en el cual nos apeamos un rato a dar de beber a los caballos.

¡Qué vista tan deliciosamente espléndida presentaba el arroyo bajo su fresca sombra!

La vegetación de sus orillas saturada de humedad, exuberante al infinito, se inclinaba graciosa sobre las aguas límpidas como cubriéndolas amorosamente.

El sol de la mañana, penetrando por entre el ñandutí de ramas y hojas, llenaba de iridiscencias múltiples aquel cuadro encantador, y en sus esparcidos rayos, insectos a millares revoloteaban sin cesar, mientras innumerables mariposas en grupos compactos, con sus alas cerradas formando extrañas flores, chupaban la humedad sobre las negras rocas de su lecho que sobresalían de las aguas, en las que todo aquel cuadro indescriptible se reflejaba.

Los compañeros no pudieron resistir a tanta belleza, y allí, sobre una piedra, armando la máquina fotográfica, después de mucho titubear en la elección del punto, porque todos eran hermosos, tomaron unas vistas (24).

Continuamos la marcha, el terreno del otro lado del arroyo San Juan se quebraba más, las lomadas de mayor altura con su cima desprovistas de tierra, que el agua había hecho desaparecer, mostraban a veces el subsuelo de melafira; la vegetación boscosa en esta parte, se pronunciaba con mayor intensidad.

Pronto volvimos a buscar la costa del río, de la cual el San Juan nos había hecho desviar, y a las pocas cuadras empezamos a marchar entre extensos maizales pertenecientes al Ingenio.

Al llegar al establecimiento viejo que se halla cerca del pozo de una antigua mina de cobre, encontramos a D. Jesús Val y con él bajamos a tomar un mate bajo el corredor del antiguo Ingenio.

Como nos quedaba tan cerca, resolvimos visitar la famosa mina que devoró a su antiguo propietario unos 30.000 \$ m/n, y de la cual no sacó producto alguno.

Sobre esta mina, el Dr. Holmberg en su interesantísimo libro sobre Misiones, trae los siguientes datos:

«El cobre que se encuentra es el nativo o apenas cubierto en la superficie de las masas irregulares subarborescentes, de óxido rojizo no muy bien cristalizado y en parte como carbonato. La veta parece ingrata, porque no es de mucho cuerpo, se interrumpe con frecuen-

cia, a veces se adelgaza hasta hacerse filiforme y puede decirse que, desde que la descubrieron los jesuitas hasta ahora, sólo ha producido algunas toneladas de piedra, que en montones seculares rodean la boca, y varias arrobas de metal que no alcanzarán, ni remotamente, a cubrir los gastos de explotación»<sup>1</sup>.

Según los datos que el señor Puck, entonces propietario del ingenio, le suministró, el pozo vertical tendría unos 20 metros de profundidad y la galería horizontal que allí comienza, unos 30 metros.

Entonces, como hoy, la mina se hallaba casi llena de agua, procedente de las lluvias y avenidas del terreno inmediato.

Hablando en San Pedro del Paraná (Paraguay) con el señor Luis Krümmel, ingeniero de minas, establecido transitoriamente allí, sobre una mina que hacía poco se había descubierto cerca de Villa Encarnación, idéntica a la que nos ocupa y más o menos a la misma altura que esta, me dijo que desgraciadamente estas minas no tienen concomitancia con la veta principal. Que dada la proximidad a la que se halla el metal cerca de la superficie del suelo y la pureza del cobre que se extrae, estas minas no son sino lo que en término minero se llaman *bombas*; es decir, cantidades de metal que han sido arrojadas lejos de la veta al formarse el filón.

Dadas estas razones, creo que todo lo que se haga en el sentido de su explotación es tiempo y trabajo perdido, porque la gran cuestión será hallar la veta, y esta, ¿dónde estará? O mejor, ¿a qué profundidad?

Es cierto que los jesuitas exploraron algunas, pero hay que convenir también que a ellos poco gasto les ocasionaba su laboreo, porque tenían los brazos gratis, y además las cantidades extraídas han sido pocas, las suficientes para la fundición de las campanas de sus reducciones y quizás algún cañón.

El camino entre el ingenio viejo y el nuevo continúa descendiendo paulatinamente, puesto que se marcha en dirección al río Paraná.

Los maizales y cañaverales se extienden en todas las direcciones, como una gran sábana verde amarillenta y movediza a causa de las largas hojas angostas, que se arquean con gracia, al ser mecidas por el viento.

Antes de llegar al río, muy cerca de él, sobre un punto culminante, se eleva un *chalet* mixto de madera y material, que sirve de vivienda a los dueños del ingenio; a él nos dirigimos.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Holmberg: Viaje a Misiones. Bol. de la Acad. N. de Ciencias de Córdoba, Tomo X – pág. 196.

La familia de don Jesús salió a recibirnos, y desde aquel momento volvimos a experimentar las dulzuras de la hospitalidad misionera.

Ah! ¡La hospitalidad en Misiones! El que no haya sido objeto de ella, nunca podrá hacerse una idea exacta de sus exquisitos halagos.

En Misiones se hace un culto de la hospitalidad; ella es franca, brindada de corazón, sin etiqueta que obligue a fastidiarse, muy al contrario, las horas pasan y aún los días, en aquellos rincones civilizados que representan esos hogares dispersos aquí y allí, casi sin apercibirse, hasta que llegue el día triste de la partida, en que la separación de los nuevos amigos se vuelve dolorosa.

Rara es la casa, rancho, obraje, etc. en Misiones, al cual se llegue y uno no sea bien recibido y agasajado lo mejor posible; eso por allí representa un acontecimiento que siempre se festeja, inmolando más de una víctima de las que habitan el corral.

El ingenio moderno se halla a doscientos metros del *chalet*, en una parte baja del terreno, ya casi sobre la costa.

Se compone de dos grandes galpones que comunican entre sí; en uno se halla el trapiche todo de madera fabricado allí mismo, por un carpintero suizo; es una obra curiosísima.

El volante tiene 4 metros de diámetro y da 150 revoluciones por minuto; las maderas que se han empleado para su fabricación son el urunday, el lapacho, y la caña fístola.

Los cusinetes son de urunday y han dado un espléndido resultado, según me comunicó don Jesús Val.

El trapiche es horizontal y movido por medio de un motor a vapor que se halla instalado cerca de él.

El motor se aprovecha también para hacer mover por medio de juegos de poleas de transmisión una serie de sierras diversas, circulares y verticales, tornos con los que se han empezado a fabricar cajones de cedro, para bebidas, etc., industria que podrá desarrollarse con ventaja, dada la abundancia de madera que allí existe (25).

Otra industria que a no dudarlo también será importantísima es la fabricación de cascos, barriles y demás objetos de tonelería. En el ingenio tuve ocasión de ver unos barriles fabricados de madera de guatambú (26), muy bien concluidos, los que se estaban ensayando para ver el resultado que darían.

En otro aserradero ensayaban para cascos la caña fístola, y se hallaban muy satisfechos del resultado que habían obtenido.

Todos estos ensayos y esfuerzos indudablemente tienen que dar un resultado satisfactorio y esperamos que pronto pueda para Misio-

nes, la tonelería, ser una de sus industrias principales que merecerá con justicia cualquier protección, puesto que ella beneficiará nuestros productos naturales.

Ya hay que pensar seriamente en la conveniencia de desparramar nuestra población industrial, para que las riquezas naturales se elaboren en el lugar de su producción, a fin de sacar no sólo el mejor partido posible de ellas, sino también, economizar los fletes con que la materia prima se recarga hasta llegar a nuestros mercados que hoy se elaboran, razón por la cual hasta ahora no puede competir ventajosamente, con la que importamos del extranjero.

El Gobierno que tanto empeño ha puesto en el desarrollo de nuestra industria nacional debería tomar en cuenta estas observaciones y conforme ha creado primas y ha facilitado la implantación de industrias, etc. debería tratar de fomentar por los medios que tiene a su alcance, las industrias que pueden implantarse en nuestros territorios, como ser ingenios, aserraderos, etc. que están llamados a ser los focos de futuras poblaciones, las que tendrán así bases positivas de vida y de progreso.

¿Qué beneficio importan a Misiones los múltiples obrajes de madera que a cada paso se hallan sobre la costa del Alto Paraná o Uruguay?

Fuera del capital que entra a Misiones a cambio de la madera que exporta, representado por las mercaderías que importa, ninguno.

El lugar ocupado por un obraje después del corte es abandonado, la vegetación vuelve a cubrir con su manto salvaje las picadas, planchadas, etc. y el tigre y el tateto vuelven a pasearse por donde ayer el hombre derramó su sudor descortinando el bosque, y labrando toscamente las vigas, que en inmensas balsas marcharon aguas abajo.

La peonada abandona sus ranchos y vuelve a Posadas a divertirse, después de ocho meses de trabajo, para tornar al Alto Paraná dos meses después, y empezar en otro punto el mismo trabajo que debe concluir del mismo modo.

Ahora bien: si en vez de exportarse de Misiones las vigas labradas simplemente a hacha, se exportaran transformadas en tablones, tablas, cajones, barriles, etc., ¿no aumentaría el capital que hoy por las vigas brutas se importa?

Esto, está fuera de discusión (27).

Además, alrededor de los aserraderos ya fijos valdría entonces la pena hacer extensos rozados y plantaciones para el consumo del personal y peonada, y de ese modo la población agricultora podría arraigarse a su vez, dedicándose al mismo tiempo a la cría de animales

diversos, principalmente cerdos, los que proporcionarían en abundancia otro artículo caro y necesario por allá, como la grasa.

Entonces, con todos estos factores reunidos, fácil es darse cuenta de cómo en poco tiempo sobre la enorme zona de leguas de costa argentina, que incultas existen sobre el río Alto Paraná y las otras tantas más o menos que se hallan en las mismas condiciones sobre el río Alto Uruguay, podrían levantarse una serie de pueblos con vida propia, que transformarían en civilizada aquella región salvaje, atrayendo y absorbiendo la población semisedentaria que se halla viviendo frente al territorio argentino, en el perteneciente a las repúblicas del Paraguay y Brasil.

Tres días pasamos en el Ingenio Primer Misionero, que aprovechamos para hacer colecciones interesantísimas de zoología, siendo al mismo tiempo objeto de mil finas atenciones por parte del señor Val y su distinguida señora.

En nuestra tarea de coleccionar, nos ayudaban los hijos del señor Val que se contagiaron muy pronto con nuestro entusiasmo y a ellos debemos algunas piezas interesantes.

Una de las pesquisas curiosas que llevamos a cabo fue en los nidos de barro que fabrican las avispa alfareras (*Pelopeus figulus*) muy abundantes allí.

Dentro de los nidos que numerosos hallábamos pegados en la parte externa del balcón del *chalet*, se encontraban almacenadas muchas arañas, no muertas, sino aletargadas por el veneno del aguijón punzante de las avispa.

Estas arañas fueron extraídas y conservadas en un frasco de aguardiente para entregarlas al regreso a nuestro amigo el doctor Eduardo L. Holmberg, distinguido aracnólogo, quien se encargará de estudiarlas.

En la inacabable lucha por la vida, sucede un fenómeno curioso de compensación entre los insectos y los arácnidos.

Los primeros son, en general, las víctimas de los segundos, cuyas redes complicadas se tienden por doquier, y entre cuyas mallas tenues, pero formidables, dejan la vida innumerables insectos dípteros, coleópteros, lepidópteros, hemípteros, ortópteros y aún himenópteros.

En cambio las arañas a su vez ceden a los insectos un número considerable de víctimas, no para alimento de ellos, sino para el de sus crías; y las avispa, gracias a su terrible aguijón y a la agilidad que les proporciona su cuerpo esbelto, empeñan combates continuos en los que las mandíbulas de las arañas no desempeñan sino un papel pasivo de simple ostentación defensiva, que no llega a evitar el lancetazo

envenenado que, como el *curare* de los indios, las deja paráliticas y aptas para ser transportadas en rápido vuelo, hasta el nido común donde son depositadas.

Es curioso observar las cantidades de arañas que los *Pelopeus* acumulan en sus nidos arcillosos, y si se tiene en cuenta que cada una representa un combate y una pesada carga, se tendrá una idea del inmenso trabajo que representan, amén de la fabricación del nido que por sí solo es otra obra de largo aliento; de modo que estas avispas pueden considerarse como ejemplo del trabajo unido a la belicosidad; cosa rara e inconcebible en los hombres, pero perfectamente cierta en estos humildes *albañiles* hexápodos (28).

Junto al *chalet* anidaban innumerables palomas cuya cría proporcionaba a la dueña de casa uno de sus pasatiempos predilectos, y sus pichones, más de una variante en la mesa cotidiana (29).

El revoloteo de tanto ser alado alrededor del *chalet* le daba un carácter de civilización tan pronunciado, que hacía olvidar por momentos el ambiente subtropical y salvaje entre el cual se encontraba, y cuando llegaba el momento de tirarles un poco de maíz, la nube alada que formaban, junto a su mansedumbre, que llegaba hasta posarse sobre los hombros y cabeza de la señora o los chiquilines, parecía un pedazo de la plaza de San Marcos de Venecia, transportado en medio de la selva virgen.

# Capítulo V

## Santa Ana

*Al puerto de Santa Ana. – El ibicuiñaro. – Del puerto al pueblo. – Terrenos de campo y terrenos de bosque. – El subsuelo de Santa Ana. – Visita a las ruinas. La curtiembre del señor Krieger. – La corteza de Curupai y otras. – Su aplicación en la curtiembre. – El platero criollo.*



Del ingenio marchamos a Santa Ana. El río empieza a adquirir en partes el aspecto imponente que le es común más al Norte. Ante nuestra vida, desfila el ingenio San Juan que fue propiedad del General R. Roca (30), y hoy de una compañía francesa, al que visitamos después; luego salpicados aquí y allí, ranchos y rozados aparecen en ambas orillas.

Sobre la costa paraguaya, un arenal destaca su mancha clara de la masa verde del resto: es el Ibicuiñaró (31) o arenal bravo; el agua carga sobre él aumentándolo continuamente, el río se llena de remolinos que el vapor corta con su aguda quilla.

En este trayecto, cada remolino es atropellado y cortado por el medio, camino preferible a dejarlo a un lado; así no se pierde el gobierno.

La caída de agua se nota muy bien entre aquel maremágnun de remolinos que se suceden interminables, haciendo balancear fuertemente al vapor al compás del ruido que producen.

Los remolinos del Ibicuiñaró ocupan una superficie que pronto se salva, continuándose bien la marcha hasta llegar a Santa Ana.

El puerto se halla en un gran remanso de aguas tranquilas cuyas barrancas son bajas como las de Candelaria. Allí nos esperaban D. Benito Fernández en cuya casa, situada cerca, a unos doscientos metros, paramos, y el Comisario de la localidad, que había venido con caballos en cumplimiento de las órdenes que recibiera de la Gobernación.

Nos despedimos del capitán y desembarcamos, instalándonos en casa del Sr. Fernández.

Para no perder tiempo, hicimos ensillar los montados mientras tomamos un mate, bebida impagable en ciertos momentos.

Luego montamos a caballo y nos dirigimos a la plaza del pueblo, situada a unos cuatro kilómetros del puerto.

A poco andar de la costa el terreno se eleva, mostrándose pedregoso y cubierto en su mayor parte de vegetación boscosa.

Antes de entrar a esta región que nos separa del pueblo, se ven varias casas pintorescamente edificadas sobre algunas eminencias, pero pronto desaparecen por las tupidas copas de los árboles que, cubriendo nuestro camino, hacen sombra agradable.

Cuatro kilómetros se recorren desde el puerto de Santa Ana hasta la plaza: distancia relativamente larga, pero que no se siente, si uno se entretiene en observar la serie interminable de paisajes, que de minuto en minuto se presentan.

El terreno es mucho más quebrado que el de Candelaria, se reconoce la proximidad de la sierra, por sus fuertes ondulaciones; en algunos puntos aparecen retazos de campo, pero estos ya en esas alturas son más raros y menos aptos para todo, puesto que la capa vegetal que en ellos se halla es muy pequeña, y sólo en algunos bajos su cantidad es mayor.

Como ya lo observó el Dr. Holmberg<sup>1</sup> esas tierras de campo no sirven para nada, pero en cambio, los bosques abundan y en ellos es donde hay que sembrar para conseguir óptimos productos.

Examinando el plano de esta colonia fácilmente puede verse lo que dejo indicado; el terreno sobre el cual está delineada presenta una sucesión de restinga de monte más o menos ancha, que separan retazos de campo, en general pequeños, entre los que se elevan cerrilladas de poca altura, dominadas todas por el magnífico Cerro de Santa Ana cuya masa alargada corta el horizonte de un modo soberbio.

En terreno tan quebrado y boscoso fácil es comprender la existencia de muchos arroyos y eso es precisamente lo que allí sucede; a cada paso un arroyuelo o un manantial de agua cristalina detienen el paso y ofrecen a las fauces sedientas su linfa fresca y pura.

El trote continúa, una que otra parada lo interrumpe, aquí es una flor, más allá una piedra, luego un insecto o una mariposa que hay que recoger; porque las infinitas sorpresas que hallamos nos tientan a cada momento.

El suelo de este trayecto es una mina para los coleccionistas: si es el del bosque, plantas de mil formas, hongos, helechos, insectos, etc. se ofrecen a la codicia insaciable de los tántalos naturalistas; y si es de campo, las piedras y gramíneas no permiten que se las desdeñen.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> *Op. cit.*

Las piedras del subsuelo de Santa Ana son roca volcánica en general, la que el doctor Holmberg<sup>1</sup> ha considerado como melafira, hallándose además en algunos puntos mantos de arenisca rojiza (gres) sobre esta, lo que prueba que es más moderna aún.

Cuando pasamos la última restinga de bosque y recibimos de lleno una gran oleada de sol, entramos a un descampado en donde se halla la plaza.

La plaza ocupa una altura con una pendiente rápida a un lado que conduce a un desvío de la misma, en donde se halla la calle principal situada en plano inclinado; allí están los principales edificios, porque en la plaza, sólo hay algunas pocas casas de negocio.

Esta calle principal está relativamente muy poblada, con algunas casas de material y muchos ranchos de estanteo.

Santa Ana como colonia nacional ha tenido que sufrir mucho en su progreso, por las mismas razones que se ha retardado el de Candelaria; ahora habiendo sido incorporada a la Gobernación, es de esperar que con rapidez se desarrolle y pueda gracias a la numerosa inmigración que en estos últimos tiempos ha afluído a ella, ser dentro de poco un centro de población y producción importante de Misiones.

En una casa de negocio nos detuvimos un buen rato, y en ella trabamos pronto relación con muchos vecinos importantes de la localidad, entre ellos, D. Reginaldo Krieger, alemán y uno de los fundadores de la moderna Santa Ana, con cuarenta descendientes, de todo tamaño y sexo, que son otros tantos pobladores del punto.

Este patriarca misionero nos acompañó inmediatamente, ofreciéndose para servirnos de guía a fin de que pudiéramos visitar las ruinas de la antigua reducción.

A ellas nos dirigimos. La marcha más o menos fue de mil quinientos metros rumbo sur, en dirección al precioso cerro, el que con el sol de aquel día se presentaba magnífico con sus flancos cubiertos de tupida vegetación, cuyo color verde variaba al infinito desde el intenso y casi negro de su base, hasta el violeta y lila de las partes más altas.

Penetramos en un monte y dejamos los caballos, precediéndonos D. Reginaldo como baqueano del lugar.

¡Qué impresión se recibe a la sombra bienhechora de esos bosques enmarañados de Misiones! ¡Qué sensación de fresco tan agradable, y qué quietud tan solemne reina en ellos!

Entre el cortinaje de verdor, sobresaliendo de la semioscuridad de ese ambiente casi misterioso, las ruinas aparecían poco a poco.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Holmberg, *op. cit.*

Las calles, la plaza, la iglesia y los modestos edificios, uno a uno eran pesquisados por nosotros, que con afán no deseamos perder un solo detalle de todo aquel montón de piedras, que unos hombres amontonaron con trabajos ciclópeos durante años y que otros destruyeron, en parte, ayudados por el tiempo y la naturaleza que fieles a su consigna, ni aún a sus propias obras respetan.

Las grandes piedras cúbicas de las paredes de algunas pocas casas aún en pie se hallan asentadas, sin mezcla alguna, unas sobre otras; la mayor parte de las paredes se ha derrumbado, desplomando sus pesados techos de teja española. En algunas se conservan aún gruesas vigas de madera dura, empotradas en ellas, que sirvieron de marcos de puertas o ventanas.

Entre lo que vale la pena de verse allí, existe una casa cuadrada de altos toda de piedra, cuyo techo ya se ha desplomado, pero con las paredes en perfecto estado de conservación; paralela a esta casa hay otra igual, pero muy destruida; la primera con muy poco costo podría restaurarse fácilmente.

Ambas tenían un corredor exterior sostenido por curiosas columnas de piedra de forma cilíndrica, parecidas a los cañones antiguos de los que aún se pueden ver en algunas partes sirviendo de postes; el Dr. Holmberg<sup>1</sup> las describe así: «De 1 ½ metro de alto; sobre un cono muy cerrado, casi un cilindro (la columna) se destaca una moldura, como gola, y coronando el todo a manera de capitel, una sección de cono invertido. Debajo de la gola hay una excavación rectangular alargada».

Estas columnas descansaban sobre un cubo de piedra que representaba su pedestal.

El Dr. Holmberg cree que estas columnas han servido para marcos de puerta, pero sobre el terreno acordándome de esa indicación, después de fijarme detenidamente, he visto que no tenían otro objeto sino el de sostener el corredor externo de esas casas.

Fuera de esto, las ruinas de Santa Ana no presentan mayor interés por el momento. Una vez limpias del monte que las cubre, quizá puedan apreciarse mejor si es que duran, porque los vecinos han empezado a llevarse las piedras de los edificios para construir otros más modernos y mejores (32).

Don Reginaldo nos mostró una pequeña piscina que se alimentaba con el agua que un canal cuadrado, hecho de grandes piedras, traía desde un arroyo cercano.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> *Op. cit.*, pág. 246.

Según él era donde se bañaban los jesuitas, pero yo creo que ha de haber sido la fuente pública en donde las mujeres del pueblo iban a buscar agua.

De vuelta de las ruinas pasamos por la curtiembre del señor Krieger, donde un monyolo funcionaba con su cachaza habitual, pisando la corteza del Curupaí (33), que es lo que allí emplean para curtir.

En varias partes se han hecho ensayos con esta corteza sin que dé resultado, debido sólo al no conocer la manipulación que requiere este procedimiento, que es lo más sencillo. El cuero ya preparado para ser curtido se coloca en un baño de agua de corteza de Curupaí muy débil hasta que tome color, luego se va poniendo en baños sucesivamente más fuertes, hasta que quede curtido y de un color blanco.

El tiempo que se emplea en la curtiembre de los cueros depende del destino y calidad que se le quiera dar; así si se quiere obtener una suela para zapateros se necesitará, por lo menos, unos tres meses de trabajo.

La curtiembre del Sr. Krieger era bastante original: una serie de barriles enterrados en dos líneas hacían el oficio de piletas, cada uno conteniendo un baño distinto, y como se hallaban colocados de un modo progresivo, la operación del curtido se facilitaba inmensamente.

Al lado de estos barriles, corría un arroyo de agua abundante y pura la que aprovechaban para el lavaje de las pieles y para hacer andar el monyolo.

Como cortezas aptas para la curtiembre, no sólo hay en Misiones la del Curupaí (*Piptadenia communis* Benth) (34) sino también muchas otras, como ser el Angico (*Piptadenia rigida* Benth), el Incienso o Cabriuba (*Myrocarpus fastigiatus* Allem) (35), la caña fistola o Ibirá puitá (*Peltophorum vogelianum* Benth) (36), la Ibirá-piapuña (*Apuleia pogomana* Tr. All.) (37), el Timbó (*Enterolobium timbouva* Mart) (38), el Ingá (*Inga uruguayensis* Hook) (39), el Guayabo (*Psidium guayaba raddi*) (40), el Arazá (*Psidium guayaba vel pyriferum* L.) (41), la Capororoca (*Myrsine Coriacea* R. Br.) (42), la Sangre de Drago (*Croton succirubrus* Pdi.) (43), la Cancharana (*Cabrlea cangerana?*) (44), el Camboatá (*Guarea trichilioides* L.) (45), etc.

Todas ellas ricas en materias curtientes y que algún día no lejano se exportarán en cantidades, cuando las vías de transporte sean más fáciles y baratas, como sucede hay con los rollizos de Quebracho que se exportan del Chaco y Tucumán (46).

Después de ver la curtiembre seguimos visitando otros diversos industriales, entre ellos, la talabartería que tiene un hijo de D. Reginaldo, en donde se benefician las pieles curtidas por al Curupaí.

En ella se fabrican unos recados especiales llamados *sirigotes*, de forma brasilera, muy apreciados en Misiones, por las grandes ventajas que ofrecen, no sólo para las cabalgaduras a las que no lastima, sino también por adaptarse al modo de andar en aquel territorio montañoso y quebrado.

En Santa Ana hay también zapaterías, platerías y varias casas de negocio importantes.

Lo que es curioso de ver es el modo de trabajar que tiene nuestro platero criollo.

Ya el general Mansilla, en su tan interesante *Excursión a los Indios Ranqueles* dio la descripción del indio platero y por ella se puede más o menos hacer una idea del platero criollo, con la diferencia de que el mayor contacto de este con la civilización le ha hecho adoptar algunos instrumentos modernos (no muchos) con los que facilita en gran parte su trabajo.

Pero como quiera que sea, el artífice criollo por aquellas alturas es muy rutinario y muchas veces prefiere, a los nuevos, sus viejos instrumentos, con los cuales se da maña, y así a fuerza de martillo y cincel, repuja el blanco metal, transformándolo en monumentales mates, tremendos estribos, abigarrados cabos y vainas de facón; en los cuales diseña, con paciencia infinita y arte infantil, ejemplares de una fauna y flora desconocida.

La plata es el metal por excelencia que emplean, raras veces trabajan en oro a no ser algunos anillos o aplicaciones sobre los objetos de aquella.

En Misiones, los brasileros son los que más usan adornos de plata en sus recados y aperos de montar, y esto es debido a que en su mayor parte pertenecen a la provincia de Rio Grande del Sur, en donde aún se conserva en toda su plenitud esta pintoresca moda que ya hace tiempo ha empezado a desaparecer de nuestra campaña, quedando relegada a los paisanos viejos.

El platero criollo trabajando con su sencillo arsenal, más de una vez me ha traído a la mente el recuerdo de sus colegas de la Edad Media, que tantas maravillas nos ha dejado, fruto de la inmensa paciencia y de la herencia que de generación en generación se transmitían, en medio de aquella larga noche de barbarie y de fanatismo.

# Capítulo VI

## El Ingenio San Juan

*Paseos por Santa Ana. – Los insectos luminosos. – Visita a una quinta. – La viña en Misiones. – La mandioca y sus cualidades. – Fabricación del almidón y fariña. Diversos aprovechamientos de la mandioca; el Tipúraty y el Popy. – Árboles frutales. – El pindó del campo y el tacuarembó, dos forrajes excelentes. Excursión al Ingenio San Juan. – Los cañaverales. – El ferrocarril. – En el ingenio. – Los indios del ingenio. – Vuelta a Santa Ana.*



Varios días estuvimos recorriendo Santa Ana y sus alrededores, siempre instalados en casa de Fernández en el puerto, a la que volvíamos invariablemente todas las noches rendidos del trajín diario, pero contentos, con abundancia de datos y colecciones.

En esas vueltas, ya oscuro, podíamos admirar el espectáculo fantástico que nos proporcionaban las innumerables luciérnagas, que paseaban entre las sombras del monte sus diminutas luces brillantes.

Varias eran las especies causantes de estos fosfenos animados, pero en su casi totalidad los tucu-tucu (*Pirophorus esp.*) no faltando entre ellos algunos preciosos Isondú<sup>1</sup> (47) que con sus luces bicolores colocaban, entre todas, las suyas inimitables.

El Dr. Holmberg clasificó estos curiosos insectos de joyas animadas, y no de otro modo puede expresarse mejor la exquisita belleza que presentan al despedir sus efluvios luminosos.

Transcribo la descripción que de él ha dado:

«Imagínese el lector una larva, del tamaño más o menos de un gusano de seda que ha llegado a la mitad de su desarrollo, con la cabeza roja como un rubí y luminosa, y el resto del cuerpo con veintidós puntos, o más bien once pares, uno por cada anillo, de chispas de luz de luna, como la de las luciérnagas, brillando en la oscuridad y emitiendo su resplandor».

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Holmberg. Viaje a Misiones, pág. 333.

¡Cuántas sorpresas de inimitable gusto exquisito presenta a cada paso aquella naturaleza maravillosa!

Entre las diversas excursiones que llevamos a cabo, visitamos una de las mejores quintas de Santa Ana, perteneciente a un antiguo poblador de allí, el Sr. Félix Dufour, francés.

Esta ha sido plantada en terreno de bosque, rozado y quemado previamente, de modo que la vegetación se presenta allí de un modo exuberante y soberbio.

El Sr. Dufour tiene más de 500 pies de viña, ya frutales, y otros 1000 pies plantados recientemente; a poco de estar allí, fuimos obsequiados con vino cosechado por él, un vinito blanco bastante agradable, con gusto pronunciado a uva.

Si el vino no era mejor se debía a su fabricación primitiva, hecha en condiciones poco favorables, sin las comodidades que requiere, y más bien como ensayo, a fin de proporcionar a su dueño una bebida sana y pura, evitándole el tomar otras que, antes de llegar a esas alturas, han pasado por todas las oficinas químicas no oficiales, pero que abundan detrás de los mostradores.

Un gran problema se presenta con este hecho: ¿conviene o no la plantación de viñas en Misiones?

Como futura fuente de riqueza industrial, es decir para la fabricación de vinos, creo que no.

Esta es una opinión personal que ardientemente desearía ver destruida y esperemos que lo sea, una vez que nuevos ensayos prueben lo contrario.

El gran secreto, para mí, está en dar con la variedad apropiada a aquel clima y me parece que una de las condiciones esenciales de la uva debe ser el tener los granos sueltos y no apretados; lo que le permitirá tomar abundante sol y airearse bien, por cuanto no siendo así, las continuas lluvias de aquel clima húmedo depositarán, junto con los rocíos, una cierta cantidad de agua en los racimos que forzosamente los hará pudrir; esto es fuera del moho, telas de araña, etc., que se depositarán sobre los granos, perjudicándolos también.

Otra cosa importante respecto al cultivo de la viña es el abandonar por completo en Misiones el sistema antiguo de parrales, por las mismas razones; pues el sol y la aireación convenientes sólo pueden conseguirse en espalderas, como se hace en los viñedos de otras partes, y que allí es fácil de conseguir y hacer, abundando tanto la madera y los innumerables isipós y lianas que reemplazarán ventajosamente al alambre.

Igualmente creo que para obtener buen producto, las plantaciones deben hacerse lo más lejos posible de las costas, en donde haya menos humedad y menos insectos dañinos que puedan atacarlas y siempre en terreno de monte que habrá que rozar, empleándose para esto el sistema paraguayo, cuyas ventajas he explicado ya en el capítulo II al hablar de la yerba.

Además de la plantación de viñas, el Sr. Dufour poseía otra considerable de mandioca, de la variedad llamada *carapé* (baja) (48).

Según los datos que he recogido, esta clase es la que mejor resultado da en Misiones, a causa del poco desarrollo de su ramazón en beneficio del crecimiento de sus raíces o mandiocas, que son muy ricas en almidón, y por ser además poco delicada.

La mandioca cultivada en gran escala puede llegar a ser una gran fuente de recursos para Misiones.

Dos productos importantes se extraen de la mandioca: el almidón y la farina.

La fabricación de ambos es muy fácil y requiere poco costo, pres-tándose muy bien a ser extraídos, ya sea en vasta como en pequeña escala, proporcionando de este modo a las clases que no pueden disponer de grandes capitales, la oportunidad de dedicarse a estas industrias con los pocos medios que tienen.

La extracción del almidón se efectúa por el sistema paraguayo, genuino de aquella región y muy primitivo, que es el siguiente:

Por el mes de junio, más o menos, se reúnen para este trabajo el mayor número posible de mujeres u hombres, y mientras unos acarrear la mandioca de las plantaciones, otros, rodeando la pila que se va formando, armados de cuchillos o machetes, proceden a pelarla.

La mandioca pelada, es decir, desprovista de cáscara, es pasada a un rallador, también primitivo, en donde es completamente reducida a una especie de aserrín; este es luego transportado y colocado en unas grandes bateas, que tienen una cantidad de agua.

Allí se deja poco tiempo y luego se procede a la extracción del almidón, que disolviéndose en el agua se precipita después en el fondo de la batea.

Las mujeres para esto, toman porciones de la masa de ralladura de mandioca y van apretándola entre las manos a fin de que salga todo el almidón posible y formando bolos, que son después colocados al aire libre para que se sequen.

A estos bolos dan el nombre de *Tipúraty*, guardándolos para comerlos después; mucho tiempo se conservan de esta manera y contie-

nen, a pesar de lo que se les ha extraído, una parte de almidón no despreciable y otras sustancias alimenticias que hacen de ellos un gran recurso para la gente pobre.

Luego de que el almidón se ha asentado en el fondo de las bateas, sacan el agua y lo extraen en trozos de tamaño variable que exponen al sol sobre lienzos blancos para que se seque y pueda guardarse.

El almidón así obtenido lo emplean como harina para amasar y hacer los célebres y famosos *chipás*, que son unos pequeños panes muy nutritivos y agradables.

La fariña se fabrica al principio del mismo modo, pero en general no se le extrae el almidón; y el todo, después de aprensado para que largue la mayor cantidad posible del agua que contiene, se extiende sobre una fuente de hierro que se halla sobre el fuego, en donde se concluye de secarla removiéndola constantemente.

Este es el procedimiento empleado en las casas particulares; la fabricación en gran escala la he descripto en mi viaje anterior<sup>1</sup>.

La mandioca es la planta providencial por excelencia de los climas tropicales. Como alimento es rico en materias de combustión; y dada la facilidad de plantarse, para lo que no se requiere sino conservar las ramas de la misma, que se cortan en trozos, y colocadas en líneas a distancia conveniente, puede llamarse con justa razón el pan del pobre y del rico, en aquellas zonas.

La mandioca fresca, no siendo de la especie venenosa, es muy agradable comiéndola hervida, asada, frita, etc., y tiene un gran número de aplicaciones en la cocina misionera, paraguaya y brasilera.

Los indios del Brasil fabrican el *cazave* o pan de tierra, como lo llaman generalmente, con la especie venenosa, a la cual en un aparato especial de tacuaras, en forma de bolsa que puede comprimir la masa de su interior, extraen por medio del agua toda la substancia venenosa, que no es sino el ácido cianhídrico que esta planta posee en abundancia.

Las especies no venenosas también contienen una cantidad pequeña, que se pierde por el cocimiento, descomponiéndose seguramente por el calor; estas, cuando se comen crudas, hacen siempre mal.

Por demás conocidos son los efectos y los estragos que produjeron entre la gente de Stanley (49) en su última expedición a África, las

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Véase Segundo viaje a Misiones. *Bol. del Inst. Geográfico Arg. T. XV. (Nota para esta edición: Publicado también en Primer y segundo viaje a Misiones por Juan Bautista Ambrosetti. Buenos Aires, Albatros, 2008).*

mandiocas que comían crudas los negros y los zanzibareses que llevaba, impelidos por el hambre, pero, sobre todo, por su intemperancia y voracidad.

Los paraguayos tienen otro sistema de conservar la mandioca por mucho tiempo, y para esto después de pelarla bien y rajarla en sentido longitudinal, la hacen secar colocando las mandiocas a caballo sobre cuerdas.

A la mandioca así preparada le dan el nombre de *Popy* y dura todo el tiempo que se quiera; para comerla, necesitan hacerla hervir mucho; no la he probado aún, pero me aseguran que es muy agradable.

Como puede verse por todos estos datos, la mandioca es una de las plantas más útiles de aquellas regiones, y es de desear que su cultivo tome grandes proporciones y que la industria razonada plante sus reales allí y sepa sacar de ella provecho pingüe.

En la quinta del Sr. Dufour pudimos también admirar una bella colección de árboles frutales, entre los que descollaban por su hermosura una cantidad de corpulentas higueras y unos naranjos colosales, cuyos deliciosos azahares embalsamaban el ambiente.

Los bananos allí crecían con vigor, el tabaco se desarrollaba con un vicio soberbio, tomando proporciones fantásticas por su altura y el ancho de sus hojas, y como complemento a este bello cuadro del fruto del trabajo honrado y progresista, por todas partes, en macizos o colocadas con gusto, miles de flores que su dueño cultiva con amor en sus ratos de ocio.

Toda una mañana pasamos entre aquel edén artificial; todo lo vimos, recorriendo las plantaciones metódicamente, avaros de perder un solo detalle de aquel conjunto de fecunda enseñanza, que nos revelaba bien claro cuánto puede dar y producir ese suelo prodigioso de Misiones con un poco de trabajo, contracción y dirección inteligente.

Mientras nosotros visitábamos la quinta, su dueño mandó cortar unas plantas de hojas alargadas que llaman allí pindó del campo (50), y las hizo dar a nuestros caballos. Cuando terminamos, habían concluido con el enorme montón depositado delante de ellos, y dirigían sus miradas ávidas a otras plantas cercanas.

Aquellos fue una golosina para ellos, porque la noche anterior habían sido bien racionados y comieron hasta hartarse.

El Sr. Dufour me aseguró entonces que el pindó del campo era uno de los forrajes más apetecido por los caballos, mulas y bueyes, y que en vista de eso, se había dedicado a su cultivo teniéndolo siempre en abundancia, para el consumo de sus animales (51).

En Misiones se emplean muchas otras plantas para forrajes y, entre ellas, se usan las hojas de palmera y el tacuarembó (52).

Este último ha empezado a ser un ramo de pequeño comercio en la ciudad de Posadas, a donde lo llevan en canoas algunos que van a buscarlos a los montes del Alto Paraná, cercanos a dicha ciudad.

La hoja del tacuarembó precipita el engorde en los animales yeguarizos y mulares, que son ávidos por ella.

En los montes, cuando las tropas se hallan en marcha por las estrechas picadas que los atraviesan, las mulas casi no comen otra cosa; y los troperos después de acampar, armados de sus filosos machetes, la emprenden contra las matas enmarañadas de tacuarembó, y vuelven con inmensa carga de tallos al lugar donde se hallan los animales, los que en la noche se regalan con las hojas lanceoladas que en graciosos penachos los adornan.

De Santa Ana resolvimos ir a visitar el ingenio San Juan, del que ya he hablado al principio del capítulo anterior.

El trayecto recorrido es igual a los descriptos anteriormente: pequeñas picadas en las restingas de monte, retazos de campo, ondulados siempre, con el suelo cubierto de flores, en donde variábamos nuestro modo de andar, lanzando los caballos al galope, deseosos de cambiar el fastidioso trote que se obliga al marchar entre el monte.

Luego vadeamos los arroyos grandes y pequeños, con su consabido lecho de negra y dura piedra, cuyas frescas aguas nos hacían demorar un instante para beber unos tragos, y después, otra vez montes y otra vez campos, algunos cubiertos de altas yerbas que nos rozaban la cintura, hasta llegar a las primeras plantaciones de caña de azúcar, entre las que pronto encontramos los rieles del ferrocarril del ingenio, que seguimos para abreviar camino.

Por el lado de la vía marchábamos sin dejar de admirar el extenso cañaveral, que se perdía de vista en todas direcciones; las plantas estaban lozanas y tenían ya una altura respetable, gracias al cuidado y carpido que se notaba y el que seguramente debía dar mucho trabajo en aquel suelo, que en otro tiempo, ocupado por el monte y rozado para poder hacer las plantaciones, tenía en su seno mil y una semillas que pujaban por completar su desarrollo y recobrar el antiguo dominio de sus productores.

La plantación de caña ocupa una extensión de 200 hectáreas, y está cruzada en gran parte por la vía del ferrocarril, que recorre un trayecto de ocho kilómetros, con una trocha de 0,80 m de ancho y que para mayor facilidad en los transportes, es en algunos puntos fija y en otros, portátil.

Eran como las once de la mañana cuando entramos en el cañaveral, y a esa hora, el sol de los últimos días de febrero se hacía sentir de un modo insólito, y si no hubiera sido por una suave brisa que venía de la cercana costa del Paraná, y que producía una música original al hacer repiquetear las hojas de las cañas, cuyo movimiento cuando se abarcaba el conjunto le daba el aspecto de un curioso mar verde agitado, nos hubiera fastidiado más de lo necesario, a pesar de estar muy acostumbrados a recibir sus caricias de fuego.

Al fin llegamos al ingenio, preciosa construcción de ladrillos, muy sólida, que se eleva cerca de la costa del río, coronada por su alta chimenea también de material cocido.

Alrededor del ingenio, por todo se hallan esparcidos los ranchos de los trabajadores, y a un lado como formando un barrio especial, agrupadas, se encuentran las chozas de los indios tobas y maticos (53), que desde hace tiempo viven allí.

En la administración fuimos recibidos por el Sr. José Vieira, gerente del ingenio, el que, como ya he dicho, pertenece a una compañía anónima francesa.

El Sr. Vieira nos acompañó personalmente, y visitamos el interior del ingenio, que estaba preparándose para emprender en julio la zafra. De manera que muchos de los aparatos y maquinarias se hallaban desmontados en ese momento, mientras se procedía a su limpieza.

Los aparatos son de la fábrica Cail y con ellos elaboran en cada zafra unas 50.000 arrobas de azúcar de 10 kilos cada una, extrayéndose además unos 40.000 litros de alcohol de los residuos.

Para elaborar toda esta producción, el ingenio emplea término medio un personal de 300 personas, y la caña es transportada del cañaveral a los trapiches por el ferrocarril, que posee un tren rodante de 40 vagones.

Como es natural, hay en el ingenio talleres de carpintería, herrería, etc., tan necesarios para su buena marcha.

El sistema de extracción del azúcar es el de trapiches, es decir, por compresión.

Total, un centro civilizado en medio de la selva virgen y a orillas del casi solitario Alto Paraná, en cuyas turbulentas aguas se refleja como grata promesa del porvenir, la larga chimenea, que cual faro de civilización, se yergue destacando su silueta clara, del fondo oscuro de la selva impenetrable y salvaje que le sirve de marco.

La propiedad del ingenio abarca unas tres leguas con un frente de diez kilómetros sobre el río Alto Paraná. En toda esta área casi no hay

campos limpios naturales, ocupándola por el contrario bosques impenetrables que poco a poco se van rozando al aumentar la plantación con nuevos cañaverales.

Después de almorzar en casa del Sr. Vieira, quien nos ofreció galantemente su mesa, fuimos a visitar a los indios con el objeto de sacar unas fotografías de ellos.

Los indios de ese ingenio pertenecen a las grandes naciones tobas y matacos del Chaco, y fueron transportados desde allí, después de tomarlos prisioneros en varias expediciones militares. Ya pocos existen porque en su mayor parte, por una u otra causa, se han marchado y conchabado en diversas chacras (54).

No por estar en el ingenio han perdido parte de sus costumbres e industrias, y fieles a sus tradiciones, continúan viviendo en chozas, como en el Chaco, y fabricando objetos de chaguar (55) y de alfarería con las mismas formas características que les son peculiares.

No pudimos resistir a la tentación coleccionista y les compramos algunos objetos interesantes, que se hallan en las colecciones del Instituto (56).

Satisfechos de nuestra visita, nos despedimos del Sr. Vieira y volvimos a Santa Ana para dirigirnos luego a San Ignacio.

# Capítulo VII

## En el río Yabebuiry (57)

En canoa. – La isla del Toro hú. – La antigua catarata del Teyú-Cuaré. – Opiniones del Dr. Bertoni. – Marcha por el Yabebuiry. – Colecciones en un paredón. Las costas del Yabebuiry. – El límite entre la región de campo y la de bosque. Las canoas prehistóricas. – Condiciones de la navegabilidad de este río. El transporte de maderas. – Los inconvenientes del sistema aduanero y medios de simplificarlo. – Datos del Dr. Bertoni sobre el Yabebuiry.



El Sr. Fernández tuvo la bondad de ofrecernos su canoa para trasladarnos desde Santa Ana a San Ignacio; en ella nos embarcamos junto con nuestros pertrechos y ocupando cada cual su puesto nos despedimos de los amigos, mientras los remos se hundían en el agua, y tomando arranque empezamos a subir, lentamente por la costa, las correntosas aguas del Paraná.

No tardamos en llegar a la boca del Yabebuiry, frente a la isla de Toro hú (Toro negro) (58), un peñasco que se eleva en medio del Paraná, cubierto de escasa vegetación y que no es más que el resto que hoy queda de la formidable barrera que los cerros del Teyú-Cuaré (que se hallan enfrente) oponían en un tiempo al impetuoso Paraná, una parte de cuyas aguas se desplomaba de lo alto en espantosa catarata, cual otro *Guayrá*, corriendo otra a causa de esta represa, por el valle del Tavay (59).

Este notable descubrimiento geológico lo debemos al distinguido Dr. Moisés Bertoni, quien lo publicó en *La Prensa* en 1893; habiendo el que suscribe transcrita esas observaciones importantes en su segundo viaje a Misiones<sup>1</sup> y en el Folk-Lore Misionero<sup>2</sup> al hablar de estos cerros tan interesantes.

El Dr. Bertoni, tan conocedor de los territorios de Misiones y del Paraguay, cree con mucha razón que los cerros del Teyú-Cuaré no son sino la continuación de la sierra de Amambay que divide las aguas (en el Paraguay) en las dos grandes vertientes del Tebicuary y del Alto

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XV.

<sup>2</sup> Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires, tomo 1.º, entrega 5.

Paraná; de modo que esta sierra formaba *pendant* con su congénere de Maracayú, que aún hoy, atravesando el Alto Paraná, forma el salto del Guayrá.

La razón de que desapareciera el salto del Teyú- Cuaré se halla en la composición de la roca del mismo, un gres rico en potasa y de fácil disgregación.

La altura del nivel del Alto Paraná, entonces, debió haber sido por lo menos de 60 metros, y esto nos ha sido sugerido también, cuando más tarde contemplábamos sobre las altas barrancas de la colonia brasilera de la boca del Iguazú, 50 leguas al norte más o menos, las rocas rodadas y de gran tamaño, que ya semienterradas por el humus del que fue bosque, hoy rozado, aparecían a flor de tierra mostrando su masa negra de cantos redondeados por el agua.

Esto no es extraño; cualquier levantamiento de nivel en el Paraná debió haber cubierto esa parte, puesto que allí en donde el río es angosto, hoy mismo las grandes crecientes se cuentan por 20, 30, 40 y aún más metros de altura sobre el nivel bajo.

El trabajo incesante del agua contra las rocas es por demás conocido para explicarse el fenómeno de aquella gigantesca erosión, que efectuándose simultáneamente debió ir preparando el todo, para poder un día estallar con formidable estrépito, destruyendo la tremenda valla de rocas que, arrastradas por la masa inmensa de aquella agua furiosa, debieron rodar despeñándose de un modo horrible.

En cuánto tiempo se produjo este fenómeno es difícil calcular; pero de cualquier modo la lentitud de la obra destructora del agua puede dar una idea de los siglos que se necesitaron para que el Alto Paraná concluyese de desmenuzar la roca del Teyú-Cuaré y tomase el nivel que hoy presenta.

Ya dentro del Yabebuiry, seguimos por la margen derecha aguas arriba; no tardando en llegar a un paredón del mismo Teyú-Cuaré que da su frente a este río.

El paredón se halla excavado y forma una especie de gruta de poca profundidad o más bien, una inmensa concha matizada de rojo claro, blanco, canela y negro, con sus variantes correspondientes, debidos unos al color propio del gres que los forma y otros a diversas infiltraciones ferruginosas, que han dejado como huella de su paso, el rojo que les es característico.

Atracamos la canoa y largo rato estuvimos allí dentro bajo la sombra de las rocas, admirando y coleccionando variadas y caprichosas especies de arácnidos, lycosidos y epeiroideos, estos últimos intere-

santísimos por sus formas raras y los colores aún más raros, con que estaban adornados.

Sobre nuestras cabezas, y también a la sombra, en la cornisa de la excavación, las avispas (*Polistes*) cartoneras (60) habían fabricado sus nidos cónicos como de *papier maché* (61), los que, junto a las bromeliáceas y cactus diversos (62), decoraban con sus variados aspectos el techo y los recovecos de la gruta, mientras largas raíces de plantas que se hallaban sobre ella, siguiendo en su descenso el paredón, se metían allí dentro agarrándose de las paredes como inmensas arañas o quedaban suspendidas columpiándose en el aire, como manojos de serpientes enojadas.

Todo esto era de tanto interés para nosotros, coleccionistas entusiastas más o menos, que tratamos de no abandonar pronto aquel refugio, que reunía a sus encantos el de resguardarnos del molesto sol de las doce, en aquella ancha parte del río, cuyas aguas de poca corriente entonces, reverberaban sus rayos de fuego, produciendo un calor insoportable.

Frente al paredón, las costas del Yabebuiry son bajas y con poco monte, y vistas así a la distancia de una costa a otra, nos presentaban algunos golpes de vista magníficos.

A lo lejos, en medio de campos rutilantes de luz y de verdor, se elevaban aquí y allí cerros más o menos altos, unos cubiertos de monte y otros pelados, sin él, que arrojaban a su pie grandes manchas de sombras oscuras, que cortaban la monotonía de aquel color verde tan bello y tan lleno de vida, haciéndolo más bello aún.

Por doquier desparramadas, las haciendas pacían, destacándose sus figuras y cuando se movían con su paso lento, su sombra alargada las seguía rozando el suelo.

En primer plano, grandes pajonales con sus matas enhiestas, reflejándose en las aguas bordaban los contornos de aquel cuadro de amplio horizonte, tan grato a los ojos de los que hemos nacido en las regiones en que, montados en noble bruto, hemos extendido nuestra vista hasta el infinito, bebiendo los aires por leguas y leguas en incesante galope.

El Yabebuiry, al mostrarnos ese cuadro, nos indicaba el límite de las bajas Misiones. Ya en adelante, después del Teyú-Cuaré, el terreno seguiría elevándose cada vez más hasta quebrarse en infinitos cerros, que subirían para concluir su movimiento ascensional de olas petrificadas en el espinazo de Misiones: su cordillera central.

Y el bosque, el inmenso bosque misionero, conquistando los pocos campos que se hallan del otro lado de ese río, los llenaría de isletas,

siempre más grandes, hasta que estas, uniéndose como atraídas por una simpatía misteriosa, enredarían más arriba las inmensas copas de sus árboles en un estrecho abrazo, mientras las lianas y trepadoras, para poetizar más este acercamiento, envolverían el todo con su tupido velo de verde filigrana (63).

Después de contemplar extasiados ese bello espectáculo tan soberbio y tan lleno de luz, abandonamos nuestro refugio pétreo y seguimos la marcha lentamente aguas arriba, pero siempre cerca de la costa.

La canoa presentaba un conjunto pintoresco. En medio de un desorden aparente de catres de campaña, valijas pequeñas, cajoncitos de provisiones, útiles culinarios, atados de arcos de montar, armas y otros tantos objetos indispensables a los que viajen, íbamos sentados como podíamos, todos con alguna ocupación; uno, aferrado al timón dirigía la marcha de la canoa; otros manejaban los remos compasadamente; otro, el botador, y los desocupados se entretenían en achicar con jarros y cacerolas el agua, que penetraba sin interrupción en nuestro esquife por las varias hendiduras, que en sus costados presentaba.

Y de ese modo poco a poco avanzábamos camino, metro a metro, en medio de las conversaciones y jarana general que mitigaban el fastidio consiguiente y el sol, insoportable a pesar de los pañuelos que, asegurados debajo del sombrero, nos cubrían el rostro.

Sobre la costa del Yabebuiry, a unas cuadras de la desembocadura, ya empiezan a verse con intervalos más o menos largos, ranchos y rozados del vecindario esparcido de San Ignacio, cada cual con su canoa pequeña o grande, que se mece frente a ellos.

Estas canoas baratas son en general hechas de un solo tronco de árbol, que excavan más o menos bien y más o menos profundamente a golpes de azuela o hacha.

En su mayor parte son de factura tosca, verdaderas embarcaciones prehistóricas que un mal movimiento hace tumbar, y con las cuales, la gente misionera, armada de una sencilla pala, afronta impasible las iras del Alto Paraná, que cruza y recruza cuantas veces quiere, entre remolinos, correderas y correntadas de toda especie, ya vacías o cargadas a más no poder.

El río Yabebuiry que en guaraní quiere decir *río de las rayas* (64), es uno de los más largos que posee Misiones, y sirve de divisoria a los antiguos pueblos jesuíticos de San Ignacio, Loreto y Santa Ana.

El Dr. Bertoni, que lo ha explorado como diez leguas desde su boca, asegura que en todo tiempo es navegable para pequeñas canoas; pero

no así para las embarcaciones mayores, que no pasarían en tiempo de bajante las primeras correderas, situadas a legua y media de su boca, más o menos.

En cambio, y esto es muy importante, el mismo Dr. Bertoni asegura que es perfectamente apto para la flotación de las balsas sobre unas veinte leguas, lo que facilitará inmensamente la extracción y conducción de las hermosas maderas que ofrecen las faldas de la sierra.

Sobre este punto que afecta la explotación de la riqueza forestal de Misiones, me permito hacer una observación que espero será tomada en cuenta por el Gobierno.

Hoy para exportar la madera de los obrajes se requiere la presencia de un guarda aduanero, para que verifique en la planchada la cantidad de vigas que allí se hallen depositadas, y hecho esto, presencie luego el embalse de las mismas, a fin de dar el certificado y guía correspondientes.

Este sistema de control, que es muy bueno, si se quiere, sobre todo teóricamente, presenta en la práctica serios inconvenientes y perjuicios, que paso a explicar.

Los guardas hasta ahora son pocos para atender de un modo conveniente a todos los obrajes, que, como es sabido, dejan de trabajar casi siempre en una misma época, y en la misma necesitan para llevar a los mercados, embalsar sus maderas; y para esto, entre otras cosas, tienen en cuenta principalmente las condiciones de creciente mayor o menor que presenta el río, a fin de poder llevar sus balsas sin peligro hasta Corrientes.

Como estas crecientes se producen periódicamente y en ciertas circunstancias, si no se aprovechan, es fácil perder la oportunidad y con ella mucho tiempo, hasta que se presente otra en las mismas condiciones.

Si esto sucede en el Alto Paraná, ¿qué no sucederá en los obrajes situados en el interior de ríos como el Yabebuiry, por ejemplo, donde hay que aprovechar sin pérdida de tiempo los momentos oportunos?

Los guardas, siendo pocos para atender a tanto obraje, pierden muchísimo tiempo en presenciar el embalse de maderas, y de esto resulta que no pueden dar cumplimiento satisfactorio a todos los pedidos, pues cada operación de estas no se hace en un día.

Para evitar todos estos inconvenientes que perjudican de un modo serio el crédito y los intereses de los obrajeros, se debería modificar el sistema, a mi modo de ver, de la siguiente manera:

Los guardas requeridos por los obrajeros deberían ir a los obrajes y con un martillo marcador a presión o a fuego podrían marcar de un

modo visible e indeleble las piezas de madera una por una en la planchada; terminado lo cual, extenderían el certificado correspondiente para la guía, pasando inmediatamente a otro obraje para hacer la misma operación, que sería rápida, haría ahorrar tiempo a los guardas, no perjudicaría al obrajero, dejándole libertad de acción para embalsar cuando quisiera y despachar su balsa cuando pudiera.

Con este medio sencillo y rápido no creo que pudiera defraudarse al fisco, porque así, no sé cómo podría contrabandearse madera y mucho menos en los obrajes situados en los ríos que se internan en el territorio.

El control se haría del siguiente modo, que no admite fraudes:

Las guías se despacharían por un número dado de piezas o vigas, igual al que el guarda marcarse, y de ese modo, fuera de la cantidad indicada, no podrían conducir más las balsas.

Llevando bien en las aduanas las anotaciones de las partidas correspondientes, el fraude es imposible, porque una viga de más que las balsas llevaran, tendría que conocerse inmediatamente y no podría ser vendida ni despachada en Corrientes por falta de justificación; y como el tamaño de las vigas impide su ocultación, es natural que la falta de marca en una de estas denuncie su mala procedencia.

Este procedimiento sencillo y sin tantas dificultades para todos es también aplicable a las maderas que se despachen por el Alto Uruguay, teniendo más razón de ser su aplicación allí, por cuanto los catres y balsas de madera tienen que bajar en las crecientes rápidas y repentinas que se producen, y que muchas veces no dan tiempo para nada.

El deber de los gobiernos, salvaguardando sus derechos, es facilitar en lo posible la explotación de las riquezas naturales del suelo, debiendo tener siempre en cuenta que para ello es necesario simplificar nuestros procedimientos, hartos recargados de trámites, en los que se borrona y gasta demasiado papel, y se pierde precioso tiempo.

Todas estas dificultades, todos esos temores continuos y ridículos que hace ver a los oficinistas, empleados y legisladores un contrabandista en cada hombre trabajador y honrado, que por el sólo hecho de dedicarse a una explotación cualquiera es sospechado de tal, deben desecharse; no es con leyes prohibitivas ni coercitivas que se mata el contrabando; muy al contrario, con ellas se fomenta y sólo se le hace desaparecer cuando se presta a la explotación de los artículos similares del país, toda la protección y todas las facilidades para que el mayor número de personas de mucho o poco capital, puedan dedicarse a ella.

Si se quiere ver pronto desarrollada la explotación de los bosques misioneros y otros, téngase en cuenta estas observaciones tomadas *in situ* y dictadas con la mejor buena intención y voluntad.

Según los datos del Dr. Bertoni, el río Yabebuiry en su parte inferior cerca del Paraná mantiene su anchura entre 80 y 250 metros, con bastante profundidad, y arrastra una cantidad de agua muy superior, a la que se podría suponer, calculando que su curso total no pasará de 30 leguas y probablemente menos.

Esto se explica fácilmente por sus muchos afluentes y, sobre todo, por la enorme cantidad de lluvia que anualmente se descarga sobre la sierra de Misiones, y que según sus cálculos llega a dos y medio metros o sea dos mil quinientos litros por metro cuadrado. Esta abundancia relativa de agua es el carácter general de todos los ríos y arroyos del Alto Paraná, los que, por poco que llueva, guardan siempre un caudal respetable, no siendo raro verlos crecer durante las lluvias cinco y hasta diez metros verticales, a pesar de lo rápido de su corriente.

Continuando nuestra marcha, llegamos como a las cuatro de la tarde, al puerto de San Ignacio.

# Capítulo VIII

## En San Ignacio

*El puerto de San Ignacio. – Marcha a pie. – Una picada. – Impresiones. – Llegada a casa de don Marcelino Bouix. – Hospitalidad misionera. – Cría de mulas. Porvenir de esta industria. – La Cangalla misionera y sus inconvenientes. El idioma portugués. – El guaraní. – Por qué no se habla el español.*



El puerto de San Ignacio es una playa amplia y cubierta de pedregullo o ripio pequeño que proviene seguramente de disgregaciones de la tierra y que el río transporta entre sus aguas turbulentas y deposita allí, en la época de las grandes crecientes.

Algunos árboles diseminados sólo hacen sombra; el resto del suelo, desnudo, recibe de lleno el sol que reverbera. Más adelante un campo se extiende y allá, en el fondo, una restinga de monte se alarga con su tono azulado.

Al llegar no encontramos ni caballos ni alma viviente para mandar pedirlos. Descargamos sobre el cascajo caliente nuestros pertrechos y dejándolos al cuidado del Sr. Méndez y del asistente, resolvimos nosotros marchar a pie hasta la casa de nuestro futuro huésped, sirviéndonos de guía las huellas de una carreta.

Caminamos por ese campo, haciendo una variante nada agradable a la incómoda posición de sentados que en la canoa habíamos traído desde la mañana.

Correa Luna, Kyle y Artabe no se decidieron al principio por el paso militar que rinde mucho y es continuo; por el contrario, corrían carreras por aquella superficie llena de pasto alto que no dejaba de molestar; pronto se convencieron de que en esas condiciones y al sol, lo mejor es no apurarse, y al rato se pararon a la distancia y esperaron mi incorporación.

Nos sonreímos mutuamente y seguimos viaje ya sin corridas. Al hacer los comentarios consiguientes, Correa Luna me confesó que sus músculos necesitaban ese ejercicio; tenía mucha razón y aplaudí su idea, pero el hábito de los viajes me ha hecho perder esas necesidades y siempre trato de economizar las fuerzas, porque nunca se sabe lo que puede suceder más tarde.

Yo comprendo la necesidad de retozar de vez en cuando y la de tirarse sobre la yerba, revolcarse y luego estirar los miembros y permanecer en un dulce abandono por un buen rato, y hasta el dormir la siesta es algo que envidio; pero, a no estar muy cansado o entumido, prefiero el caminar despacio, porque tengo horror a la agitación y a las sudadas sin necesidad. El acostarse sobre la blanda yerba lo llena a uno de bichos colorados, y la siesta se me torna horrorosa al sólo pensar que le quita a uno el sueño de noche y le evita el vivir las horas que duerme, así es que difícilmente gozo en mis viajes de todas esas delicias.

El campo se acaba, estamos en el monte, las huellas de las carretas se internan en él, las seguimos y penetramos en una preciosa picada.

Un ¡oh! de admiración se escapa simultáneo de todos nosotros. El cuadro era magnífico.

Bajo aquella galería de árboles que se besaban sobre nuestras cabezas a gran altura, el sol, infiltrándose apenas por entre los claros que las ramas dejaban, hacía jugar en el suelo pequeños discos luminosos. Por doquier pendían guirnaldas de mil formas, siempre graciosas, que el tacuarembó, las lianas e isipós formaban tendiéndose en artístico desorden de árbol a árbol.

En la picada de luz tenue, un fresco delicioso se sentía, y a trechos, tropezábamos con un hilo de agua que corría rumoroso, lamiendo sin cesar las plantas que lo bordeaban y la yerba de tallo largo y fino que en él se acostaba.

Aquí y allí entre los claros del bosque, raudales de luz penetraban, encendiendo los colores y aquel contraste con las medias tintas del resto y las oscuridades de los meandros, tenía un encanto fascinador que aumentaba con el variado e infinito volar de las muchas mariposas, que ya en el sol, ya en la sombra, cruzaban el aire en todas direcciones.

El gran morpho de alas azules, la bella con los números 80 u 88 en sus alas, las pierides amarillas o pálidas, las saturnias diversas y todo ese enjambre animado, verdaderas joyas de aquella especie de palacio feérico, nos subyugaban la atención y proporcionaban numerosas víctimas a nuestra codicia insaciable de coleccionistas (65).

La marcha continuaba sin sentirse en medio de todo aquel esplendor. Pronto salimos, un torrente de sol volvió a invadirnos, y momentos después llegábamos a la mansión de don Marcelino Bouix (66), el cual al saber quiénes éramos nos recibió con los brazos abiertos.

Inmediatamente se mandaron mulas al puerto a recoger nuestros pertrechos y mientras volvían con ellos para instalarnos, nos sentamos

a la sombra de unos árboles delante de las casas a conversar con don Marcelino, empezando al mismo tiempo a circular el mate bienhechor.

La hospitalidad misionera volvía a manifestarse; la cocina empezó a ser teatro de mil idas y venidas por parte de la señora de la casa y del personal del servicio; sentimos el cacareo agonizante de algunas gallinas y poco después, un peón a caballo con el lazo a los tientos, se dirigió hacia el campo. Más tarde, hacia el lado del corral, percibimos un tropel y luego un mugido de dolor demasiado conocido, nos hizo comprender que otra víctima más se sacrificaba en holocausto nuestro.

Don Marcelino ante toda esta masacre permanecía impassible y continuaba en alegre plática con nosotros, que ni siquiera podíamos protestar ante tanta finura y galantería.

Cuando el sol empezó a declinar, resolvimos bañarnos en un precioso arroyo próximo, a una cuadra más o menos, y en sus frescas aguas dejamos parte del calor absorbido durante la larga exposición al sol, de todo el día. Saldada nuestra cuenta con la higiene, tornamos a las casas: las mulas habían vuelto, don Marcelino nos señaló una pieza espaciosa recién construida e independiente, donde sentamos nuestros reales.

En breve quedó transformada: nuestros catres de campaña se armaron, las armas y demás pertrechos se colgaron de las paredes, otros se acomodaron sobre cajones, y la instalación se terminó en medio de nuestra común satisfacción.

Incansable nuestro huésped, nos brindó con cerveza, y después salimos juntos a dar un corto paseo a pie esperando la hora de cenar.

La casa de don Marcelino no es una, propiamente es un conjunto de casas, separadas unas de otras por cortos espacios de terreno a manera de patios abiertos.

El edificio principal es amplio, provisto de grandes corredores que lo hacen muy comfortable por el fresco que siempre se encuentra debajo de ellos.

Detrás de la casa hay un gran galpón, y luego corre el arroyo a pocos metros, que suministra el agua necesaria para el servicio de la casa, haciendo además funcionar un monyolo para moler yerba o cualquier otra cosa.

La casa de don Marcelino es una romería de gente, siempre se hallan algunos vecinos que vienen a consultarlo para esto o lo otro, y a él venden muchos sus productos que acopia en grande escala, principalmente yerba, tabaco, etc., pero su ocupación más importante es la cría de mulas (67).

Avecindado en los campos de San Ignacio desde hace tantos años, don Marcelino ha podido formarse con trabajo y constancia un plantel muy bueno de yeguas criollas seleccionadas y de burros garañones que le han resultado excelentes, de manera que sus mulas son bien acreditadas y buscadas.

Además de vender mulas sueltas, etc., hace amansar tropas bien amadrinadas, lo que aumenta su valor.

Este trabajo como todos requiere conocimiento, y de la mayor o menor habilidad de los troperos depende que una tropa salga buena, pareja y pueda prestar sus servicios de una manera regular.

Cuando las mulas tienen dos años y medio o tres, ya pueden venderse, y su precio en Misiones es variable, pero nunca baja de 40 pesos nacionales, como *mínimum*, siendo *chúcara*.

Las mulas se amadrinan pronto con una yegua, y si esta tiene cría, mucho más; es increíble el cariño que las mulas le toman a los potrillitos, y unas a otras se los disputan sacándoselos a la madre, pero como no tienen como darles de mamar, lo que resulta es que a lo mejor si se descuidan los troperos, el potrillo muere de hambre.

Las mulas siguen siempre a la madrina y en las tropas hechas, difícilmente se desparramarán o quedarán rezagadas; por el contrario, acompañan al ruido del cencerro de la yegua, de cualquier modo; por esto es muy grotesco en marcha, el detenerse en el camino: a lo mejor la mula dispara y lo deja a uno de a pie, por seguir con las demás; si no puede hacer esto demuestra su impaciencia golpeando el suelo con las patas, dando rebuznos cortos y repetidos, y porfiando por continuar el viaje. Esto si bien es un inconveniente para las paradas, no deja de ser una ventaja para las marchas en las que no se necesita usar de rebenque.

Término medio, las mulas en Misiones cargan hasta 140 kilos cada una, pero generalmente cuando tienen muchos viajes que hacer, la carga es de 100 a 120 kilos.

Las mulas se emplean para la conducción de la yerba mate de los yerbales a los puertos de embarque; hasta ahora es el único medio de transporte y por mucho tiempo no habrá otros hasta que se hagan algunas picadas carreteras bien estudiadas que desvíen los cerros y fuertes desniveles del suelo que interceptan hoy las picadas mulateras.

Estas son muy mal hechas por lo general, cortadas a rumbo dentro del monte y atravesando retazos buenos y malos, con poco estudio del terreno y apenas limpias, lo suficiente para permitir el paso de la mula cargada, la que muchas veces va tropezando sus bruacas llenas de yerba con los troncos de los árboles de uno y otro lado. En estas

marchas, siguiendo una tropa, se puede apreciar el valor de la mula como animal de carga; ni los grandes barriales, ni los elevados cerros de poca inclinación que hay que subir o bajar la arredran. Con su duro y pequeño casco, aprovecha todas las hendiduras, piedras salientes, agujeros, etc., para trepar o bajar, siendo muy raro que suceda una caída o rodada.

La marcha diaria de una tropa cargada se calcula en cuatro leguas, para que los animales resistan a los viajes largos, y por eso es que en las picadas, a esas distancias y aún a trechos menores, siempre se encuentran lugares para posar o pasar la noche, en los que con el continuo andar de las tropas se halla siempre algún pasto, pero las mulas si no lo encuentran, no por eso dejan de comer: el monte les proporciona muchas hojas de plantas variadas que ellas apetece como el tacuarembó, el fumo bravo (68), etc.

Las mulas que trabajan en los yerbales, si son bien tratadas, siempre están gordas o por lo menos en buenas carnes, y resisten de una manera asombrosa a las más duras fatigas, después de las cuales, consiguiendo revolcarse un poco y dar algunas dentelladas, puede estar-se seguro de que las pueden continuar.

Como se ve, la mula es un animal impagable, y su cría una de las más provechosas. Es de desear que en Misiones se dediquen más a ellas, porque no sólo servirán para el territorio, si no que también pueden llegar a ser una fuente grande de recursos como artículo de exportación al Brasil, pasándolas a las provincias de Río Grande y Paraná, a fin de ser conducidas a San Pablo. No se crea que esto es una exageración: yo he tenido ocasión de conocer y tratar en la provincia de Entre Ríos y aún en el Estado Oriental del Uruguay, troperos de la provincia de San Pablo que habían llegado hasta allí en busca de mulas para aquella provincia (69).

Al lado de las casas, y en uno de sus galpones, don Marcelino tiene instalado un taller para la fabricación de *cangallas*.

Llámase *cangallas* al aparato que se aplica sobre las mulas para ser cargadas. Es palabra portuguesa que se usa en Misiones a causa de la cantidad de brasileros que allí viven y que dan el mayor número de troperos.

Las *cangallas* necesitan ser bien hechas para que no lastimen a las mulas. La forma usada en Misiones será muy buena, pero a mi modo de ver, tiene muchos inconvenientes: se compone de dos horquetas de madera, dos V que se unen entre sí por medio de unas pequeñas tablas, a uno y otro lado, perpendiculares a las ramas de la V, y en el vértice se les deja una especie de perilla.

Este aparato se coloca sobre las mulas forrando los lados internos de las ramas de la V con un colchado de paja que ocupa todo el largo de la *cangalla*.

Tanto a la horqueta o V anterior como a la posterior, se le excava de cierta manera el lado interno para que se adapten mejor al cuerpo de las mulas.

La *cangalla* se sujeta con dos cinchas y a veces con una sola, colocándole además un pretal ancho para evitar que se vaya para adelante cuando bajan por los empinados cerros.

De las perillas anterior y posterior, por medio de unas argollas de cuero llamadas *alzas*, cuelgan las *bruacas*, una a cada lado, para equilibrar el peso. Estas son unos grandes sacos de cuero en los que se coloca la yerba o lo que se quiera cargar; además se sujetan reatándolas por sobre la *cangalla*.

Esta *cangalla* tiene como inconveniente principal el ser de madera de sarandí (70), la que es muy pesada y rígida, y por mejor hecha que esté, nunca puede adaptarse bien al cuerpo de las mulas y concluye siempre por lastimarlas, además de hacerles cargar un peso inútil.

La objeción principal que a todo esto hacen es que la *cangalla* es muy fuerte y difícilmente se rompe, lo que no deja de ser una barbaridad o economía mal entendida, porque a la larga las mulas se estropean lastimosamente. Muchas veces les he indicado que adoptasen el sistema de *cangallas* de nuestras provincias andinas, que a mi modo de ver es el mejor por lo cuidadosos de sus animales que son los troperos de por allá; pero los de Misiones difícilmente entran por las innovaciones y no se advienen a ensayar nuevos procedimientos.

Por eso es que los dueños de tropas deben tener en cuenta estos datos y pedir unas muestras de aquellas a fin de mejorar el servicio, haciendo también algo a favor de las pobres mulas, que tanto lo merecen por su trabajo continuo y penoso.

En San Ignacio casi no se habla más que el portugués, la mayor parte de los pobladores son brasileros y por eso en casa de don Marcelino no se oía sino ese idioma, a pesar de ser él francés, su señora paraguaya y los hijos argentinos (71).

El portugués se impone por la masa de población brasilerera que lo habla, y como los argentinos que allí viven pertenecen en su mayor parte a la provincia de Corrientes, y por lo tanto son poco versados en el español, a causa del guaraní, prefieren aprender mal el portugués que es el único idioma con el que pueden hacerse entender con quienes tienen que estar en contacto.

Para entenderse con los paraguayos tampoco lo necesitan porque con ellos instintiva y voluntariamente hablan guaraní, idioma que se presta de un modo admirable a la chacota grosera y obscena que representa para la gente inculta el sùmmum de la gracia y *esprit*.

Así está explicado el por qué en Misiones se habla muy poco el español y si a esto se agrega la falta absoluta de escuelas en muchos de los centros poblados, como San Ignacio por ejemplo, en donde los niños puedan aprenderlo, se explicará mejor.

Traslado este dato al Consejo Nacional de Educación para que no desmintiendo su celo proverbial, tome la participación que le corresponde en este caso de suma importancia.

Al referirme a los correntinos que habitan en Misiones, no generalizo, pues el hecho que cito se refiere a la gente de campo e inculta que en su provincia no habla generalmente otra cosa sino el pintoresco guaraní.

La gente de las ciudades es muy culta. Hago esta salvedad para que no se me tome por parcial, ni se crea que pretendo con esto demostrar mal querencia hacia una provincia argentina que ha tenido sus merecidas glorias y por la cual tengo alto aprecio.

Cuando llegaron las 8 de la noche nos sentamos a la mesa, que pronto se ocupó con muchos convidados que querían festejar nuestra llegada.

---

# Capítulo IX

## Las ruinas de San Ignacio

*Cómo se repobló San Ignacio. – Su casi despoblación. – El porqué no adelantó. Decretos salvadores. – Población actual. – Las ruinas del pueblo jesuita. – Las casas. – La plaza. – La iglesia. – El colegio. – Detalles arquitectónicos. – Necesidad de conservar las ruinas.*



Después de cenar esa noche, reunidos aún alrededor de la amplia mesa, se siguió hasta muy tarde conversando de un sinnúmero de asuntos relativos al pasado y porvenir de San Ignacio.

San Ignacio se repobló espontáneamente gracias a sus buenos campos, ya pocos en esa región, y a ser el punto de entrada de los grandes yerbales de Campo Grande (72).

Desde la época de la Guerra del Paraguay ya empezó a afluir la población yerbatera que poco a poco se estableció diseminada, levantando ranchos, haciendo plantaciones y dedicándose a la cría de ganado mayor.

Gran parte de los pobladores fueron brasileros, pero con estos, varios europeos y entre ellos nuestro huésped don Marcelino, también se radicaron allí.

Desde aquella época esa curiosa población prosperó. Muchos monyolos daban sus cachazudos golpes a orillas de los arroyos moliendo yerba, las tropas de mulas iban y venían sin interrupción de la sierra acarreamo ese precioso vegetal y las canoas deslizándose por la tranquila superficie del Yabebuiry, o las turbulentas ondas del Paraná, llevaban a la naciente Ciudad de la Trinchera de San José, hoy Posadas, cientos de arrobas enzurrnadas en grandes tercios de cuero vacuno.

Durante muchos años, hasta la cesión del territorio de Misiones, hecha por la provincia de Corrientes al Gobierno Nacional, todo marchó en perfecto orden y sin tropiezo alguno; luego surgieron dificultades de género e índole diversas y cuando los intereses y los derechos adquiridos entraron a luchar con los posesorios, la faz de aquella vida plácida y de risueño porvenir cambió por completo.

Unos y otros se pusieron en pugna abierta y decidida, sin que las autoridades tomaran las medidas que les correspondían para evitar

que muchos pobladores beneméritos fuesen despojados indirectamente de sus derechos y empezase a producirse una despoblación de hecho injustificable y hasta criminal, por cuanto atentaba a los verdaderos intereses del territorio.

Ese error de los que debieron anteponerse a las miras egoístas de los grandes propietarios, lo ha pagado bien caro el territorio de Misiones, puesto que ha atrasado en veinte años su progreso material, destruyendo mucho de lo ya hecho, y sofocando un gran número de bellas iniciativas.

No está en mi ánimo el culpar a nadie, pero si alguno se siente herido por estas afirmaciones, medite bien en lo que dejo dicho y recorriendo el pasado, haga un sano examen de conciencia y reflexione como no lo hizo entonces, y si nada saca en limpio, dese una vuelta por aquellos mundos y tenga la paciencia de oír y escuchar con desinterés y sin pasión, los dolorosos recuerdos de los cientos de personas perjudicadas sin necesidad.

Por lo menos que estas líneas sirvan de seria protesta y de ejemplo para los que tengan que dirigir y velar por el porvenir de cualquier parte de nuestro país.

A todo esto muchos pobladores de San Ignacio resistieron con constancia y con fe en el porvenir y, gracias a ello, hoy viven ya más respetados, gozando de bienestar. Debido también a la mensura de los terrenos nacionales que corresponden a los antiguos pueblos jesuitas por Ley de la provincia de Corrientes de Septiembre 27 de 1877 —cuya mensura hoy está haciendo llevar a cabo el Gobierno Nacional—, los pobladores de ese y otros puntos podrán tener pronto sus títulos de propiedad como merecen, y entonces, ya sin temor de que les sean discutidos sus terrenos, los adelantarán con buenos edificios y ensancharán el radio de acción de sus intereses, invirtiendo mayores capitales, que podrán radicar ya definitivamente.

Eso es lo que tanto mal ha hecho a Misiones: la falta de títulos de propiedad a los pequeños propietarios, es decir, a los poseedores del terreno, que han vivido en completa zozobra, sin atreverse a dar ningún paso ni a invertir capital alguno.

Hoy San Ignacio tiene unas trescientas seis hectáreas cultivadas y plantadas en su mayor parte de tabaco, maíz, etc.; posee una población repartida en ciento cincuenta hogares, que tiene más o menos:

Animales vacunos:

600 animales yeguarizos.

300 animales mulares.  
800 animales porcinos.

Y es de esperar que pronto estas cifras aumenten, una vez que se pongan en vigencia las nuevas leyes protectoras.

Al día siguiente, resolvimos visitar las famosas ruinas de los antiguos jesuitas. Montamos a caballo acompañados por un peón brasilero, un riograndense alto, negro y bien proporcionado, que respondía al feroz llamado de *Maneco tigre*.

Atravesamos campos fuertemente ondulados y cubiertos de flores, con abundantes isletas de monte espeso, en una extensión de dos kilómetros más o menos, hasta llegar a orillas de un bosque al cual penetramos por una estrecha senda.

El carácter de los árboles denotaba la no muy avanzada edad del monte, que en su mayor parte se hallaba compuesto de naranjos que allí se habían desarrollado espontáneamente en aquel suelo lleno de piedras.

Íbamos subiendo, sin querer, una colina, recibiendo el hálito cálido del monte, impregnado de humedad y forjado bajo la agradable sombra de aquella vegetación desordenada.

De pronto entre los árboles empezamos a distinguir, una, otra y otras casas de piedra, alineadas en calles e invadidas también por la vegetación inexorable.

Las casas se conservaban en general bien, sus paredes, aún en pie, de piedra cubicada se erguían, con sus puertas y ventanas desnudas, conservando algunas de ellas engastadas en su masa, grandes vigas de Urunday (73), que les sirvieron para sostener los marcos.

Los techos faltaban a todas, y dentro de ellas, los montones de tejas españolas yacían hechas pedazos desde que se derrumbaron.

Muchas casas tenían dos piezas, pero en general sólo eran de una de regulares dimensiones; en las paredes se notaban alacenas pequeñas que seguramente sirvieron para guardar imágenes de santos.

Alrededor de las casas, se hallan todavía gruesos pilares de piedra cuadrados, que estaban destinados a sostener el pesado techo sobriante de la casa y a cubrir el corredor que la debía proteger de los fuertes rayos del sol misionero dándole grata sombra.

Hoy cada pilar sostiene un curioso y elegante chapitel de plantas de helechos, cuyas preciosas hojas se levantan con una airosidad infinita.

Las casas se suceden así como las calles. Por ellas vamos caminando precedidos por *seu Maneco Tigre* quien con su filoso machete va abriéndonos paso por entre la maraña que las llena; declarando al mismo tiempo que nunca ha visto, en los muchos años que hace de Cicerone, viajeros más curiosos ni más caminadores que nosotros.

Ocho cuadras contamos de Norte a Sur y otras tantas de Este a Oeste, edificadas de este modo, perdiéndose aún las ruinas entre el monte tupido por unas cuantas cuadras más, las que no andamos por estar casi completamente destruidas y ser de un acceso muy difícil.

Luego de que nos dimos cuenta exacta de lo que fue el pueblo, nos dirigimos a la plaza, en donde recibimos un baño de sol, por estar desprovista de vegetación arbórea.

El suelo sólo se halla cubierto de plantas bajas, llenas de flores, que hubieran hecho las delicias de un botánico por la enorme variedad de especies que allí se presentaban (74).

Este curioso fenómeno de hallarse la plaza sin la vegetación que cubre el resto del pueblo debe seguramente atribuirse al pisoteo de los miles de indios que en sus posesiones y fiestas diversas concurrían a la plaza, así como también al haber servido ese lugar de taller para el tallado y corte de todas las piedras empleadas en la construcción de la monumental iglesia y demás edificios que alrededor de ella se elevaban.

La plaza es amplia, tiene una cuadra por costado y está totalmente rodeada de edificación de piedra.

Mirando al Norte se hallan las ruinas del grandioso templo de San Ignacio, todo edificado en piedra labrada y de cuyo frente aparecen aún en pie tres grandes trozos, los únicos que se han salvado de los destrozos del tiempo y de los hombres.

El atrio de la iglesia con su concha se ha derrumbado y yace en el suelo delante de las paredes aún en pie.

La escalinata que daba acceso al templo se halla cubierta de escombros y vegetación; sobre ella aún se ve una loza fúnebre con la siguiente inscripción:

P. P. ENRIQUE CORDULE  
*Septiembre 1727*

Allí debajo debe dormir su sueño eterno ese sacerdote, cuya memoria se ha de conservar en los archivos de la orden a la que perteneció.

Según se ve, en las paredes del frente no usaron las piedras cúbicas, como en algunas otras iglesias, sino que emplearon las piedras chatas de poco espesor y de tamaño variable, que fueron colocando, calzándolas con pequeños fragmentos de otras para que nivelasen su talla irregular.

Esto quizá ha contribuido a que su conservación no haya sido tan duradera; puesto que las paredes así hechas ofrecen mayores resquicios por donde las plantas puedan arraigar, ejerciendo mayor presión con sus robustas raíces, en el interior de ellos, y por lo tanto, mayor movimiento en la pared.

Al edificar el frente del modo indicado han embutido piedras talladas de antemano que representaban varias figuras, ornamentos, etc.; igual cosa ha sucedido con las columnas del frente.

El todo fue cubierto por una gruesa capa de revoque del cual no quedan hoy sino rastros: parece de color blanco.

La entrada principal del templo se conoce que fue amplia, flanqueada por columnas, dos a cada lado, que sobresalían de la pared.

Estas columnas cuyos chapiteles tienen algo de corintio, pero con un carácter indio muy marcado, sostenían los extremos de una especie de concha que ocupaba la parte superior de la puerta.

Esta concha que debió tener la forma de un sombrero napoleónico terminaba sobre la mitad de la columna externa, en donde se elevaba una gran perilla de piedra.

Sobre esta concha, a juzgar por los restos que quedan, se destacaban de la pared otros adornos como ser columnitas cuadradas, rosetas, etc., y erguida sobre la perilla, aún se ve la figura de un ángel de pie que en la mano izquierda sostiene una bandera, mientras mira a la derecha. Otro que seguramente hacía *pendant* a este debía hallarse del otro lado.

Sobre los chapiteles y en esa línea, una balaustrada fingida, tallada en la pared, corría a lo largo del frente. A ambos lados de la puerta, debajo y detrás de las columnas de la entrada, se hallaban engastadas en la pared dos grandes placas de piedra grabadas, la de la derecha con la cifra de Jesús *IHS* y debajo de ella los tres clavos de la pasión, y en la de la izquierda la cifra de María cubierta por una corona y debajo de ella el corazón traspasado. Estas cifras se hallan rodeadas por una elegante línea ondulada. Una de estas placas fue arrancada de su lugar para transportarla a Buenos Aires para figurar, junto con otras

cosas, en la Exposición Continental del año 1882, pero parece que una vez fuera de su lugar no pudieron conducirla por el peso, y allí ha quedado, en el suelo delante de la puerta.

El interior de la iglesia es grandioso, las paredes laterales son todas de piedras cúbicas y de gran tamaño, colocadas con bastante prolijidad. El costado derecho tiene una serie de grandes ventanas también de piedras orladas de dibujos tallados en ellas, representando florones de formas raras, guardas formadas por una combinación de racimos de uva y espigas de trigo y otras a cual más originales, pero todas ellas con un marcado carácter indio.

El piso de la iglesia debe contener muchas lápidas fúnebres con inscripciones en guaraní como sucede en todas las iglesias que han quedado de los jesuitas, pero desgraciadamente se halla tan cubierto de tierra, restos de tejas, piedras, escombros de toda clase y, sobre todo de vegetación, que hace imposible el poder darse cuenta de ello (75).

Entre las piedras de las paredes han nacido cantidades de helechos y bromeliáceas que con sus largas hojas ocultan a la vista mil detalles interesantes de ornato de aquella extraña arquitectura.

A la izquierda de la iglesia, se encuentra un gran patio cerrado que fue el cementerio de la misión; hoy se halla también cubierto de árboles cuyos despojos ocultan las piedras funerarias.

A la entrada se ven los restos de una capilla donde seguramente depositaban los muertos antes de enterrarlos a fin de rezarles las oraciones de difuntos.

En esta capilla se notan aún unas fuertes vigas de lapacho (76), empotradas en las paredes que sirvieron para sostenerlas sobre las puertas.

A la derecha de la iglesia, están las ruinas del colegio o casa de los jesuitas; una flanqueada por dos pequeñas columnas de grueso chapitel con cabezas de ángeles alados, hoy destruida, da acceso al gran patio central.

A la derecha de la puerta, sobre un gran lienzo de pared, ha crecido del lado externo un gigantesco árbol de *Ubapoi* o higuera salvaje o higuérón (77), como también lo llaman, el que ha adherido a ella sus raíces como un pulpo colosal, sirviéndole al mismo tiempo de vigoroso sostén que impedirá, por muchos años, su derrumbe.

El gran patio del colegio, rodeado de edificación, cerrado en el costado oeste por la pared de la iglesia con sus grandes ventanas que también de este lado están rodeadas de esculturas variadas y por el Sur y Este con las muchas habitaciones que aún quedan en pie, había

sido entonces transformado en un gran maizal por uno de los pobladores de San Ignacio.

En la esquina suroeste del patio hay una preciosa portada de piedra, toda esculpida, de un estilo raro.

El arco superior lo forman dos grandes lozas que se adaptan exactamente, talladas de modo de dejar una abertura semicircular; estas descansan sobre la pared que representa columnas y pilares también tallados y esculpidos.

En el arco, entre arabescos, se halla esculpida la figura de un jarrón con flores a las que van unos pajaritos volando.

Los chapiteles de las columnas son cuadrados con cabezas aladas de ángeles.

Los de ornamentación son curiosos y todos llevan su sello propio, medio civilizado y medio indio.

Esta puerta es una joya en aquellas ruinas y lástima que no se trate de conservar, despojándola un poco del exceso de vegetación que pesa sobre ella, la que tiende a destruirla, pues ya una de las piedras que forman el arco se ha zafado un poco y no será extraño que el día menos pensado se venga al suelo.

Esta puerta da acceso a la galería externa del colegio; galería que se hallaba a lo largo de este frente delante de la cual corría una magnífica balaustrada toda de piedra de la cual hemos podido fotografiar una parte.

La balaustrada se hallaba formada por grandes paralelepípedos de piedra con una simple moldura, alternados por columnas torneadas derechas y otras en forma de S.

En el centro hay una escalinata que desciende a la que fue quinta de los padres de la Compañía de Jesús, toda rodeada de un muro de piedra que aún existe.

El edificio del colegio ha sido grandioso y no desmerecía en nada a la magnificencia de la iglesia.

Se nota por las ruinas que allí mucha gente durante largo tiempo trabajó en su construcción.

Tanto la iglesia, como el colegio, a pesar del incendio que sufrieron en tiempo de la invasión del General Chagas (78), se hubieran podido conservar por muchos siglos aún, dado el trabajo ciclópeo con que fueron construidos; pero la vegetación de aquellos lugares ha acelerado en mucho su destrucción, derribando con sus raíces poderosas masas enormes de piedras.

Estas ruinas no durarán ya mucho, la naturaleza y los hombres de por allí, que no ven en ellas sino montones de piedras ya talladas, y que presentan comodidad para ser empleadas en obras que le reporten utilidad, concluirán la obra destructora si las autoridades no toman medidas severas para contrarrestar ese vandalismo.

Para Misiones, las ruinas de los pueblos jesuitas representan un venero de riqueza futura.

Cuando haya mayor facilidad de transporte y el turismo se haya generalizado más en nuestro país, muchos, muchísimos se dirigirán allí para visitarlas, y ese vaivén continuo de turistas coadyuvará al adelanto del territorio, dejando mucho dinero y aportándole su contingente de progreso (79).

Este fue el pueblo de San Ignacio Miní que se fundó al principio cerca del de Loreto en la provincia del Guayrá sobre la margen del río Yabebuiry en el año 1555 por los españoles. En 1631, por miedo a los paulistas y tupis su población huyó, y recién en 1659 se estableció de nuevo en el punto que hoy ocupan sus ruinas (Gay) (80).

# Capítulo X

## En San Ignacio: la cuestión yerbales

*Los campos de San Ignacio. – Su mejora por la hacienda. – Pobladores. – Moralidad de aquellas gentes. – Vida patriarcal. – Las consecuencias de un error administrativo. – Destrucción de yerbales fiscales. – Su reglamento actual.*



Casi todo el día empleamos en visitar las ruinas de San Ignacio, y cuando ya quería entrarse el sol, resolvimos regresar a casa de nuestro huésped, con la intención de volver a hacerles otra visita al día siguiente.

Después de salir del monte, tornaron a presentarse a nuestra vista los campos de San Ignacio iluminados por un magnífico sol poniente, cuya luz espléndida, llena de resplandores rojizos, jugueteaba en los cerritos pelados, sobre las isletas de monte, entre aquella alfombra infinita de flores, coronando por fin la cresta del majestuoso cerro de Santa Ana, que allá a lo lejos se destacaba soberbio sobre la línea del horizonte.

La hacienda repleta de jugosos pastos se encaminaba pausadamente hacia sus lugares predilectos para echarse a rumiar, y en el cielo, bandadas de loros, con su gritería infernal, pasaban dirigiéndose hacia sus dormideros, después de haber hecho de las suyas en los maizales, acompañados por la maldición de los plantadores (81).

Aquellos campos, hoy tan buenos para la cría del ganado mayor, han sufrido desde años a esta parte la influencia del mismo, que con su pisoteo y abono ha ido mejorándolos en cuanto a la calidad de los pastos.

El ganado en Misiones se cría admirablemente, tiene muchos recursos de que echar mano, principalmente en el bosque, donde varias plantas y hojas de árboles le brindan un complemento de alimentación no despreciable, proporcionándole además grata sombra, bajo el tupido follaje de sus gigantescos árboles, en las horas en que el sol lanza sobre la tierra sus más ardientes rayos.

Cada isleta de monte tiene en su centro un ojo de agua, que cristalina y fresca brota de entre las piedras, murmurando suavemente, debajo de un dosel de vegetación lujuriosa que la cubre con cariño;

llenando aquel ambiente perfumado una multitud de mariposas multicolores, que flotan con movimientos lentos.

En lo de don Marcelino nos esperaban con la *ceia* (82) preparada.

Nuevas víctimas habían sido sacrificadas en honor nuestro, entre las cuales figuraba un magnífico pato, que nos fue servido con aceitunas, por nuestro don *Maneco Tigre*, quien de bombacha, botas, su inseparable y largo facón en la cintura, de gran chambergo, y con una servilleta al hombro, hacía las veces de *maitre d'hotel*, con toda la elegancia y *chic* requerida en estos casos.

Alrededor de la mesa, compartiendo con nosotros el festín luculiano preparado por don Marcelino, se hallaban muchos vecinos de San Ignacio que habían venido para conocernos y ofrecernos sus servicios.

¡Qué buena gente aquella! Todos hombres de trabajo, cargados de familia y viejos pobladores del lugar, cada uno con su historia de infortunios y con su odisea de *pioneers*.

Agricultores y yerbateros en su mayor parte, con veinte y más años de residencia en aquellos parajes, conocedores de los más recónditos secretos de los bosques del territorio; allí se han arraigado espontáneamente, formando sus hogares y luchando con aquella naturaleza que, avara de sus riquezas, opone mil obstáculos al hombre sin fortuna, para la explotación de sus productos.

La mayor parte eran brasileros de las provincias de Río Grande y Paraná, y entre ellos no faltaban algunos recién llegados o mejor dicho, emigrados, que habían abandonado sus hogares, huyendo de los desastres de la guerra civil.

La moralidad de los pobladores de San Ignacio es proverbial, y privados como mucho tiempo han estado de autoridades, han adquirido un *modus vivendi* especial, de suerte que entre ellos, arreglan amistosamente cualquier dificultad, nombrando en último caso, si no pueden avenirse, un tercero, árbitro, cuya decisión es inapelable.

Cuando por casualidad entre ellos ha surgido un elemento de discordia, este ha sido expulsado en un modo indirecto, pues todos a una le han hecho el vacío, obligándolo así a cambiar de domicilio.

Este procedimiento que en otro centro no surtiría efecto, allí lo tiene, y esto se explica, puesto que se trata de lugares en donde todos tienen que darse la mano y ayudarse en mil trances, por la falta de recursos y por el casi aislamiento en que viven.

Hoy por una cosa, mañana por otra, todos se necesitan, viviendo, puede decirse, en una especie de comunismo sin que este sea llevado a la exageración.

El compadrazgo tiene además una influencia muy poderosa y coadyuva en mucho a la perfecta armonía que reina entre ellos<sup>1</sup>.

Gracias a esta especie de comunidad, se han salvado de la destrucción los naranjales de las ruinas, que hubieran ya desaparecido del todo a esta fecha, por el sistema indolente que las gentes tienen, en creer que es mejor, cuando se trata de bienes mostrencos, voltear los árboles para cosechar las naranjas, que el trepar en ellos para despojarlos, no acordándose del mañana, con esa imprevisión propia de salvajes (83).

Esta crueldad para con los árboles, donde más se ha manifestado en Misiones ha sido en los yerbales, sobre todo en los fiscales (84).

Durante una de las administraciones pasadas, se cometió el grave error de darlos en arriendo a una sola persona, quien monopolizó su explotación, vendiendo a su vez derechos de corte a los pequeños yerberos, que toda la vida se habían ocupado de ese negocio.

Pero como todo monopolio es odioso, y como los precios que se exigían eran exorbitantes, muchos creyeron mejor desentenderse de aquel, dedicándose clandestinamente a la explotación de dichos yerbales, lo que se hizo revistiendo todos los caracteres del vandalaje más cruel.

Aquella gente baqueana penetraba a los yerbales por sendas desconocidas, llevando sus escasas comitivas por simples piques<sup>2</sup> practicados en el bosque y trazados a rumbo; marchando entre aquella maraña con todo el sigilo y la prudencia propia de los indios, cuando van a sorprender una toltería enemiga.

Llegados a los yerbales, hacían un campamento provisorio, y para abreviar tiempo, volteaban a hacha, los árboles de yerba, que derribados, eran rápidamente despojados de sus codiciadas hojas, quedando en el suelo sus troncos pelados junto al pie, que levantaba su muñón tronchado, como clamando al cielo por el hecho bárbaro de que habían sido víctimas.

Luego que tenían un par de cientos de arrobas de yerba lista, agrandaban el pique, y metiendo por él la mulada al yerbal, sacaban precipitadamente el producto de sus rapiñas lejos de allí, para venderlo en seguida a los acopiadores de Posadas.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Sobre el compadrazgo véase mi trabajo «Materiales para un Folk-Lore Misionero», Rev. del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Tomo I, entrega 5.

<sup>2</sup> Pique es una pequeña senda abierta a machete dentro de la selva virgen y que no permite pasar sino a los hombres (85).

Muchísimos árboles así se han destruido, y hubiera continuado este destrozo por mucho tiempo aún, quizás hasta arrasar los yerbales, si no se hubiera puesto un remedio como fue el declarar la explotación libre de los mismos, mediante pago al Gobierno de cincuenta centavos por diez kilos y con sujeción al reglamento de Corrientes de 1876 para el corte de yerba que regía en Misiones, cuando aún pertenecía a aquella provincia.

Como este trabajo está destinado a servir de consulta a los que necesiten tomar datos sobre aquel territorio, transcribo aquí dicho

## Reglamento de yerbales

### Capítulo I

#### De las secciones para explotar la yerba y la concesión de permisos

Art. 1.º. Para la fiscalización y explotación de los yerbales de San Javier, Santa Ana, Corpus, los del otro lado del Campo Grande y de los que en adelante se descubrieren, se repartirá el conjunto de todos ellos en cuatro secciones: los límites de cada sección serán determinados por una Comisión compuesta del Comisario General, uno de los Fiscales a indicación del Comisario, y dos vecinos prácticos de los principales yerbateros, nombrados por la Gobernación. La determinación de los límites debe someterse inmediatamente a la aprobación del Gobierno, y una vez aprobada, el Comisario designará la sección para la elaboración de la yerba, empezando de San Javier, Santa Ana y así sucesivamente.

Las secciones serán numeradas de 1.º a 4.º.

Art. 2.º. Cada año se concederá una sección para la elaboración de la yerba-mate, prohibiéndose por los tres años siguientes la elaboración de esta sección.

Art. 3.º. El usufructo de una o más manchas todavía desconocidas, será exclusivamente del descubridor por el primer año, sujetándose a las restricciones de este Reglamento.

Art. 4.º. Todo individuo que quiera beneficiar yerba-mate solicitará previamente un permiso del receptor territorial de San Javier o Santa Ana, quien lo dará por escrito en el impreso que se le remitirá, en el que se expresará el nombre del empresario, el número y nombre de los peones con que entrará a la sierra, haciéndose la correspondiente anotación en un libro especial que para el efecto llevarán dichos receptores.

Art. 5.º. El permiso a que se refiere el artículo anterior se expedirá desde el 20 de

febrero, pudiendo empezar el corte desde el 1.º de marzo hasta el último día de julio, debiendo suspenderse desde ese día todo trabajo.

Art. 6.º. Perderá el derecho acordado en el artículo, aquel que en el término de dos meses no hubiere dado principio a los trabajos.

Art. 7.º. La localidad elegida para el corte se concederá, si estuviera libre, sólo en una extensión relativa al número de trabajadores que haya de emplearse, calculándose un área de seis cuadradas para cada cortador de yerba, y así sucesivamente; pero en ningún caso el terreno de un campamento excederá las sesenta cuadradas.

El lugar de la ranhería será siempre el centro del campamento.

## Capítulo II

### De la manera como se ha de hacer la elaboración

Art. 8.º. Cada patrón o capataz de comitiva, habiendo elegido un terreno para sus trabajos, limpiará el lugar para la ranhería y solicitará del Fiscal la determinación de los límites del campamento, según dispone el artículo anterior.

El Fiscal designará los límites en el término de dos días, cuya designación la dará por escrito al interesado.

Art. 9.º. El que corte yerba dentro de los límites de otro campamento, pagará una multa de *veinticinco pesos fuertes*, y la yerba cortada será entregada en propiedad al dueño del campo.

Art. 10.º. Es prohibido cortar el gajo principal del árbol (llamado banderola): el contraventor será multado en *veinticinco pesos fuertes* por cada gajo que corte, y perderá la yerba a beneficio del denunciante o delator.

Art. 11.º. Una multa de *veinticinco pesos fuertes* será igualmente aplicada al que destruyere maliciosamente un árbol de yerba, y por cada árbol destruido, debiendo además abonar a beneficio del denunciante o delator un equivalente de la mitad más de la multa impuesta.

Al reincidente se le aplicará la misma multa, perderá todos los útiles de elaboración a beneficio del delator o denunciante, y será obligado a abandonar inmediatamente el campamento, no pudiendo entrar en los yerbales por espacio de tres años. A este fin las autoridades se darán inmediatamente aviso expresando la filiación del reincidente.

Art. 12.º. Toda yerba beneficiada fuera de los meses de marzo a julio inclusive y en las secciones prohibidas será decomisada inmediatamente con todos los útiles de elaboración y vendidos por la Gobernación al mejor postor y a dinero contado, repartiéndose la mitad del producto líquido entre los aprehensores, la otra mitad corresponderá al delator o delatores, previa deducción del impuesto fiscal.

Se impondrá también una multa de *veinticinco pesos fuertes* al patrón o capataz y diez pesos a cada peón a beneficio del Fisco, por cada arroba de yerba beneficiada y decomisada, sin perjuicio de que la comitiva será obligada a retirarse inmediatamente de la sierra.

Al reincidente se le aplicará el doble de la multa pecuniaria que debiera corresponderle, y no podrá entrar en los yerbales por tres años, dándose aviso a las autoridades con expresión de la filiación del reincidente.

Art. 13.º. Se prohíbe completamente beneficiar yerba caona (86); la que se encuentre será inutilizada por los fiscales en presencia de sus dueños, y a estos se les aplicará la multa de *quince pesos m/n* por arroba.

La clasificación de la yerba caona se hará por el Fiscal y dos vecinos yerbateros con audiencia del dueño, y el fallo será inapelable.

### Capítulo III

#### Venta de yerbas, mercaderías, etc. en las sierras, boliches, poblaciones permanentes

Art. 14.º. Toda venta de yerba en los lugares de beneficio o entrega de un noque a otro se hará indispensablemente con conocimiento expreso de un fiscal, justificándose previamente la propiedad.

Al vendedor de yerba ajena, háyase o no consumado la venta, se le aplicará la multa de *cinco pesos fuertes* por arroba, a beneficio del propietario.

Art. 15.º. Queda prohibido entrar en la sierra boliches ambulantes.

Todo individuo que quiera entrar en la sierra para vender artículos de manutención, géneros, ropa hecha, ponchos, etc. lo hará con una licencia escrita del receptor, expresando los artículos que lleva, con la que se presentará al Comisario o a uno de los fiscales para que con su conformidad al pie de la licencia le permita disponer de ellos.

Es entendido que los receptores no darán licencia, sin exigir antes la exhibición de la correspondiente patente.

Art. 16.º. Se prohíbe hacer rozados para plantar en los montes de yerba o sus inmediaciones; el contraventor pagará una multa de *cien pesos fuertes* sin perjuicio de otros cargos que pudieran resultar contra él.

Art. 17.º. Se prohíbe igualmente hacer habitaciones permanentes en la sierra o Campo Grande, bajo pena de destrucción de la habitación y multa de *cien pesos fuertes* por cada una (87).

## Capítulo IV

### Deberes de los patrones, capataces y fiscales para la extracción de la yerba

Art. 18.°. Los patrones o capataces son responsables de los perjuicios que sus peones causaren a los árboles, debiendo vigilar por el estricto cumplimiento del Reglamento, como también cuidar de que no dejen cortar los árboles en estado de beneficiar.

Quedarán, sin embargo, libres de toda responsabilidad, si probasen que las infracciones por parte de los peones han sido con objeto de dañar a su patrón o capataz, en cuyo caso cargarán aquellos con las responsabilidades.

Art. 19.°. Siempre que un jefe de comitiva conozca la necesidad de mudar de campamento o la de retirarse de la sierra avisará cuatro días antes a un fiscal, para que venga a inspeccionar el trabajo hecho, so pena de multa de *cincuenta* pesos m/n sin perjuicio de los cargos que resultaren. Avisado el fiscal atenderá a esta inspección dentro de cuatro días, después de cuyo término quedará el jefe libre de toda responsabilidad.

Art. 20.°. Todos los troperos que se ocupen en la extracción de yerba solicitarán por escrito una licencia del receptor respectivo, a su entrada a la sierra, en la que expresarán el número de cargueros que llevan, el nombre del dueño del noque, de cuenta de quien carga, si conducen víveres para alguna comitiva o artículos para vender, y si tendrán que cargar uno o más noques.

Todas estas circunstancias serán anotadas en un libro especial con el nombre del tropero, devolviéndose la solicitud con el *conforme* del receptor.

Art. 21.°. La licencia a que se refiere el artículo anterior será presentada a uno de los fiscales de la sierra, al pie de la cual anotará si cargó en el noque o noques a que iba dirigido el tropero, y el número de cargueros y arrobas, dejando constancia en un libro que al efecto llevará.

Art. 22.°. El tropero que no encuentre carga completa en el noque señalado en su licencia o que no pueda alcanzarlo por motivo de caso *fortuito* o *fuera mayor*, podrá cargar en otro noque, siendo de propiedad suya, pero siempre con conocimiento de un fiscal quien hará constar esta circunstancia al pie de la licencia.

Art. 23.°. El tropero que por equivocación o ignorancia cargue yerba de otro noque, que no sea el expresado en la licencia, pagará una multa de *diez* pesos m/n por arroba, y será responsable de los daños y perjuicios que ocasionare a los interesados.

## Capítulo V

### De los peones yerbateros

Art. 24.°. Todo individuo que quiera conchabarse para trabajar en los yerbales hará su contrato por escrito en el papel sellado correspondiente, ante el receptor, quien lo transcribirá en presencia de los interesados y la firma de ellos en un libro especial que se titulará *libro de contrato de peones*. Este libro será remitido por el Gobierno, foliado y con el sello de la Gobernación en cada foja.

El contrato no podrá ser por más tiempo que el de una zafra, después de la cual podrá renovarse.

Art. 25.°. Será nulo todo contrato no registrado en el *libro de contrato de peones*.

Art. 26.°. Es prohibido conchabar un peón que no haya cumplido su contrato anterior, fuera de mutuo desistimiento, bajo pena de nulidad del contrato y de responder a los perjuicios ocasionados al primer contratante.

Cumplido un contrato, se anotará en el libro respectivo.

Art. 27.°. Los peones podrán quejarse a los fiscales de las faltas de los patrones en el cumplimiento de sus compromisos, y si aquellos no pudiesen arreglar el asunto por medios conciliatorios, llevarán la demanda al Juez de Paz para su resolución.

Art. 28.°. Los que adelantasen fondos o géneros a pagarse con yerba de la próxima cosecha, podrán hacer autorizar sus contratos por el receptor o el comisario, para que tengan preferencias a otro posterior, o a otra obligación contraída posteriormente.

## Capítulo VI

### De los fiscales: multas y responsabilidades

Art. 29.°. Dos fiscales nombrados por el P. E. Nacional a propuesta de la Gobernación, con la fuerza de la comisaria policial de yerbales, vigilarán en el interior de estos por el estricto cumplimiento de las disposiciones de este Reglamento y de los policiales, debiendo ser de cuenta de ellos la mantención, vestuario y caballos o mulas que ocupen en el desempeño de sus obligaciones.

Art. 30.°. Los dos fiscales permanecerán en la sierra desde el 20 de febrero hasta el 20 de agosto, pudiendo en el resto del año relevarse mensualmente para el despacho de guías de los troperos, eligiendo para morada el lugar más conveniente para que los troperos puedan encontrarlos fácilmente y no sufran demora en sus viajes.

Art. 31.°. Si un fiscal encontrase en un campamento que se trata de desalojar, árboles que no hayan sido beneficiados, ordenará su corte y beneficio antes del desalojo. No habiendo obstáculo para permitir la mudanza, presenciará la colocación del nombre o marca del dueño en una parte visible del noque, con la cantidad de arrobos que quede depositada.

Art. 32.°. Los fiscales cuidarán especialmente de llevar una lista duplicada de todos los individuos multados, con expresión de las cantidades de la multa de cada uno.

Al fin del mes remitirán la lista duplicada al Comisario General; este quedará con una y la otra la remitirá al receptor para hacer efectivo el pago.

Los multados deben satisfacer las multas en los diez días primeros del mes siguiente, so pena de pagar el interés del 10% mensual, sin perjuicio de procederse a su prisión, si no hubiere esperanza de pronto pago, o no dieren fianza suficiente.

Art. 33.°. Cuando la multa sea satisfecha, el receptor otorgará un recibo al interesado, quien lo presentará al Comisario General dentro de los mismos diez días para anotar el pago en la lista que debió conservar, y pasados los diez días la remitirá inmediata y directamente a la contaduría de la Gobernación con las explicaciones que creyere necesarias, dejando copia del nombre de los morosos para anotarlos cuando se presenten.

La contaduría reservará esta lista para confrontarla oportunamente con las cuentas de los receptores de los yerbales.

Art. 34.°. El individuo multado que no hiciere anotar su pago a los cinco días en la lista del comisario, cuya anotación exigirá sea en su presencia, pagará un 5% a beneficio del Comisario General.

Art. 35.°. El receptor anotará en la lista que le haya sido remitida por el comisario, las personas que hayan satisfecho sus multas dentro de los diez días señalados, cuya lista original será remitida a contaduría con las cuentas de la receptoría, dejándose en esta copia de la nómina de las personas que no hayan satisfecho sus multas en ese término.

Después de los diez días, el receptor y el comisario anotarán con fechas en el día del pago con el interés correspondiente, y esos pagos anotados los remitirán mensualmente uno y otro a la contaduría, el comisario por separado y el receptor con las cuentas generales debiendo ambos proceder así sucesivamente.

Art. 36.°. Los fondos provenientes de las multas ingresarán en las receptorías de San Javier o Santa Ana, según el caso, remitiéndose mensualmente a la Gobernación.

Art. 37.°. El fiscal que por favoritismo, o por descuido, deje de aplicar las multas, será responsable y obligado a reponerlas, deduciéndose de su sueldo el importe de ellas.

Art. 38.º. Es prohibido al comisario, receptores y jueces de paz de San Javier y Santa Ana, fiscales empleados a sus órdenes y soldados tener negocios de ninguna clase en la elaboración de la yerba-mate, bajo pena de *doscientos* pesos m/n de multa a beneficio del delator.

El reincidente incurrirá en la misma pena, será destituido de su empleo e inhabilitado para todo empleo de gobierno por tres años.

Art. 39.º. Terminada la zafra, los fiscales y el comisario recorrerán todos los campamentos, anotando en un libro de registro los nombres de los dueños de los noques y la cantidad de yerba que cada uno posea, entregando una copia de esa anotación tanto al juez de San Javier, como al de Santa Ana.

Art. 40.º. Toda yerba que se encuentre en un campamento, abandonada por su dueño, será pesada y el dueño obligado por el receptor a instancia de cualquier autoridad o particular, a pagar los derechos correspondientes.

En este caso, se expedirán los boletos duplicados referidos en el artículo 47, y el fiscal pasará un aviso al receptor, expresando la condición del boleto.

Art. 41.º. Los sueldos del comisario y de los fiscales les serán pagados por la Gobernación.

## Capítulo VII

### Del Comisario General de yerbales

Art. 42.º. El Comisario General es el superior inmediato de los fiscales, soldados, empresarios y peones de los yerbales, y como tal le deben obediencia en todo lo conveniente al cumplimiento de este Reglamento, en las sierras.

Art. 43.º. Son obligaciones especiales del Comisario General: visitar la sección donde se trabaja, por lo menos dos veces durante la faena y en los meses de mayo y julio, cuidando de inspeccionar si los fiscales han cumplido con su deber; pasar a la Gobernación al fin de cada año, en el mes de noviembre o diciembre, una memoria descriptiva de los trabajos en los yerbales, el número de comitivas que trabajaron y el número de peones empleados; la cantidad de yerba elaborada y extraída durante la faena, el número de tropas que entraron en la sierra, el número de multas aplicadas, sus importes cobrados, y no cobrados, las mejoras hechas en las picadas y las necesarias, y, finalmente, las deficiencias de este Reglamento y los medios de completarlo.

Art. 44.º. Toda denuncia por faltas o abusos de los fiscales será elevada por escrito al comisario, quien la elevará al ministerio para su resolución. Las denuncias contra el comisario serán elevadas directamente a la gobernación.

Art. 45.º. El que no pueda pagar las multas previstas en este Reglamento será obligado por el comisario a trabajar en mejoramiento de las picadas, después de terminada la zafra, a razón de *un peso fuerte* por día de trabajo y a su costa la mantención.

Los fiscales podrán tomar cualquier medida de seguridad en estos casos.

Art. 46.º. El fiscal que desatendiere sus obligaciones por el término de 15 días, excepto en caso de enfermedad y aviso, será suspendido en su empleo por el contrario, quien nombrará un interino en su lugar, con el sueldo correspondiente al enfermo y dará cuenta al Gobierno.

## Capítulo VIII

### De la extracción de la yerba: reglas de contabilidad

Art. 47.º. La extracción de la yerba fuera de la sección, y la percepción del derecho correspondiente, se harán en la forma siguiente:

1.º Los fiscales por medio del comisario, tendrán una cantidad de boletos impresos, en que anotarán por duplicado la cantidad de yerba sacada de la sierra.

2.º Uno de los boletos se entregará al interesado o propietario, para presentarlo al receptor como comprobante, este hará repesar la yerba, y verificada la exactitud del boleto, cobrará los derechos y le dará la guía correspondiente.

3.º El otro boleto duplicado será remitido por el fiscal, mensualmente todos los que existan, al comisario, para que los remita inmediatamente a la contaduría general.

4.º Los boletos duplicados referidos deben ser firmados por uno de los fiscales y el interesado.

5.º Los boletos deben ser numerados por duplicado ordinariamente y sellados, por la Gobernación, por donde deben ser entregados anualmente al Comisario General.

Art 48.º. La contaduría de la Gobernación tendrá especial cuidado en observar las cuentas mensuales de las receptorías de San Javier y Santa Ana, mientras no haya recibido del Comisario General los duplicados referidos en el artículo anterior y las listas anotadas, mencionadas en los artículos 32, 33, 34 y 35.

Art. 49.º. Los receptores territoriales de San Javier, Santa Ana y Posadas son los únicos que pueden percibir los derechos impuestos por extracción de la yerba mate elaborada y las multas impuestas en este Reglamento.

El pago será al contado, concediéndose a los que no puedan verificarlo en esta forma, en cuanto a los derechos, un plazo improrrogable de 15 días y con fianza suficiente a satisfacción del receptor.

## Capítulo XI

### Por los alrededores de San Ignacio

*Vuelta a las ruinas: reminiscencias históricas. – Visita a los pobladores de San Ignacio. – Viva San Juan Bautista. – Los rozados. – Los chanchos y las gallinas; su cría y utilidad. – Medios de vida. – El mate; sus efectos fisiológicos y su influencia en nuestras costumbres democráticas. – Visita de indios caingúas. – Las carretas misioneras. – Las canteras de los jesuitas. – Petroglyfos indios.*



Las ruinas nos habían llamado tanto la atención que resolvimos volver a visitarlas con el objeto de tomar nuevas vistas fotográficas y apreciar algunos detalles que podrían habérsenos escapado la primera vez.

Otro día empleamos en recorrer, tropezando a cada paso a causa de la vegetación, las calles del antiguo pueblo jesuítico, lo que, además de producirnos un encanto especial, saciaba nuestra inagotable curiosidad de viajeros.

¡Cuánta melancolía encierran esas ruinas! ¡Cuántos recuerdos se evocan en ellas!

Cuando reconstruye mentalmente la vida diaria de aquel derruido pueblo, uno se transporta sin querer, a los tiempos en que todo se hacía a toque de campana, con exactitud matemática, y entonces se cree ver entre los infinitos troncos de los frondosos naranjos, la muchedumbre humana dirigirse presurosa al templo, para prosternarse a los pies del altar mayor, resplandeciente de luces y de flores entre las nubes de incienso, balbuceando oraciones en guaraní, mientras el órgano hacía retumbar las pesadas bóvedas, llenando el ambiente de sonidos majestuosos que embargaban el alma de aquellos indios cristianizados, haciéndoles surgir en sus cerebros incultos, no el amor, sino el temor a Dios.

De repente la escena cambiaba; aquella iglesia se veía envuelta en llamas, las casas ardían por todas partes; detonaciones y estampidos se sucedían sin intermitencias, y una gritería infernal, mezclada con ayes de dolor, de desesperación, sonidos marciales, gritos de triunfo y de matanza, todo confundido, parecía llenar aquel ambiente. Y como fantasmas, entre el cortinado de lianas, cruzaban rápidas las siluetas de los soldados de Chagas cargados de botín; los indios acosados como

fieras, haciendo un último esfuerzo para defenderse, caían pesadamente a las certeras balas de los portugueses; mientras las mujeres levantaban los brazos al cielo pidiendo a Dios hiciera cesar tantos horrores, o transidas de dolor se desplomaban sobre los cadáveres de sus maridos e hijos.

Luego, negras columnas de humo se elevaban en los aires y con estrépito formidable los techos se hundían, como final de aquel inmenso desastre.

Después, las pavesas se apagaban, y allá a los dos días, cuando el eco de los clarines vencedores se perdía a lo lejos, de los montes cercanos otras siluetas se destacaban, dirigiéndose a las ruinas: eran los que habían logrado escapar a la matanza, que se imponían el sagrado deber de enterrar a sus deudos insepultos, para sustraerlos a la voracidad de los muchos urubús (88), que en amplios círculos volaban en el cielo, preparándose para su repugnante festín.

Las evocaciones cesaban, alguna víbora, saliendo de entre los escombros derruidos, nos llamaba a la realidad, y otra vez los muros de piedra cargados de esa estupenda vegetación se presentaban frente a nosotros.

Regresando de las ruinas fuimos a visitar a un antiguo poblador brasilero que, delante de su casa, había enarbolado una bandera en honor a San Juan Bautista.

Esta pintoresca costumbre es muy general entre los hijos de la vecina república, y casi no hay casa de riograndense en la que en el día de San Juan no se haga una fiesta con grandes fogatas e izándose la bandera en homenaje al santo.

Esta bandera es un pedazo de lienzo colocado en un marco giratorio y que lleva pintadas las siguientes letras: V. S. J. B., que significa *Viva San Juan Bautista*.

Nuestro hombre llegaba casi conjuntamente con nosotros de su rozado, trayendo en una mula carguera provisión de zapallos, maíz y porotos.

Los rozados en San Ignacio se hacen todos lejos de las poblaciones, a causa de los chanchos, los que, como buenos aficionados al maíz, etc., si no estuvieran a esas distancias, darían bien pronto cuenta de ellos.

La cría de chanchos, en Misiones, prospera mucho; para su alimentación los montes les brindan sustento abundante. Durante la época de las naranjas, ellos se instalan en los naranjales y devoran grandes cantidades de las que caen de los árboles.

Muchas frutas silvestres son también comidas por ellos, fuera de una cantidad de raíces que extraen, hozando el suelo con sus hocicos inquietos.

La utilidad del chanco es indiscutible y en Misiones presta sus grandes servicios proporcionando a la población abundante grasa que es lo que más necesita, siendo la base de su alimentación el maíz, el poroto y el zapallo.

Todos los pobladores no dejan de tener una cría, regalándose a menudo a falta de otra carne, con sabrosos lechones, que alternan con alguna pieza de caza mayor, como ser venados, chanchos, jabalíes o tatetos que no dejan de encontrarse entre los montes cercanos, así como también con los delicados acutís y pacas (89).

Las aves de corral prosperan en Misiones, principalmente los patos, pintadas (90) y gallinas, que buscan su alimento entre las variadas semillas que producen las plantas y los numerosos insectos que entre las flores viven.

La gallina sobre todo es la que da mayor rendimiento, pues un gasto, en seis meses, de veinte centavos de maíz, como un suplemento a la alimentación que ella misma se busca, produce unas cinco libras o dos kilos de peso, lo que equivale a diez centavos el kilo de carne, precio por el cual no se consigue la de vaca. Esto es fuera del producto de pollos y huevos que durante ese tiempo da, lo que viene a ser para la gente de por allí un poderoso auxiliar de vida.

Ahora bien; si a esto se agrega un par de vacas lecheras y una pequeña huerta, se podrá comprender fácilmente que en cuanto a comida en Misiones no se lo pasan tan mal.

Del maíz hacen un sinnúmero de platos cuya descripción he dado en mi segundo viaje, y además preparan de él la farina tostada, que es un excelente sustitutivo del pan.

Algunos que se hallan en mejores condiciones se permiten el lujo de comprar harina en Posadas y fabrican su pan cotidiano en hornos hechos expresamente, o sino aprovechan los grandes tacurúes u hormigueros cónicos que allí levanta una especie de termita, haciéndoles una excavación interna a fin de que les sirvan para ese objeto (91).

Muchos ya tienen su quinta de árboles frutales; hemos visto algunos duraznales de cinco años, que habían sido plantados de carozo, de un desarrollo y vigor fuera de toda ponderación; muy bien también da el membrillo, habiendo algunos ejemplares hermosos.

Las frutas silvestres no faltan en esas quintas, así como también varias plantaciones de yerba mate, hechas con las plantitas huachas,

que han sido trasplantadas, y que bien cuidadas se han desarrollado alcanzando ya la talla de arbustos.

Esta previsión de algunos no sólo les permite tomar mate sin que les cueste un centavo, sino que también dentro de algunos años, será para ellos un elemento más de renta, pues podrán explotar algunos cientos de arrobas, que les representarán buenos pesos.

En Misiones se toma mucho mate, siempre amargo, según la costumbre de allí.

El mate es una de las grandes bebidas; su acción tónica y reconstituyente hace de él un algo indispensable para sobrellevar la vida de trabajos, fatigas y privaciones a que está expuesto nuestro hombre de campo.

Para el gaucho de nuestras pampas, cuya base de alimentación es la carne, es el sustitutivo del alimento vegetal, que no toman sino en poca cantidad, y raras veces, estando este representado por algunos choclos, zapallos y uno que otro plato de mazamorra, cuando pueden conseguir maíz apto para hacerla.

La acción de la yerba-mate sobre el sistema nervioso es estimulante, siendo entonces un poderoso reaccionario de la fatiga muscular.

He tenido muchas veces ocasión de observar este último fenómeno fisiológico entre los peones, los que cansados, sudorosos, después de haber hecho grandes esfuerzos trabajando, ya sea con el hacha, derribando árboles, o en las múltiples faenas ganaderas, ya sea a pie o a caballo, se han repuesto como por encanto, en seguida de tomar unos mates, volviendo luego a continuar sus tareas con el mismo brío que antes.

Entre nuestros soldados igual cosa sucede; y después de una marcha penosa, cuando parece que debieran echarse al suelo y dormir, se les ve buscar solícitos con qué hacer fuego, para empezar a absorber la tan deseada bebida, que tan benéficamente debe influir sobre su cansada economía.

Fuera de sus excelentes cualidades fisiológicas, el mate tiene además la ventaja de ser un gran pasatiempo para las personas que no teniendo otra cosa, deben esperar que transcurran largas las horas sin saber que hacer, y sin poder tener distracción alguna, por ejemplo: al acampar en viaje o cuando una lluvia larga impide la marcha, o un río crecido detiene por varios días a una caravana en sus orillas, sin darle paso.

Además, el mate ha influido mucho en nuestras costumbres, haciendo de nosotros un pueblo verdadero y sinceramente democráti-

co; y esto se comprende: el que más y el que menos, alguna vez ha tenido que abandonar las ciudades o a causa de los intereses rurales o porque nuestra pasada vida política turbulenta, ha exigido a campaña, ya militando en las filas del Gobierno, ya en las de la Revolución.

Ahora bien, en el campo, ¿qué es lo que ha sucedido? Aficionados todos más o menos al mate, lo primero que se ha hecho ha sido proveerse de buena cantidad de yerba, que se ha saboreado ya en los establecimientos rurales, ya en el campamento militar, y como el mate exige compañeros, porque es necesario ser muy vicioso para tomarlo solo, se ha hecho caso omiso de un sinnúmero de ideas preconcebidas, absorbiéndose con delicia, junto a los compañeros que se han encontrado, sin fijarse muchas veces si aquel con quien se tomaba era o no de la misma condición social que uno.

De este modo, es como se van perdiendo los resabios aristocráticos que puedan tenerse, hasta el punto de considerarse uno muy feliz, cuando en medio del camino, alguna china sucia le brinda con buena voluntad un sabroso cimarrón.

En la vida de las familias, el mate tiene también su importancia como elemento de unión; en la intimidad del hogar, reunidos una o dos veces al día, todos sus miembros toman mate, sobre todo por la mañana, constituyendo en muchos casos el único desayuno, y por la tarde como grato pasatiempo.

Esta sencilla costumbre de nuestros abuelos, abandonada ya en la alta sociedad de los grandes centros, dedicada por moda al insípido té, subsiste aún en muchas ciudades y pueblos de provincia, donde las costumbres son más patriarcales, haciendo las delicias de la juventud llena de ilusiones, que el dios travieso hiere con sus flechas entre mate y mate.

El mate requiere entre los que toman juntos mucha confianza. En las ciudades sólo en las familias o con los amigos íntimos se bebe, pero en el campo, todos los escrúpulos desaparecen, y en muchas partes, su rechazo sería visto muy mal por los que al brindarlo, lo hacen con toda la buena intención y el mayor número de veces, por no tener otra cosa con que obsequiar (92).

El mate requiere práctica para saberlo cebar, sin ella resulta malo y se echa a perder la yerba.

El agua demasiado caliente al principio la inutiliza, a lo que llaman *quemarse la yerba*. Como en su composición este precioso vegetal contiene sustancias que se disuelven en el agua a diversas temperaturas, lo mejor es echarle un poco de agua fría al principio y empezarlo a

cebar con agua caliente, más o menos a 80 °C, de esa manera, con el agua que antes se le echó, y se le extrajo, la nueva de 80 °C baja a 60 ó 70 °C, empezándose así la disolución de las primeras sustancias, lo que se manifiesta por el sabor fuerte que se le nota y la abundante espuma que aparece en la boca del mate.

Luego, por un tiempo, se continúa sosteniendo el agua a más o menos la misma temperatura, para permitirle subir finalmente a 100 °C, y concluir así la disolución de las materias restantes, hasta que ya quede insípido y sin espuma el mate, a lo que se le da el nombre de *chirlo*.

Algunos prefieren el mate con azúcar. Unos apenas le agregan pequeñas cantidades; otros en vez, lo absorben tan dulce que empalaga; de todos modos, lo mejor es tomarlo amargo (93).

En casa de don Marcelino nos esperaba una grata sorpresa; eran unos indios caingüá (94) que habitaban cerca de allí y a quienes había hecho llamar para que pudiéramos verlos.

Inútil es decir que la sorpresa causó buena impresión, pues así mis compañeros tuvieron ocasión de conocer de cerca a los representantes de esta tribu curiosa, mientras aproveché para completar los datos, que ya poseía de ellos, a fin de poder publicar una monografía de esta nación como ya lo hice en este mismo Boletín el año pasado<sup>1</sup>.

A pesar de la hora, mis compañeros armaron el aparato fotográfico, y ya solos, o en grupos, todos fueron trasladados a las placas instantáneas.

En premio de haberse dejado fotografiar sin protestas, y de haber hecho un trayecto tan largo a pie para acudir a la cita de D. Marcelino, este los obsequió con una gran olla de locro, que en pocos momentos fue devorada totalmente, y con un carretel de hilo, un poco de pólvora y munición por barba, a fin de que les sirviera para cazar con dos o tres escopetas viejas y ordinarias que tenían.

Luego, ya oscuro, se retiraron satisfechos, quedándolo nosotros más aún, y mientras que ellos desfilando de uno en fondo se perdían a lo lejos, nos sentamos a la mesa, en cuyo centro un succulento lechón asado nos abría el apetito con su perfume delicioso; era una víctima más que había pagado también su tributo al espléndido hospedaje del que gozábamos.

El lector quizás extrañe las repetidas referencias que en este trabajo se hacen de las diversas comidas; no le llame esto la atención. Cuan-

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Los indios caingüas del Alto Paraná.

do se escribe bajo las impresiones de la vida pasada por aquellos mundos, no es posible olvidarlas, recordando que todos por allí gozan felizmente de buen estómago, y que como si no bastasen dos, tienen tres comidas diarias, a las que llaman pintorescamente: *almorzo*, *yanta* y *ceia* que efectúan a las 8 a. m., a las 12 del día y a las 7 u 8 de la noche según la estación. En las tres se come fuerte, no faltando de postre la *cangica con leite* que no es sino nuestra mazamorra.

¡Qué modo de comer!, dirá alguno.

Efectivamente es mucho, pero vaya por las hambres que se pasan en el bosque, en donde, todos más o menos, las han sufrido.

Al siguiente día montamos a caballo y acompañados por nuestro huésped fuimos a dar un paseo por los alrededores de San Ignacio.

Al pasar vimos un pequeño alfalfar, que destacaba su mancha verde oscuro del resto del suelo. Esta leguminosa en Misiones prospera, y cerca de Posadas, varios chacareros no viven sino de su producto que es siempre abundante, gracias a la feracidad de ese suelo maravilloso.

Un fuerte cerco de palos colocados horizontalmente, abrazados por postes gruesos excavados, defendía al alfalfar de la codicia de las vacas y caballos, que no dejaban de dar sus vueltas por allí, mirando desde fuera con ojos de deseo, pero el cerco era inexpugnable, y sólo les quedaba el recurso de esperar filosóficamente que les llegara el turno de sus correspondientes raciones.

Por el camino hallamos una carreta tirada por bueyes, chirriando a causa de sus ejes de madera y ruedas de ídem, sin bujes, de modo que con el frotamiento producen ese ruido particular, parecido desde lejos al llanto de una criatura mal criada.

Estas carretas primitivas están hechas totalmente de madera, el hierro no tiene intervención alguna en su construcción, salvo uno que otro clavo y esto no en todas.

Los ejes para poder soportar el peso tienen que ser angostos, de modo que las carretas también lo son, y como no tienen más que dos ruedas, más de una vez, en algún mal paso, uno se rompe.

Los carreteros ante estos accidentes se resignan fácilmente y muy tranquilos se dirigen al bosque más cercano, en donde cortan un árbol aparente, y fabrican otro eje que colocan a sus carretas después de descargarlas; en esta operación se pasan a veces dos días; pero eso no importa, en Misiones hay tiempo para todo (95).

Visitando varios vecinos y dándonos personalmente cuenta de las abundantes plantaciones de algunos rozados, en los que además de

porotos y maíz crecían con vigor el tabaco y la caña de azúcar, continuamos nuestro paseo.

A distancia de unos tres kilómetros rumbo NO de las ruinas, más o menos, en la falda de una lomada alta, hallamos los restos de una antigua fuente de piedra, obra también de los jesuitas.

Esta fuente está formada por tres paredes bajas: dos paralelas y una transversal en la cual hay una especie de nicho de donde brota el agua, que se derrama sobre una gran pileta, también de piedra.

No lejos de allí, se encuentran las antiguas canteras de donde los jesuitas hicieron sacar la piedra para la edificación del pueblo de San Ignacio.

Es un gran socavón casi a pique de ocho metros de profundidad con bajadas suaves.

En las paredes, hoy llenas de plantas y árboles, aún se ven los vestigios del trabajo de las barretas, que les servían para extraer la piedra; no es extraño que hayan empleado también pólvora, pues es sabido que en las Misiones se fabricaba en no pequeña cantidad.

La piedra era transportada desde allí al pueblo, seguramente en rústicas carretas de poca altura y tiradas por bueyes. El trayecto lo permite.

No lejos de las canteras, en otras lomadas bajas, y sobre las piedras que aparecen a flor de tierra, una arenisca blanda de color gris, se hallan grabados unos curiosos petroglyfos (96) hechos seguramente por los indios durante las horas en que el trabajo de las canteras cesaba.

Los petroglyfos representan ciervos (97), tigres (98), hombres, pies humanos, pistolas y fusiles, mezclados con cruces y otros símbolos religiosos, pudiéndose leer debajo de una de ellas, cargada de atributos de la pasión, las palabras: *Pax Dei*.

Como debíamos salir de San Ignacio al día siguiente, no pude detenerme mucho tiempo en ese punto, de modo que me fue imposible hacer una excursión detenida por sus alrededores, a fin de ver si estos petroglyfos se encontraban en algunas otras piedras; porque sería curioso estudiar si la costumbre de grabarlos existía antes de la entrada de los jesuitas, o si es sólo posterior a ella (99).

Los símbolos religiosos no querrían decir nada en contra a la suposición primera, puesto que ellos bien podrían haber sido grabados posteriormente, a fin de cristianizarlos, de conformidad con la táctica de los jesuitas, que tenía por objeto no destruir sino hacer evolucionar hacia la religión las prácticas paganas, como sucedió con las le-

yendas y supersticiones de por allí, en las que intervienen nombres de santos o injertos de ciertos pasajes bíblicos<sup>1</sup>.

Cruzamos después el arroyo Horqueta por su cauce de piedra lisa y negra, sobre el cual corría con un rumor suave la poca agua que en ese momento tenía, mientras los árboles frondosos de sus orillas se besaban por sus copas abiertas, de cuyas ramas pendían como flecos líquenes y lianas.

A poca distancia, unas familias riograndenses, emigradas de su tierra a causa de la guerra civil, habían hecho ya extensos rozados y plantaciones, y estaban construyendo en ese momento sus viviendas amplias, techadas con tablitas de cedro o ripio, como también se llama a esta clase de techo.

La fabricación de ellas es muy fácil: cortados los trozos de cedro del tamaño requerido, se separan las tablas por medio de una cuña de hierro de forma semicircular, la que se hace funcionar a golpes de martillo. Las tablas que resultan se colocan en el techo del mismo modo que las tejas.

Tarde ya, volvimos, para preparar nuestra partida al día siguiente.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Sobre esto puede consultarse nuestro trabajo «Materiales para un Folk-Lore Misionero», publicado en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Tomo 1, entrega 5.

# Capítulo XII

## En viaje a Yaguarazapá

A bordo del Ayacucho. – Como se navega en el Alto Paraná. – Carácter de este río. – Los baqueanos, las piedras y restingas. – El negocio de las cañas tacuaras. El aserradero del Ñacanguazú. – Necesidad urgente de la terminación del ferrocarril de Posadas a Santo Tomé. – La lluvia en el río. – Impresiones. Llegada a Yaguarazapá.



Ya los equipajes cargados sobre las mulas, nos dirigimos en larga cabalgata con nuestros nuevos amigos hacia el puerto de don Marcelino, después de haber hecho los honores debidos al almuerzo con que nuestro huésped quería obsequiarnos por última vez. Allí nos despedimos y tomando nuestros puestos en la canoa, dejamos que la mansa corriente del Yabebuiriy la arrastrara lentamente aguas abajo.

Horas después llegamos a Santa Ana, en cuyo puerto el *Ayacucho*, fiel a la consigna que le habíamos dado, nos esperaba.

Transbordamos nuestros pertrechos, se levó anclas y el capitán Chapela ordenó la marcha.

El *Ayacucho* es un vapor de hierro, que fue construido para remolcador; tiene una máquina poderosa que le permite romper la fuerte corriente del Alto Paraná, lo que facilita su navegación por aquellas aguas, pues como es de mucho calado para ese río, no puede *remansear* como los otros vapores.

Este término marino significa hacer aprovechar los remansos del agua cerca de las costas, en donde por varias razones se producen movimientos inversos, corriendo en sentido contrario o quedando hasta cierto punto tranquilas, de modo que los vapores de poco calado cuando tienen que subir, van haciendo zigzags, de costa a costa, adelantando de esta manera sin gran esfuerzo.

El *Ayacucho* no podía aprovechar totalmente los remansos, por el peligro de que su afilada quilla chocara con las numerosas piedras de que abundantemente está sembrado ese río; así pues, si no marchaba por el canal, a lo menos no se separaba mucho de él.

Pasando el paredón del Teyú Cuaré, el Alto Paraná se angosta y corre flanqueado por las dos costas, paraguaya y argentina, que se elevan a ambos lados, con su carga de lujuriosa vegetación que se refleja en sus aguas turbulentas.

El aspecto del río es de lo más salvaje e imponente; en su monotonía es siempre bello y a pesar de acostumbrarse a él, no se puede estar sin admirar sus costas, que algo nuevo presentan siempre.

El Alto Paraná tiene un curso muy serpentino, pero siguiendo siempre la dirección NS, conociéndose evidentemente que su cauce ha sido el resultado de un gran dislocamiento que produjo esa larga fisura cuando se levantó la sierra de Misiones.

De conformidad a este fenómeno, se observa que cuando en una de las costas se forma un gran arco de círculo entrante, la de enfrente presenta lo contrario, es decir, una punta saliente, naturalmente redondeada, que corresponde a aquel.

Por esta disposición se produce un efecto de óptica curioso, pues en la mayor parte de esas secciones, que los marinos de allá llaman *canchas*, cuando se navega por ellas, sobre todo aguas arriba, parece que el río se fuera a cerrar en las puntas esas.

Todas estas canchas tienen su nombre, el mismo generalmente de los arroyos que de una u otra costa desembocan allí.

Los baqueanos o prácticos las clasifican en buenas y malas, según la mayor o menor abundancia de piedras que hay en ellas y la cantidad de remolinos o pasos malos que tienen.

Los baqueanos tienen el mapa del río completamente grabado en la cabeza; y gracias a las grandes bajantes del Alto Paraná, cancha por cancha, aún cuando esté muy crecido, saben señalar las restingas y bancos de piedra, con una exactitud matemática.

Además, poseen un conocimiento profundo de las aguas, sabiendo distinguir por el movimiento de ellas, hallándose muy crecidas, las piedras o los pasos peligrosos y el lugar donde las caídas son suficientemente fuertes para arrastrar al vapor hacia las restingas.

En esto se necesita mucha práctica, pues fácil es equivocarse entre los múltiples signos que su movimiento presenta; y algunas veces se les ve atropellar lugares en donde el agua parece estuviera saltando sobre las piedras, cuando no es más que un choque de dos brazos de la misma corriente que se encuentran, o cualquier otro fenómeno inherente al movimiento de las mismas.

Cuando está bajo el río, la navegación es magnífica; todas las piedras y restingas emergen del agua, mostrándose erizadas de puntas,

con sus grandes bloques de melafiras y demás rocas eruptivas, o los bancos grises, en graderías de basaltos, con sus cantos redondeados y presentando mil agujeros en su superficie que el agua siempre ahonda más y más, haciendo jugar en su interior rodados de todas formas y tamaños.

Cerca de Corpus fondeamos, para pasar la noche, en el puerto de un obraje del Sr. Martins.

Atracadas a la costa había dos grandes balsas de cañas de tacuaruzú, que habían llegado de más arriba destinadas a venderse en Posadas (100).

La explotación de estas cañas representa un pequeño ramo de comercio, al cual se dedican algunos pocos que poseen botes o canoas, que cargan de provisiones de boca, remontando el Alto Paraná hasta el punto en donde crecen abundantes estos bambúes, haciendo allí su campamento y pasando esa vida de desierto peculiar a esas alturas, mientras dura el corte y embalse de los mismos.

Cada balsa lleva generalmente 1500 cañas, que son vendidas al detalle en Posadas al precio de 0,50 centavos cada una, lo que da un total de 750 pesos, que dos personas o tres pueden ganarse en dos meses y medio de trabajo.

Las tacuaras tienen mucha aplicación en la construcción de ranchos y aún de casas, empleándolas de tijeras en los techos (101).

Al día siguiente temprano pasamos el salto de Corpus, que es una gran corredera con su buena caída de aguas: un pequeño Apipé (102).

En este punto, el río se ensancha y contiene algunas islas, pero un poco más adelante se vuelve a estrechar.

La marcha se continuó hasta Ñacanguazú donde fondeamos frente al aserradero que hay allí, desembarcando para visitarlo.

Gracias a los trabajos que se han llevado a cabo, la subida de la barranca es bastante suave.

El aserradero se halla bien instalado, posee un motor a vapor que hace mover las maquinarias, una colección de sierras sin fin y circulares, que en ese momento producían un ruido estridente al serruchar las maderas.

En este aserradero fabrican tablas, tablones, etc., y entonces se ocupaban en preparar una partida de cajones para bebidas, de madera de timbó, por vía de ensayo, lo que creo les haya dado buenos resultados.

De propiedad del aserradero eran un vaporcito y dos grandes chatas que se hallaban fondeadas en el puerto, lo que facilitaba mucho la conducción de sus productos.

Una vez terminado el ferrocarril, en parte ya construido entre Posadas y Santo Tomé, que continúa hacia el litoral del Uruguay, y se halle en comunicación con las demás vías de Corrientes y Entre Ríos, los aserraderos de Misiones podrán trabajar con un éxito asegurado por la gran exportación de maderas ya beneficiadas que se podrá llevar a cabo por esa vía, con costos de fletes reducidos.

Por hoy, cuando no se tienen vapores y chatas propias para la conducción de las maderas beneficiadas, el transporte de ellas por la vía fluvial resulta caro a causa de los rápidos del Apipé, que no permiten el paso de los grandes cargamentos, y conviene más explotar los montes, mandando las vigas en balsas aguas abajo, como sucede con el cedro, por ejemplo.

No por esto dejan de tener vida propia los aserraderos del Alto Paraná, puesto que la ciudad de Posadas ya es fuerte consumidora de maderas beneficiadas, dado su progreso creciente, y los demás centros de población de Misiones que adelantan rápidamente, consumen también una buena cantidad.

Todo el problema para la explotación de las inmensas riquezas que poseen aquellos bosques no estriba para su solución sino en las vías de comunicación fáciles y baratas.

Ese ferrocarril tan necesario para Misiones, y cuya construcción se halla paralizada desde hace algún tiempo, es de urgente necesidad que se termine si se quiere llevar a aquel territorio una fuerte corriente de progreso y movimiento comercial. La yerba mate, las diversas clases de tabaco que se cosechan, los azúcares, el alcohol de caña, el almidón, la variedad de ricas maderas de sus bosques, los numerosos productos ganaderos y agrícolas de su región de campo y un sinnúmero de otros artículos valiosos, llenarían constantemente los vagones de ese ferrocarril tan deseado, dándole vida propia.

Tres canchas (103) aún nos faltaban para llegar a *Yaguarazapá*; las de *Pirapó*, *Caarendiy* y *Mandubiy*.

El cielo se había encapotado, tomando tintes acerados. A intervalos lo cruzaban grandes relámpagos que describían en aquel fondo oscuro sus zigzags luminosos.

La temperatura se hacía cada vez más sofocante. Todos nos hallábamos en la cubierta del *Ayacucho* admirando el espectáculo imponente que nos presentaba la tempestad próxima.

Las costas tomaban tintes oscuros, que hacían resaltar más aún los tonos pálidos de los innumerables anbays o mamones (104), que con sus hojas blanquizcas se destacaban de la masa común.

El agua adquiriría un color verdoso especial, y con esa luz difusa aparecía más espesa.

Poco a poco nos alcanzó un chaparrón fuerte, de golpe, que venía haciendo burbujear la superficie del río, y nos ocultaba las costas con un velo de agua que caía tupida, en grandes gotas, con su ruido especial y acompañada de relámpagos y truenos que se sucedían uno tras otro, casi sin intermitencias.

El aguacero, que no duró mucho, pronto dejó de azotarnos las caras, lo que era preferible a la cámara del vapor, en la que, a la sazón, el calor era sofocante.

La tormenta no había terminado aún, ese descanso fue seguido por otro golpe de lluvia que tampoco consiguió refrescar la atmósfera canicular que nos envolvía, y este, por otro, y así sucesivamente cinco grandes aguaceros cayeron ese día en un espacio de pocas horas.

Entre la lluvia apenas se distinguían las costas, que desfilaban con sus árboles añosos, cuyas siluetas confusas se atropellaban en una carrera fantástica.

El viento por su parte, con ráfagas intermitentes, encajonado en las canchas, impelía con violencia las masas de agua que caían en direcciones opuestas, según la ruta que el vapor seguía.

A veces el agua nos venía de frente, azotándonos el rostro sin misericordia y obligando al baqueano a enjugarse los ojos a cada momento para poder ver el camino que recorríamos.

El río tenía el aspecto de una inmensa piel de varioloso (105), con las burbujas que la lluvia levantaba en su superficie.

Bajo el repiqueteo incesante de la lluvia, casi no se percibía el andar jadeante del *Ayacucho*, y sólo el sonido metálico de la bomba de condensación se oía rítmico y marcado.

El penacho de humo que salía de su chimenea, juguete de las olas de viento, ya tomaba una dirección, ya otra, ya se dispersaba hacia arriba o bajaba impulsando por ellas a llenar la cubierta.

Esa marcha en aquellas latitudes y bajo la lluvia torrencial de los trópicos, no se me olvidará nunca; toda descripción es pálida para poder pintar ese cuadro estupendo.

Cuando cesaba el agua, al aproximarnos a la costa, podíamos ver los árboles transformados en fuentes, con sus tonos más brillantes, y al mismo tiempo infinitos hilos de agua que se descolgaban serpenteando entre las barrancas para venir a terminar al río.

Cuando se conoce el largo curso del río Paraná desde su desembocadura en el Plata, y si se ve con asombro la enorme masa de agua que corre por su cauce, se comprende fácilmente que son necesarias estas lluvias torrenciales en la región tropical, para no dejársela escasear.

En Misiones, la lluvia que cae por año no puede contarse por milímetros sino por metros, y esta es la causa de su lujuriosa vegetación, la que a su vez, por ese fenómeno tan admirable de equilibrio que existe en la naturaleza, produce la caída de aquella<sup>1</sup>.

El quinto chaparrón nos alcanzó en momentos en que atracábamos a la barranca de Yaguarazapá.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Según el Dr. Bertoni, que admirablemente lleva sus observaciones meteorológicas desde el 1° de enero hasta el 18 de febrero, había llovido 39 días, más o menos, fuerte.

# Capítulo XIII

## En Yaguarazapá

El Dr. Bertoni. – Sus trabajos científicos. – Ensayos botánicos. – Descubrimiento de restos arqueológicos. – Un obraje de maderas; su explotación.



Yaguarazapá se halla en la costa paraguaya: es un puerto. Allí existe también un aserradero a vapor, cuyo nombre es el mismo del de un arroyo que desemboca cerca de ese punto.

La palabra *Yaguarazapá* es guaraní y su traducción significa: ‘por aquí pasaron todos los perros’ (106).

Este nombre tan singular, quizás tenga su origen en algún hecho de la historia no escrita aún de los antiguos indios; lo que habrán querido significar con eso ha de ser que por allí pasó una tribu enemiga, a cuyos individuos o les daban el nombre despreciativo de perros, o el epíteto de tigres, por su ferocidad; porque, como he tratado ya de demostrarlo<sup>1</sup>, la palabra *yaguá*, en guaraní puro, significa tigre (107).

En Yaguarazapá vivía el Dr. Moisés Bertoni (108), a quien íbamos por entonces a visitar, a fin de rendirle el homenaje que merecen los hombres de ciencia como él.

Ir al Alto Paraná con una misión como la nuestra, y no visitar al sabio doctor, no se comprende, y sólo por una injustificable distracción, o por un desconocimiento completo de su obra progresista en aquella región, puede uno privarse del placer de estrechar su mano encallecida por el trabajo y de oír de sus labios el gran número de datos útiles y observaciones interesantes que ha llevado a cabo, en medio de su vida de *pioneer*, en las selvas misioneras.

Bajo el chaparrón que inclemente caía sobre nosotros, apareció en una canoa nuestro doctor, envuelto en un poncho.

Como antiguos amigos nos abrazamos y le presenté a los compañeros, quienes ya lo conocían por el retrato moral que de él les había hecho de antemano.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Véase nuestras «Notas Biológicas» en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires, tomo I.

Para el Dr. Bertoni nuestra visita fue una sorpresa, pues ni remotamente nos esperaba, de modo que por esto le fue doblemente grata.

Cuando el aguacero nos dio una tregua, nos trasladamos a su casa habitación, situada en una pequeña altura y rodeada de bananos y plantaciones de toda especie.

Allí nos instalamos, después de haber saludado a la familia del sabio doctor, cuya bondad y cariño hacia nosotros corrían parejas con las bellas dotes de carácter que lo adornan.

Nuestra instalación se hizo en la sala de estudio y laboratorio del doctor, un rincón científico en medio de la selva virgen.

Allí había libros de historia natural, de geografía y de otras ciencias, un gran número de instrumentos de física y de química, una abundante provisión de sustancias y reactivos para ensayos, y variadas colecciones llenaban los estantes recostados a las paredes (109).

¡Qué horas felices transcurrieron en aquella casa, cuando hasta tarde en la noche el doctor, enseñándonos sus manuscritos, una pila enorme, con su faz serena y bondadosa, nos suministraba datos y más datos, con su inagotable buena voluntad!

Ese agradable consorcio intelectual, que se establece rápidamente entre personas que persiguen fines idénticos, hizo de nuestra estadía en Yaguarazapá un verdadero paraíso.

El siguiente día de nuestra llegada amaneció magnífico: un sol tropical lanzaba sus dardos de fuego, mientras los árboles con sus hojas lustrosas destilaban aún en gruesas gotas el exceso de lluvia que habían recibido.

Entre el monte, del suelo se levantaba un vaho húmedo y caliente, impregnado de perfumes acres, producto de la descomposición de los innumerables residuos vegetales que lentamente iban devolviendo a la tierra las sustancias que antes le quitaron.

Un extenso plantío de bananos rodeaba la casa, proporcionando a sus habitaciones sus gratos frutos y a un sinnúmero de plantas de café la protección de sus amplias hojas.

Innumerables especies de plantas exóticas y propias del clima de Misiones crecían con vigor en una cantidad de tarros y cajones, así como también otras indígenas de esos bosques, pero de utilidad productiva, ya conocidas o descubiertas por el Dr. Bertoni en sus largas correrías por las selvas.

Este hombre incansable tenía en ese jardín de aclimatación *sui generis*, un mundo de material de estudio, cuyas observaciones minu-

ciosamente consignadas en sus numerosos manuscritos algún día serán publicadas para bien de la ciencia y de la humanidad.

Mis compañeros, entre tanto, habían empezado a dar una batida en regla contra los insectos y mariposas, que aumentaban prodigiosamente la gran colección que ya teníamos con otras especies, algunas de las cuales eran muy raras.

Desde la casa del Dr. Bertoni, situada sobre una altura, se podía gozar de un bello panorama: por entre los corpulentos bananos se veía el Alto Paraná, como una inmensa culebra deslizarse entre la orla de oscura vegetación de sus costas, bajo la luz de ese sol tropical, que bruñía su superficie siempre en movimiento.

Hacia abajo a nuestro pies, el terreno desmontado cubierto de tupido verdor, sólo interrumpido por alguna airosa palmera u otro árbol secular, descendía en pendiente suave, titilando las gotas de lluvia sobre la yerba, hasta llegar al pequeño arroyo que a su pie se deslizaba, murmurando entre las piedras de su cauce; del otro lado, y a cien metros más o menos en un gran limpio, las construcciones del aserradero a vapor se destacaban entre el verde del bosque, y la alta chimenea, con su larga cola de humo, y el ruido áspero de las sierras funcionando rompían la majestad del cuadro general, con su tono de progreso, el que se hacía más notable cuando el silbato del motor, a las horas reglamentarias, despertaba los ecos de la selva.

A mediodía, mis compañeros fueron a hacer una pequeña excursión zoológica por las orillas del río; una vez embarcados, la tentación de visitar la costa argentina los subyugó, y no trepidaron mucho en cruzar el Paraná, lo que consiguieron gracias a su práctica y resistencia en manejar el remo.

Un gran rato después de haberse entrado el sol, regresaron y presentándome una hermosa olla prehistórica, conjugaron el disgusto que me había causado su tardanza, por la que empezaba a tener mis inquietudes.

Este ejemplar precioso, resto del arte cerámica de los antiguos habitantes del Alto Paraná, había sido extraído por ellos en la picada maestra de un obraje que se hallaba en la costa argentina, a unas pocas cuadras aguas debajo de Yaguarazapá.

El doctor Bertoni, anteriormente había extraído otras en los alrededores de su casa, y el autor, en su segundo viaje, exhumó una colección bastante interesante, que fue remitida al Museo de La Plata.

Como puede verse por los dibujos de alfarerías que desenterramos en este viaje (...), todas tienen un carácter especial, que en nada

se parece al que presentan las que se hallan en la parte noroeste de la República, de procedencia calchaquí.

Estas ollas y urnas funerarias pertenecen a los antiguos pobladores del Alto Paraná, de origen guaraní, como me parece haberlo demostrado ya en un trabajo anterior<sup>1</sup>.

Interesándome sobre manera los estudios arqueológicos, al siguiente día invité al doctor Bertoni y todos fuimos al obraje citado, donde nos recibió galantemente su propietario Juan Cross, poniendo a nuestra disposición algunos peones con los cuales procedimos a la excavación de dos grandes ollas, previo sondaje del terreno que efectuamos introduciendo verticalmente un machete en la tierra blanda, hasta encontrar resistencia y oír el sonido característico que producía su choque, contra la arcilla endurecida del objeto que deseábamos hallar.

Dentro de estas ollas, encontramos también pequeños vasos votivos.

Muchos otros fragmentos recogimos que se hallaban dispersos por el suelo y que eran característicos por sus dibujos.

Al otro día regresamos al obraje, para emprender nuevamente las excavaciones, y aprovechando el fresco de la mañana, resolvimos hacer ante todo un paseo al interior, y a fin de darnos cuenta de la forma en que se hace la explotación de maderas en aquellos bosques.

Para instalar un obraje, es necesario ante todo hacer una exploración en los montes, hasta dos leguas al interior, distancia generalmente máxima a que se interna de la costa la explotación.

Si la exploración halla en su recorrido abundante cedro, del grueso necesario, y ve que hay facilidad de extraerlo porque el terreno lo permite, se procede a firmar el contrato de arrendamiento con el dueño del campo, y una vez terminado este, se recluta el personal de peones, en las mismas condiciones que para el trabajo de yerbales, firmando ante el juez de paz los correspondientes boletos de conchavo<sup>2</sup>.

Trasladado al futuro obraje, se elije el mejor punto para instalar el puerto, derribando el bosque que lo cubre y arreglando el plano inclinado o planchada, por el cual se han de hacer rodar, más tarde, las vigas de cedro, con el objeto de hacerlas llegar al agua, para su embalse.

\*\*\*\*\*

1 «Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná», publicado en el Bol. del Inst. Geogr. Arg. Entregas 5, 6, 7, 8. Tomo XVI con fig.

2 Léase mi segundo viaje a Misiones, tomo XV de este Bol. en donde se halla detallado este procedimiento. (Nota de para esta edición: publicado también en Primer y segundo viaje a Misiones por Juan Bautista Ambrosetti. Buenos Aires, Albatros, 2008).

Esto es lo que en lenguaje del Alto Paraná se llama abrir un puerto, trabajo duro y terrible, en el que se pone a prueba aquella gente de hierro, que tiene que luchar con la gran cantidad de jevenes que cerca de la costa abundan, guareciéndose entre la maraña intrincada tan exuberante allí, y que es necesario limpiar a machete, derribando sólo a hacha los árboles corpulentos.

Cuando todo está en el suelo, y medio se han secado las hojas, se le prende fuego, el que se encarga de concluir la limpieza empezada.

Luego, se abre la picada maestra, para que puedan rodar por ella los carros que deben conducir las vigas; la que se dirige rectamente al interior y es suficientemente ancha, para permitir el paso de los vehículos a la vez.

La picada se contrata por un tanto la cuadra y debe entregarse bien limpia de troncos, a fin de evitar tropiezos a los rodados.

En el puerto, se construye al mismo tiempo el rancho del encargado, otro destinado a guardar mantención y las viviendas y cocina de los peones que trabajan cerca de allí.

Si la explotación debe durar algún tiempo, se roza el terreno y se siembra en él maíz y porotos.

Cerca de la picada maestra, en un lugar conveniente, se hace un corral destinado a los bueyes.

Mientras se efectúan todos estos trabajos preparatorios, con los peones conchabados a sueldo mensual, varias cuadrillas de otros, que ganan un tanto por trabajo hecho, se dirigen al interior, y unos, los volteadores, que también pueden ser mensuales, derriban los árboles indicados, o *cimientos* como dicen, y los entregan limpios de ramazón a los labradores que han de recuadrarlos y darles la forma de vigas en que se exportan.

La volteada, lo mismo que el labrado de los árboles, siempre se hace por parejas de trabajadores.

Como se comprende, para esta faena se requiere gente baqueana, pues para el trabajo de hacha se necesita más que fuerza, habilidad.

Los volteadores atacan al árbol simultáneamente, uno de un lado, y otro del opuesto, un poco más arriba del corte que da el primero.

Por la disposición de sus ramas, ya saben que dando el corte en tal o cual parte, el árbol debe caer hacia ese lado; gracias a esto se evitan muchas desgracias.

En nuestro recorrido, presenciamos el desplome de uno de estos colosos de la selva misionera. El trabajo se hallaba muy adelantado, los golpes secos de las dos hachas sobre el tronco se sucedían conti-

nuos, haciendo volar fragmentos de madera, y acompañados por el quejido acompasado de los hacheros, que marcaba el ritmo de sus movimientos.

Las grandes heridas se ahondaban cada vez más, mientras nosotros, con la vista en el árbol con interés siempre creciente, no queríamos perder detalle del próximo desenlace.

Un ruido crepitante, acompañado de mil estallidos, en medio de una lluvia de hojas, fragmentos de ramas y mil lianas reventadas, nos hizo dar un salto instintivo; mientras el árbol, describiendo una gran curva, se desplomaba soberbio, y cual héroe de Homero, dio su terrible golpe en el suelo y a su rededor retembló la tierra.

El trabajo de voltear los árboles se hace metódicamente: para ello se divide el monte en varias secciones, empezándose la explotación de una a la vez, o dos, según el número de gente que haya disponible.

Las secciones están divididas entre sí por picadas, que parten de la maestra a uno y otro lado; siendo naturalmente de un ancho menor, lo suficiente para que pase un alza prima.

De estas picadas laterales, se sacan otras que llegan hasta cada viga que se ha labrado; de manera que trabajada una sección, queda el monte completamente cruzado por una red de picadas que se entrelazan.

El trabajo de los labradores consiste en despojar al árbol de toda su corteza y capa exterior de madera, a fin de que no quede sino el cerne o corazón.

Llevando la dirección que le marca un hilo estirado, desbastan el tronco, de modo que presente sus cuatro caras, cortadas a pique y paralelas dos a dos.

En esta operación no sólo se conforman con llevar escrupulosamente la dirección de la viga, sino que tratan de aprovechar también mayor cantidad de madera, dejando, cuando el árbol lo permite, algunos planos superpuestos a la viga, a fin de aumentar el número de varas que debe llevar.

Terminado el labrado de la viga, se le hace una pequeña marca para saber a quién pertenece el trabajo hecho, procediéndose a extraerla, llevándola a la planchada.

Para el transporte de la madera se usan las alza primas, que son dos grandes ruedas unidas a un eje alto del cual se suspenden las vigas por medio de cadenas que las abrazan en el centro, de modo que vayan balanceadas.

Gracias al alto que tienen las ruedas, las alza primas al marchar, ganan mucho terreno aún cuando sean arrastradas por el paso tardío de los bueyes, y como las picadas son bien hechas, el transporte se hace sin interrupción.

En la planchada se descargan, y allí se miden las vigas, haciéndose el cómputo de varas que cada una tiene.

La vara es la unidad que rige para el recibo y venta de la madera; a la operación destinada a obtener el cómputo total de las varas que contiene una viga, se le da el nombre de cubicar. A los labradores se les paga a razón de un tanto por cada vara.

La madera que más se explota es el cedro, no sólo por su fácil venta a causa de múltiples aplicaciones, sino también por la propiedad de boyar en el agua, que es inherente a esta clase de árboles.

A pesar de esto, se cortan algunas vigas de maderas duras como ser: el lapacho, el ibirapuitá o caña fístola, el laurel negro (110) y también el timbó; estas son colocadas, atravesadas sobre las otras de cedro, llevando pocas cada balsa.

En nuestra excursión tuvimos oportunidad de ver un timbó que se estaba labrando, que tenía un largo de 30 metros y que daría un cómputo total de madera de 86 varas cubicadas.

Cuando ya se tiene en la planchada un número suficiente de vigas, se procede al embalse de ellas; para esto, por medio de palancas se van haciendo dar tumbos hasta el borde de la planchada que, como baja en un plano muy inclinado poco menos que vertical, al llegar allí, con un simple movimiento, ruedan cuesta abajo con una velocidad vertiginosa hasta que caen al agua, donde son recogidas y ligadas a las otras, por medio de ataduras de alambre.

Antiguamente se usaba, para construir las balsas, el Isipó o enredaderas de diversas clases que tanto abundan en aquellos bosques, pero a pesar de prestar sus buenos servicios, ha sido ya desalojado por el alambre, que tiene todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes que presentaba aquel, siendo además su empleo mucho más rápido.

Hecha la balsa se remolca hasta el medio del río, con botes o cañoas y una vez allí se deja que la poderosa corriente del Alto Paraná se encargue de trasportarla aguas abajo.

Sobre la balsa, se arma una carpa bajo la cual se guardan las provisiones y en ella se embarcan los encargados de su conducción.

A popa, digamos, de la balsa, se coloca un gran remo para que sirva de timón, el que ayuda mucho a su más fácil manejo.

Grosos cabos se encargan de amarrarla todas las noches a la costa, en parajes ya indicados de antemano, a fin de que no sufra contratiempos, pues la navegación en balsa no se hace sino de día para no exponerse a choques contra las piedras del río que la perjudicarían, deshaciéndola a pesar de sus fuertes ataduras de alambre.

---

# Capítulo XIV

## El aserradero y obraje de Yaguarazapá

*Visita al aserradero; su instalación. – El indio como elemento de trabajo. – Viaje en montaña rusa. – Un rozado. – Cuadros de la naturaleza. – La mujer en los obrajes. – Caza de insectos. – Ventajas del tramway Decauville.*



En Yaguarazapá no nos quedaba sino visitar el aserradero. Su director entonces, Sr. G. Chiarini, nos acompañó, dándonos todos los datos que le pedimos.

Las máquinas se hallan instaladas en un gran galpón de madera, y son movidas por un motor a vapor.

Para evitar trabajo, parte del terreno está cruzado por una red de vías de Decauville, que facilita el transporte de los trozos y de las maderas beneficiadas.

A distancias convenientes, se hallan los depósitos de ellos al aire libre; las vías siguen hasta el borde mismo de la barranca del puerto para facilitar el embarque de las vigas y tablones, los que se exportan aguas abajo en grandes balsas, remolcadas por un vaporcito de propiedad del establecimiento.

Para las alcantarillas de las vías y demás obras de arte necesarias en el terreno, se han empleado provechosamente los tablones que resultan del primer corte de sierra en los troncos, que tiene por objeto recuadrarlos.

Como es madera inservible, por su forma extrema, convexa, y como abundan los trozos de ella, porque de cada tronco salen cuatro, el exceso sirve de leña para alimentar las hornallas de las calderas.

El juego de sierras es muy completo; las hay de varios sistemas: sin fin, circulares, etc.

El aserradero tiene anexado un taller de herrería para composturas, bien montado.

Varios otros edificios, todos vastos, rodean al aserradero, y son las distintas habitaciones del personal, depósitos de útiles, de víveres y oficinas de la dirección.

El personal está en su mayor parte compuesto de paraguayos y correntinos, no faltando uno que otro ejemplar típico de raza india pura, como ser un guayaná que es el maquinista del motor.

Este, como algunos otros, tiene la especialidad de ser sumamente contraído a su trabajo, notándose también en ellos mucha prolijidad en el cuidado de sus máquinas o útiles, y gran inteligencia en el desempeño de sus funciones.

Esto, que parecerá raro a primera vista, no tiene nada de extraño si uno conoce las aptitudes y el modo de ser propios de aquella raza inteligente y viva.

Los indios, en general, son muy minuciosos, porque para la lucha por la vida necesitan de dos cosas esenciales, que son: la observación directa y la paciencia, y ambas, como les son tan precisas, forzosamente las desarrollan mucho.

La observación directa de la naturaleza nace de la necesidad de sacar partido de ella, y por eso se fijan atentamente en los más mínimos detalles de todo lo que ven, y este ejercicio mental continuo en su vida primitiva lo siguen haciendo en la vida civilizada con la misma intensidad, cuando a sus respectivas actividades se les da una dirección cualquiera.

Por esta razón, el indio difícilmente olvida lo que se le enseña bien, y exactamente lo repetirá tantas veces cuantas se lo exijan, sin variar una sola, puesto que su cerebro no tiene la facultad de crear nada espontáneamente, y cualquier modificación que introducen en su rutina es o sólo el producto de una lenta y larga evolución o una forma de imitación de lo que ven hacer a los otros.

La paciencia es también natural en ellos, puesto que en sus hábitos no entran las nerviosidades del progreso, y como no tienen la comodidad del hombre civilizado de saber dónde ir a buscar su alimento cotidiano, sino que deben procurárselo donde lo encuentren, muchas veces con dificultad, empiezan por imponerla a sus estómagos y terminan por aplicarla a la fabricación de cualquiera de sus armas o útiles, que como es sabido llevan a cabo con escasos elementos y con gran pertinacia.

Si a estas dos grandes cualidades se agregan ciertos elementos buenos que campean en el carácter de algunas razas, tendremos en ellos un precioso auxiliar que vale la pena incorporar en la población de nuestros apartados territorios, para utilizarlos en la preparación de estos últimos, a fin de que un día puedan recibir la emigración extranjera, cuyo rol no ha de ser el de voltear montes y emprender trabajos, a los cuales su físico no ha de resistir, sino el de completar la

obra de progreso que se debe iniciar con los elementos étnicos propios de cada región.

A invitación del Sr. Chiarini aprovechamos la salida para el interior de un convoy de vagones Decauville, para embarcarnos en ellos y visitar el corte de maderas que se hacía en el monte.

La vía Decauville se interna desde el aserradero unos ocho kilómetros al interior; el convoy lo componían seis vagones vacíos, especiales para transportar troncos, y todos eran arrastrados por un par de mulas, una de las cuales iba llevando al muchacho cuarteador.

El capataz del convoy se colocó con nosotros en el primer vagón, empuñó el freno y dio la voz de marcha.

El convoy empezó a correr sobre aquella vía estrecha, con su ruido especial, metálico, siguiendo algunos serpenteos en la falda de una loma, dentro de una ancha picada, bordeada a ambos lados por preciosos ejemplares de árboles, que se erguían rectamente entre el tupido celaje de las lianas e isipós.

A poco rato, las mulas apuraron y emprendieron una carrera vertiginosa, a fin de hacer salvar una pendiente bastante pesada por su inclinación; luego se apretaron los frenos y desprendiendo a los animales, nos dejamos llevar cuesta abajo; y así, solos, por un gran trecho, seguimos bajando y subiendo cuestecillas, automáticamente, como si estuviéramos recreándonos en una inacabable montaña rusa, que nos hacía experimentar sensaciones extrañas y diversas.

Ya subíamos, ya bajábamos, ya atravesábamos terraplenes o puentes rústicos, hechos de tablones groseros pero sólidos, siempre entre el monte, entre ese estupendo bosque, que desfilaba rápido ante nosotros, sin permitirnos detener nuestra vista cansada, en sus múltiples y deliciosos detalles.

La velocidad cambiaba: ora, la emprendíamos de un modo vertiginoso, que a duras penas podíamos contener con todos los frenos apretados, en medio de ese chillido que produce el roce de las ruedas sujetadas en la cuesta abajo, o ya repechando las lomadas, dejando que girasen con toda libertad, se disminuía con el esfuerzo de la subida, llegando apenas otras veces hasta la cumbre, para volver a bajar luego con la furia y trepidación de antes; mientras que mucho detrás nuestro, las mulas galopaban sin alcanzarnos.

En otra gran cuesta arriba nos paramos después de haber intentado en vano subirla solos; allí también respiramos.

Se volvieron a enganchar las mulas, continuamos nuestro viaje original a todo galope y emprendimos la subida. En medio de ella, el

cuartero, al tropezar una de las mulas, rodó estrepitosamente al suelo, dándose un buen golpe; por fortuna cayó a un costado de la vía, sin hacerse otro daño mayor que la contusión consiguiente.

Las mulas, veteranas del camino, siguieron solas arrastrando el convoy, que continuó sin otro inconveniente, salvo el susto que nos dimos al ver el muchacho derribado.

Antes de volver a bajar nos volvimos, las mulas pararon en el punto acostumbrado, alcanzándonos el pobre cuarteador lleno de tierra y de hojas, con la sonrisa en los labios y mascullando una interjección guaraní.

Por fin llegamos a nuestro destino, un gran claro abierto en el bosque virgen, a fuerza de hacha y de fuego; un rozado, en parte plantado de maíz.

Las plantas aún no muy desarrolladas, emergían de aquel maremágnum de troncos secos, que no habían sido devorados por el fuego y que destacaban sus siluetas blancas, y de contornos fantásticos, entre el manto verde de la nueva vegetación.

Sirviendo de marco a este cuadro de devastación, la masa de la selva impenetrable se erguía soberbia, llena de sombras que hacían resaltar más aún los troncos derechos de los árboles, que elevaban al cielo su alta copa de dispersa ramazón.

Aquella mañana con su radiante sol tropical era deliciosa. Los juegos de luz tan variados y caprichosos, entre el cortinado de lianas, deslizándose sobre las innumerables aristas del follaje, o acentuando los oscuros de las tupidas masas de vegetación, vibrando unos colores o apagando otros, desarrollando infinitas tonalidades de verdes, de azules, de violetas, de amarillos y de oscuros, llenas de suavidades indescriptibles, o energías desconocidas en otras latitudes, subyugaban nuestro ser, que contemplaba por millonésima vez los espectáculos triunfantes de esa naturaleza paradisíaca.

¡Ah, un pintor entre aquellas selvas! ¡Un pintor que sepa sentir la naturaleza, que sepa comprender las delicias inefables que proporciona la contemplación de ese mundo salvaje, y que pueda arrancar a la maraña bañada por ese sol de los trópicos, los secretos de sus colores gloriosos! (111).

En nuestro país, ya dos, Methfessel y Ballerini, han tentado su estudio, pintando algunas telas interesantes, pero ambos desgraciadamente han dispuesto de poco tiempo.

Aquella naturaleza necesita ser observada con mucha prolijidad y el pintor debe familiarizarse con ella, impregnándose de su ambiente

característico, para poder con conciencia trasladar al lienzo sus matices indescriptibles; sin este requisito tan necesario, es fácil que se deje dominar por la primera impresión de asombro que produce al principio, y el vértigo de los colores se apodere de él.

De cualquier modo, ambos sin las comodidades y sin la calma necesaria han hecho un esfuerzo laudable, y en sus obras se nota la huella del profundo sentimiento de admiración que les ha sabido despertar la majestad de esas selvas imponentes.

En los bordes del rozado se elevaban aquí y allí algunos pobres ranchos provisorios de los peones obrajeros, hechos en su mayor parte de troncos parados, y cubiertos con un techo de hojas de palma *pindó*.

En ellos, había algunas de sus mujeres, esas heroínas anónimas del bosque, modelos de abnegación, que no trepidan en acompañar a sus maridos legítimos o provisorios, en todas sus penurias del bosque misionero.

Cargadas con sus hijos, vistiendo harapos, trabajando en las múltiples y rudimentarias pero pesadas faenas, de esos hogares primitivos; expuestas a las inclemencias del clima; sufriendo con resignación las feroces mordeduras de miles de insectos; comparando quizá mentalmente su vida de antes en Posadas o en Villa Encarnación, con la que transcurre entre tantos trabajos en el corazón de las selvas; mal alimentadas por lo general; desprovistas de todo aliciente hasta del de agrandar, sin poder proporcionarse la menor chuchería para satisfacer su coquetería innata: todo lo soportan con esa resignación pasiva, propia de las personas débiles, dando así un bello ejemplo de sacrificio abnegado, sin otra esperanza que el de ser correspondidas con alguna brizna de amor de su compañero, quien no comprendiendo nada de todo esto, trueca su afecto a menudo con argumentos contundentes, que también con mansedumbre soportan, sin odios, sin rencores, acatándolos como parte de su derecho, y porque *él tendrá sus razones para proceder así*.

Sin frenos sociales, semiprimitivas, por seguir los impulsos salvajes de su corazón, todo lo arrostran, todo lo sufren, todo lo soportan, pero por esa intuición natural en ellas saben que así se aseguran la posesión del hombre; y siguiendo con rara tenacidad esa táctica femenina, al fin triunfan.

El bosque se hallaba todo cruzado de anchas picadas, por las que dimos un bello paseo debajo de las frescas bóvedas de vegetación, haciendo un precioso acopio de raros insectos que en algunos árboles, bajo sus cortezas, bullían innumerables, principalmente carábicos y curculiónidos (112).

Muchas especies de mariposas propias del interior también cayeron en nuestras redes, así como un enjambre de pequeños himenópteros (113) y dípteros (114), de colores brillantes que al volar despedían chispas de luz.

Un toque de corneta nos anunció que el convoy se hallaba listo para regresar.

Durante nuestro paseo lo habían cargado de troncos de cedro, y otros árboles para transportarlos al aserradero.

Todos estos eran llevados hasta la punta de los rieles por las alzas primas que los traían del bosque inmediato.

Este sistema tan bien combinado daba resultados magníficos, produciendo como se comprenderá grandes economías.

La primera es la de evitar el largo transporte con las alzas primas hasta la costa, lo que no sólo sería impracticable por las cuestas altas que hay que atravesar, sino que también no bastarían los pocos bueyes que allí tenían, y que fácilmente se destruyen en el servicio del monte, por el trabajo pesado que tienen que hacer y por la alimentación, que no pueden tan fácilmente buscarse como las mulas, y por lo tanto hay que darles una ración suplementaria de maíz, que no siempre se puede sembrar en vasta escala, tanto más cuanto que es la base de la alimentación de la peonada.

Luego, al paso tardío del buey, ¿en cuánto tiempo llegarían a la costa?

Como he dicho, en el monte los bueyes se aniquilan pronto; cuando el trabajo es apurado, lo hacen de día, para entregarse durante la noche a la rumiada con tranquilidad: esto es lo principal; como les faltan los incisivos superiores, no tienen las ventajas de los caballos o mulas, que sacan partido de una cantidad de hojas de arbustos y árboles bajos, que son excelentes forrajes.

Además, a causa de los cuernos muy desarrollados, casi siempre no pueden meterse dentro de la maraña porque se enredan en ella, y por eso deben conformarse en buscar su sustento a orillas de las picadas o en las partes raleadas que no son muchas.

Luego los bueyes son frecuentemente atacados por la ura, que es una mosca del género *Dermatobia*, la cual deposita debajo de la piel sus huevos, que al transformarse en larvas producen un tumor especial que se llena de líquido purulento, dentro del cual ella vive. La supuración continua ensancha a su tiempo la boca de la úlcera formada y por allí la larva próxima a convertirse en pupa, sale y cae al suelo, en donde se completa la metamorfosis.

Un buey atacado por las uras presenta su piel llena de burujones, de los cuales chorrea la supuración, la que le produce un estado semifebriente, que naturalmente debe aniquilarlo, haciéndolo inepto para un trabajo largo.

Además de esta economía del trabajo de alzas primas y bueyes, el Decauville llevando los troncos al aserradero evita el trabajo de los labradores por innecesario, haciéndose este mucho más rápido y mejor con las sierras.

El sistema Decauville creo que es la solución de la explotación de los bosques misioneros.

Como medio de transporte, es inmejorable, la facilidad de colocar su vía, el poco peso de esta, su pequeña trocha, y todas las clases diversas de vagones que pueden rodar sobre ella hacen de este *tramway* un elemento precioso e impagable en Misiones.

Con pocos animales de tiro y con pequeños trabajos, el Decauville trepará cerros, atravesará arroyos en puentes sencillos hechos con las mismas maderas del bosque, costeará ríos y pondrá en comunicación unos puntos con otros, con la mayor facilidad y con rapidez nada parecida al lento marchar del buey o al tranco acompasado de las mulas.

# Capítulo XV

## De Yaguarazapá a Piray Guazú

Otra vez a bordo del *Ayacucho*. – Despedida. – Las neblinas del Alto Paraná.  
Tabay. – Los yerbales del interior. – Noche en Bopicuá. – Escena tragicómica.  
Pay Curuzú. – Los remolinos de Yatitay. – Paranay. – Baibuzú. – Llegada a Piray.



La vuelta a la costa se efectuó del mismo modo. El Decauville rodó por sus rieles, la mayor parte del tiempo sin necesidad de mulas, porque el terreno tiende siempre a bajar hacia ese lado.

Cerca ya oímos varias detonaciones. Se estaba pensando en prepararnos un plato más para nuestro almuerzo; un buen número de loros cayeron a los tiros y la cacerola se encargó de transformarlos en sabroso guiso; a falta de papas, la mandioca las reemplazó (115).

A la tarde, al lado mismo de los galpones del aserradero, hicimos unos sondajes en el suelo, enterrando repetidas veces verticalmente un machete, y tuvimos la suerte de volver a hallar algunos ejemplares de la cerámica de los antiguos habitantes del Alto Paraná.

Era una urna grande con su correspondiente tapa, bastante tosca, de forma cónica y de base convexa, de 0,33 de altura y de un diámetro en la boca de 0,42.

Las paredes están cubiertas por un dibujo simple de líneas rayadas en sentido diagonal.

Dentro de esta urna hallamos dos más pequeñas, una baja y con una faja blanca alrededor de la zona superior cerca del borde, sobre la cual se ven aún rastros de un dibujo negro, en forma algo parecida a una guarda griega.

Esta se hallaba boca abajo tapando otra más pequeña, casi esférica y cubierta de un dibujo, resultado de numerosas impresiones de uña.

La colección aumentaba y todos estábamos de felicitaciones.

El resto de la tarde lo empleamos en liar nuestros equipajes para hallarnos pronto al día siguiente, a fin de seguir nuestro viaje aguas arriba hasta el puerto de Piray Guazú, desde el cual debíamos internarnos hasta el corazón de Misiones a la aldea de indios

kaingángues, cuyo estudio etnográfico me tenía hacía tiempo preocupado (116).

A la noche llegó el vapor *Ayacucho* visto desde la casa del Dr. Bertoni; mientras se acercaba, parecía un castillo de fuegos artificiales. De su alta chimenea un volcán de chispas se escapaba abundante y sin cesar, chispas que viboreaban en el aire en todas direcciones produciendo un maravilloso efecto.

Para no perder tiempo esa misma noche embarcamos todo, y después de despedirnos de nuestro amable huésped y de su familia, nos fuimos a dormir a bordo, armando nuestros catres sobre la cubierta del *Ayacucho*, oyendo el murmullo de las aguas del Paraná en medio de su faz límpida y anchurosa, cubiertos por ese cielo peculiar de los trópicos, azul profundo, lleno de millones de estrellas; envueltos por el pálido resplandor de la luna que veíamos a través de las copas de algunos corpulentos árboles, rodeados por el silencio imponente de la naturaleza dormida, pasamos un gran rato antes de cerrar los ojos.

No por mucho madrugar amanece más temprano, dice el proverbio, y esto muchas veces resulta cierto: temprano todos estuvimos en pie, el fuego se encendió en un momento, las calderas con su ruido peculiar del vapor que se escapa nos indicaron que cuando quisiéramos podíamos marchar, pero toda nuestra buena voluntad de partir se estrellaba con un inconveniente que no estaba en nuestros cálculos: la niebla.

Un tul opaco e impalpable nos envolvía, cubriendo al río, las costas y todo, a cuyo través nada o casi nada se alcanzaba a distinguir, a no ser masas oscuras e deformes, las que no podíamos tomar en cuenta para nada.

Ese ambiente húmedo persistía con tenacidad, sin quererse resolver, dando una nota de tristeza al conjunto frío que nos rodeaba.

A fin de esperar mejor, tomamos mate, gran expediente para matar el tiempo y fortificarnos un poco, haciéndonos echar de menos el peso de los dos ponchos que nos habíamos puesto para contrarrestar los efectos del fresco agudo de las mañanas misioneras.

Las nieblas en el Alto Paraná se producen casi todo el año de mañana, acentuándose más en los meses de invierno.

Un baqueano me refirió que cinco años atrás, viajando con el vapor *Caremá*, en la cancha de Ñacánguazú, la niebla duró hasta la una de la tarde, hora en que recién pudieron marchar para fondear de nuevo a las cinco. Esto sucedía en el mes de junio: en ese mismo viaje, en la de Iroy Guazú, duró la cerrazón hasta las nueve de la mañana.

Paulatinamente, como un telón de teatro levantado muy lentamente, la niebla fue disipándose, mostrándonos primero la superficie del río, luego el pie de las barrancas y poco a poco los árboles de aquellas.

Aquel cortinado de tenue gaza seguía subiendo despacio, arrancando el tono gris que cubría los objetos hasta que como encanto se disipó; mientras el sol radiante invadía con sus rayos de fuego, incendiando los colores y bruñendo la superficie líquida que culebreaba delante de nosotros (117).

El silbato del vapor saludó. Desde lo alto de la barranca, el doctor Bertoni y su familia nos respondieron, y el *Ayacucho* largando sus amarras, tomó dirección aguas arriba al compás de los paletazos rítmicos de su potente hélice.

Sobre cubierta todo era animación, las libretas funcionaron de nuevo tomando abundantes notas, y después del lavaje reglamentario matutino, nuestro *cordón bleu* (118) se puso a la obra aderezando un magnífico pacú y unos bagres que con habilidad había pescado en Yaguarazapá.

A poco más de una legua y media adelante fondeamos en el Puerto de Tabay, costa argentina, punto importante en la navegación del Alto Paraná, por ser la boca de la picada que conduce a los yerbales de Campo Grande y por el cual se hace la exportación de la mayor parte de las yerbas que se cortan en ellos.

Una larga picada, muy mala en general, se internaba hasta Campo Grande o *Nu-guazú*, que es su nombre en guaraní.

Los yerbales de Campo Grande están en su mayor parte destruidos, pero más adelante se hallan los otros abundantes del Yermal Nuevo, que es donde se trabaja actualmente, unas quince leguas al NE (119).

En el capítulo X he dado ya las razones principales del por qué esos grandes yerbales han sido destruidos, y del vandalismo que ha concluido con ellos, privando a Misiones de un producción anual de 100.000 arrobas de yerba que ya se han perdido para no recuperarse más.

Esperamos que las nuevas disposiciones que se han tomado, tendientes a facilitar su corte, y poniéndolo al alcance de todos los trabajadores, salven del destrozo los yerbales que aún quedan en el corazón de Misiones.

Esto, unido a la buena voluntad y previsión de algunos vecinos que se dediquen a hacer plantaciones de este precioso vegetal, dentro de pocos años, quizás tendremos en aquel territorio aumentada la producción como merece.

Por los últimos datos que poseo, muchos pobladores radicados ya definitivamente en los centros poblados y mensurados por el Gobierno, han empezado a hacer plantaciones no despreciables de yerba, valiéndose principalmente del trasplante de las plantitas huachas.

Nunca me cansaré de repetirlo: el porvenir de Misiones está en sus cultivos y, entre ellos, el principal debe ser el de la yerba mate, cuyos resultados dejarán a quien lo emprenda pingües ganancias.

Terminado el ferrocarril a Posadas, muchos propietarios de grandes extensiones podrán cómodamente visitar sus latifundios, y entonces, conociendo de *visu* aquella maravillosa región, se darán cuenta de la importancia de lo que dejo dicho y procederán a hacer algo por el progreso de Misiones.

*Tabay* quiere decir 'pequeño pueblo', y el origen de esta palabra se debe a que los jesuitas fundaron allí una pequeña reducción de indios. Según me dijeron, se hallan cerca unas pequeñas ruinas, que no visitamos por no perder tiempo y porque no valían la pena de verse.

Continuamos nuestra marcha aguas arriba.

El río sigue estrechándose, tomando cada vez más su carácter salvaje e imponente.

Las costas se elevan con su estupenda vegetación cargada de parásitos. En la Argentina, a retazos predomina el mamón, ambay o yarazatiá (*Carica esp.*) (120) con sus troncos grises, y sus copas llenas de hojas plateadas, que resaltan curiosamente del fondo verde oscuro de los demás árboles.

Varias canchas vamos dejando atrás, la de *Cuñapirú*, (mujer flaca) (121), *Capi-woi* (122), cuyos verdaderos nombres, según el Dr. Bertoni, son *Güēēy* y *Aguapé* (camalote pequeño) y la de *Pirayuí* (del Dorado). En algunas de estas hay establecidos varios obrajes de madera que aparecen como una mancha clara, rompiendo la monotonía de las costas.

Por fin fondeamos en la de *Bopicuá* (cueva del murciélago), sin atracar a la costa, para evitar la visita nocturna de algún felino hambriento (123).

El tema de la conversación rodó esa noche sobre estos animales. Una gran cantidad de hechos acaecidos salieron a relucir, de avances y saltos audaces de tigres dentro de las embarcaciones que habían tenido la imprudencia de atracar a la costa, cuentos todos que nuestro baqueano, un siciliano, antiguo marino del Alto Paraná, nos refería con detalles y colores demasiado vivos.

D. Salvador, que así se llama, como buen meridional, era sumamente supersticioso y no sólo poseía el caudal de creencias que había importado de su tierra, sino otro mayor aún adquirido en su larga estadía en el Alto Paraná, en donde, además de las innumerables leyendas guaraníes, no faltan tampoco las brasileras, de modo que los caiporas, los yaci yeterés, los fantasmas diversos y demás representantes del pintoresco Folk-Lore<sup>1</sup> le eran bastante familiares (124).

Después de comer, rodeando la mesa bajo la toldilla del *Ayacucho*, en medio del silencio solemne de esas noches tan espléndidas, y alumbrados por la luz mortecina de un farol, oíamos con placer perorar a nuestro D. Salvador, sobre las hazañas de los tigres y otras cosas por el estilo, con el laudable propósito de matar el tiempo.

En el momento culminante de una escena horrible que nos refería, sentimos sobre la cubierta metálica del *Ayacucho* el ruido de un cuerpo pesado que se desplomaba, y un barullo de algo que se debatía furiosamente.

Como por un resorte nos pusimos de pie, y al mismo tiempo, revólveres, cuchillos y otros aparatos ofensivos se vieron relumbrar en las manos de todos, mientras rodaban por el suelo las sillas y taburetes.

Una carcajada unánime rompió la solemnidad de nuestra actitud bélica al ver aparecer al cocinero con un magnífico armado que acababa de pescar.

Amaneció otra vez con fuerte niebla y con mayor frío que en Yaguarazapá.

Cuando escampó, continuamos nuestro viaje, entrando en la gran cancha de *Pai Curuzú* (Cruz del cura) una de las más largas (125).

La navegación es fácil porque tiene pocas piedras y la máquina potente del *Ayacucho* puede hacernos ganar mucho camino sin grandes cuidados.

El río hace una gran vuelta dirigiéndose del Este al Norte, formando la cancha de *Carú abapé*. En este viaje, he podido una vez más asegurarme de que este es su verdadero nombre, debido a un arroyo que desemboca sobre la costa argentina, y no el de *Carú aguapé* como erróneamente muchas veces se escribe (126).

La navegación se hace más difícil, necesita de mayores rodeos y zigzags para salvar algunas piedras y las fuertes caídas de agua.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Véase nuestro Folk-Lore misionero, en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires. T. I., entrega 6.

A la altura del arroyo *Tembey* (del labio) el río vuelve a tomar rumbo Este y se entra en la gran cancha de San Rafael.

Después del *Tembey* se encuentra el arroyo *Yatí tay* o del caracol, cuyo nombre es debido a una gran caída de aguas que producen grandes remolinos sobre el río, los que debemos cortar.

El agua presentaba un aspecto aceitoso de un verde especial, girando con gran rapidez en muchos puntos diversos, como si hubiera sido una inmensa marmita en que la hubieran estado hirviendo.

La causa de estos remolinos es la desigualdad del fondo por las grandes piedras que hay, contra las cuales choca esa gran masa de agua, que bajando tiene que torcer violentamente, entrando en un saco que forma la costa paraguaya en la desembocadura del *Yatitay*.

El *Ayacucho* con su quilla afilada, cortaba los remolinos, pero estos, actuando sobre los costados de ella, lo hacían rolar con fuerza y ese balanceo unido al ruido característico del agua revuelta tenía algo imponente, tanto más si se tenían en cuenta los esfuerzos del baqueano en el timón para poder conservar el gobierno del buque.

Esta cancha de San Rafael es el principio de una serie de otras bastante bravas, abundantes en piedras, remolinos y caídas de agua y, sobre todo, de mucha corriente, dado lo encajonado del río.

Al entrar en la cancha del Paraguay, el río da vuelta al S. concluyendo el gran seno que ha empezado a hacer en *Caru-abapé*.

Al enfrentar la boca del río *Paranay* (C. A.), que corre en el valle del mismo nombre, cuyas cabeceras empiezan en la campiña de *Fracrán* (127), en el interior de Misiones, una de las corrientes de agua más grandes que posee el territorio, los remolinos son muy fuertes, causados por un gran banco de piedra que se halla colocado cerca de la costa argentina.

El río toma la dirección ES; más adelante la abandona y toma por un trayecto N derecho, en el punto llamado *Mbay buzú* (remolino feo), cuyo nombre se debe a otro banco de piedras, un verdadero paredón sumergido del lado argentino, a cuyo frente se forma un remolino de los mayores que hay en el Alto Paraná.

En este paso es necesario ser muy baqueano, puesto que la fuerza de las aguas y los roídos sucesivos pueden hacer perder el gobierno al buque, y la caída de agua puede echarlo sobre el paredón.

El río se inclina un poco hacia el Este y tiene un ensanchamiento para dar cabida a la Isla de *Caraguatay* que se levanta casi en medio de él.

La isla tiene un aspecto cónico redondeado, se eleva cubierta de vegetación impenetrable, su forma es casi ovalada y se halla unida a la

costa argentina por un gran displayado de piedra que la rodea en su parte N y E (128).

Este displayado es visible con el río bajo y tuve ocasión de admirarlo en mi segundo viaje en el mes de agosto de 1892.

De Caragatay llegamos a San Lorenzo o *Huirapaí* donde hay una pequeña población yerbatera y una autoridad paraguaya.

El río, desde este punto, toma rumbo NE; la navegación se hace más llevadera; pocas horas después llegábamos a Pirai Guazú (129), término por ahora de nuestro viaje fluvial.

Fondeamos y como era ya tarde, resolvimos dormir a bordo.

---

# Capítulo XVI

## La selva misionera

De Pirai Guazú a San Pedro. – En marcha. – La Picada. – El Tacuaruzú. – Su seca. Los ratones y el Tambú. – Cómo se viaja en la Picada. – Campamento en el arroyo Contage. – Los productos Kemmerich. – Una exclamación de Correa Luna. – Otra vez en marcha. – Trepamos el cerro León. – Llegada al arroyo Veado.



Temprano estuvimos de pie y procedimos a la descarga de todos nuestros pertrechos para el largo viaje que debíamos hacer.

Según cartas remitidas con mucha anterioridad por mi amigo don Aparicio Grondona, un hermano suyo, Juan de Oliveira, nos esperaba en el puerto con la mulada que debía conducirnos a San Pedro.

Don Aparicio, intrépido yerbatero, es uno de los primeros pobladores de San Pedro y a él puede decirse que se debe el arraigo en ese punto de los restos de la tribu Kaingangue del famoso Cacique Fracrán, comandada actualmente por Maidana (130).

Gracias a don Aparicio, San Pedro, situado en el corazón de Misiones, es hoy un punto habitado y que, como he dicho en alguna parte, es un oasis que el viajero encuentra en medio de su larga peregrinación por la selva virgen (131).

El puerto de Pirai Guazú es el de San Pedro, pues allí desemboca la picada que conduce a aquel punto, por la cual se extraen al Paraná las yerbas del interior; de modo que Pirai es para San Pedro lo que Tabay es para los yerbales de Campo Grande, etc. (132).

Pirai está ocupado por una empresa yerbatera dirigida por el Sr. Alfonso Güerdile, cumplido caballero que sentimos no encontrar entonces; en cambio, su encargado se puso a nuestra disposición, facilitándonos peones para ayudarnos en la difícil tarea del desembarco, pues teníamos que llevar a hombro todo, subiendo la alta barranca.

Como siempre sucede, el primer día de viaje nunca se sale a la hora indicada y mientras se buscaron las mulas, las que dieron no poco trabajo para encontrarlas, se almorzó, se procedió a arreglar las

cargas, de manera que el peso estuviera bien repartido y mil otras cosas más que escapan a la mejor previsión; recién a las 3.30 de la tarde pudimos montar a caballo, lo que ya era algo, puesto que lo principal es ponerse en viaje de una vez.

Nos despedimos de todos, especialmente del buen capitán del *Ayacucho*, don José Chapella, a quien le di mis instrucciones para la vuelta, y en marcha.

Íbamos a internarnos en el monte virgen —el autor por segunda vez—, no escarmentado por los malos ratos que pasó tres años antes, pero lleno de esperanzas, con el deseo de completar trabajos inconclusos por diferentes causas, con nuevos bríos y más preparación.

¡Qué poderoso atractivo tiene el monte, qué cúmulo de sensaciones extrañas y desconocidas se experimentan en él, qué vagos placeres se siente en medio de su imponencia grandiosa!

Volvíamos a visitar al viejo conocido, a contemplar su gigante vegetación, en una palabra, a satisfacer ese deseo íntimo que al final al del segundo viaje con infinita nostalgia se expresa con las palabras del Dr. Holmberg: «Volvería a Misiones sólo por ver sus árboles» (133).

Y los árboles estaban allí a dos pasos de nosotros con su cortejo precioso de parásitos levantando al cielo sus grandes copas bajo las cuales el sol penetrando apenas, llenaba el ambiente de mística luz.

La selva misionera, gloria de la vegetación tropical, predilecta de la naturaleza creadora, que guarda bajo sus glorietas de follaje las imágenes que evocan las leyendas guaraníes, morada de reptiles y de fieras, palacio encantado de mariposas azules y de rubíes alados, muda guardiana de sombras exquisitas y de perfumes extraños, conjunto imponderable de bellezas terrenas, nos hace inclinar embelesados, llenos de la pasión que sabe despertar su inmensa majestad.

Penetramos en la picada precedidos por la yegua madrina, cuyo cencerro tañendo acompasado, triste y monótono, hacía marchar sin detenerse a todas las mulas de la caravana.

A poco andar, apareció el tacuaruzú. Bajo la bóveda de las altas y gruesas cañas graciosamente encorvadas, anduvimos un buen trecho por un terreno bajo, el que fácilmente podría transformarse en campo a rigor de fuego.

Ese momento era propicio para proceder a su limpieza, puesto que este curioso, útil e incómodo bambú, estaba secándose.

Las secas de tacuaruzú, según dicen los misioneros, se verifican de 7 en 7 años, cuando por fin semillan, y entonces es cuando se producen los grandes incendios en el corazón de la selva.

Si bien en esas condiciones se transita mejor por las picadas, sin la incomodidad de sus arañoses y demás fastidio que produce esta curiosa caña, resulta en cambio el peor de los males, pues para aprovechar la gran cantidad de semillas que caen al suelo, aparecen legiones formidables de ratones que todo lo invaden, poniendo en serios aprietos a los habitantes que tienen que defender de sus avances sus víveres, objetos y plantaciones.

Para los indios, en cambio, es una providencia, pues en esta época los cazan abundantemente y se los devoran asados como si fueran pajaritos (134).

Cuando los tacuaruzús están secándose, contienen en su interior el tambú, que es uno de los platos más estimados en la culinaria india y yerbatera.

El tambú es, en este caso, como hemos tenido ocasión de observarlo, la larva desarrollada de una mariposa crepuscular que es muy parecida al *Phillampelus vitis* (135), la cual se aloja de a una en cada canuto o segmento de las cañas.

Cuando está por transformarse en crisálida, sabe con rara habilidad perforar la pared de la caña, haciendo un agujero redondeado del tamaño del cuerpo de la mariposa que debe salir por allí; pero lo más curioso es que sólo lo horadado es la caña misma, quedando la corteza intacta, muy fina, que disimula perfectamente el agujero por la parte externa. De esta manera, llegado el momento de la eclosión, la mariposa con poco esfuerzo abre la tapa y sale al exterior.

Las larvas o ninfas sirven para el tambú y los indios y yerbateros se las comen relamiéndose, ya asadas, ya fritas, en el fondo no buscando otra cosa que ingerir un poco de grasa de la que están, como se sabe, muy bien provistas.

El tacuaruzal que atravesábamos cada vez se iba poniendo peor con la seca y los vientos y lluvias de los días anteriores; muchas cañas habían caído atravesándose en la picada, lo que nos obligaba a hacer grandes reverencias para evitarlas y detenernos varias veces a cortarlas, hallándose muy bajas.

Para amenazar el viaje, las mulas cargueras de cuando en cuando se enredaban en alguna de estas cañas, y entonces eran los esfuerzos de los animales para deshacerse de aquello que los sujetaba, terminando todo con el ruido de las tacuaras rotas, el paso de la mula triunfante, el desarreglo de la carga y la mayor obstrucción de la picada, pues a los tirones de una, caían otras cañas que nos trancaban a su vez; todo sazonado convenientemente con maldiciones y juramentos en brasilero del más interesante efecto.

Al salir del tacuaruzal, cambió la vegetación, haciéndose más tupida por poco trecho, hasta que vadeamos el arroyo Sobradiño (136) sin gran dificultad.

No muy lejos de este tuvimos que pasar el Piñalsiño, otro arroyo pequeño que debe su nombre por hallarse cerca de allí a unas plantas de pinos (araucarias) ya muy destruidas, que dicen fueron plantadas por los jesuitas, lo que no creo (137).

Ya con monte alto y no tan sucio, llegamos al arroyo Contage, donde resolvimos hacer noche. Sólo habíamos marchado una legua o un poco más.

A orillas del Contage, como de todos los arroyos, había un *pozo* (138) o lugar de campamento de las tropas: total un pequeño espacio sin árboles pero bastante sucio por la vegetación, en el cual se acampa, limpiando el terreno necesario para la carpa a fuerza de machetazos.

Pero con todo un espacio impagable, con agua del arroyo cerca, con leña en el monte vecino y con lugares en este último, aptos para que las mulas se buscasen que comer durante la noche.

Armamos la carpa sin mucho trabajo. En Misiones, no se acostumbran las de lona cerradas por todos lados por muchas razones: la primera es la cuestión del peso, y la segunda, la dificultad del transporte de los palos.

Así pues, la carpa misionera se compone sólo de un lienzo cuadrado, liviano, que se coloca a caballo de una cumbrera sostenida por dos horcones, que en un momento se cortan delgados en el monte, en donde no escasean los árboles jóvenes que los proporcionan.

A las paredes se les da una gran inclinación para que el agua de la lluvia corra por ellas con rapidez y de este modo, evite que se mojen los objetos que cubren.

Armada la carpa, ya estuvo encendido el fuego, lavado el charque y la olla hirviendo. Como más práctico, me arrogué las funciones de cocinero y como todos me servían de ayudantes, un caldo, guiso y un pirón de fariña, pronto estuvieron en condiciones de comerse, lo que se llevó a cabo en poco tiempo, recibiendo las más calurosas felicitaciones de mis compañeros que no me conocían esta habilidad.

Los platos resultaron sabrosos, no les faltaba ni cebolla, ni especias y sobre todo tenían abundante extracto y pasta de carne Kemmerich, gran recurso para los viajes, que no dejaré nunca de recomendar a los viajeros, pues constituye un auxiliar poderoso en la

alimentación y tiene la gran ventaja de ocupar poco espacio y tener peso limitado, lo que no deja de ser una gran cosa.

Cuando pasamos por el saladero de Santa Helena, el vapor fondeó para desembarcar unas mercaderías y el tiempo que allí demoramos, lo aprovechamos en visitar ese gran establecimiento industrial, siendo agasajados por el gerente de la Compañía Kemmerich con un surtido de sus preparaciones, que mucho nos sirvieron durante la expedición, y gracias a ellas más de una vez tuvimos alimento substancioso y agradable, cuando nos atormentaba la perspectiva de comer el charque podrido o nos hubiéramos tenido que pasar con simples locros de maíz.

Un postre de leche condensada y una taza de café dieron fin a nuestro banquete.

Encendimos luego un farol y en nuestros catres de campaña resolvimos hacer dos cosas a la vez: una plácida digestión en medio de un profundo sueño.

Antes de cerrar los ojos, Correa Luna declaró que se sentía feliz, pues realizaba sueños dorados de la época en que leyendo envidiaba a los héroes de Julio Verne (139); a lo que se adhirió Kyle.

Antes de amanecer estábamos tomando mate, luego almorzamos los restos de la cena anterior guardados al efecto, y todo cargado, marchamos.

Al vadear el arroyo Cariyino (140) vimos en un árbol grabada la siguiente inscripción de la Comisión Argentina de Límites:

C. A. L.

9 k.

Las costas de estos arroyos presentan un aspecto interesante, la vegetación se hace más densa, los parásitos vegetales exuberantes en alto grado, cubren todo con un gran manto de colores vivísimos que se reflejan maravillosamente en el agua.

Como a pesar de lo tupido de los árboles, en los arroyos penetra siempre un poco de sol, la luz jugueteando entre las innumerables hojas, rozando ellas e irisando la superficie del agua, produce combinaciones de tonalidades de una suavidad y armonía encantadoras.

Allí el verde profundo de la masa común se presenta como en ninguna otra parte, de un tono acentuado, cálido, que más resalta por el contraste de las partes iluminadas, llenas de tintes alegres, sin ser chillones.

Los juegos de sombras innumerables en su variedad tachonan el conjunto, con gracia, con dulzura, ya desliziándose suaves, tenues, en la superficie o incrustándose con energía en los huecos y meandros.

Desde el primer plano lleno de intensidad, de vigor, de vida, hasta el último, allá a lo lejos en una vuelta del arroyo, con vaguedades azuladas, interceptados por claridades repentinas, los cambiantes se multiplican al infinito, exuberantes en matices delicados bajo el frondoso follaje de aquellos preciosos árboles, cuyas copas arriba se enredan en un amoroso abrazo.

Dejamos atrás el arroyo, y por un buen trecho volvimos a marchar por entre los tacuaruzús y enredaderas que bastante nos fastidiaron.

El arroyo Guaraipo se presentó con idéntico aspecto que el anterior, pero ya del otro lado la picada siguió mejor, atravesando un monte alto con los árboles más raleados, a cuyo pie crecían abundantes helechos bajos, dando al suelo un verde claro muy agradable.

Por ese trecho podíamos marchar casi sin tropiezos, evitándonos hacer esas fastidiosas reverencias a las tacuaras que no dejan de aburrir y sobre todo, de cansar.

El terreno descendía, llegamos al arroyo Vorá uno de los más anchos que conozco en esta picada, bastante playo, presentando una faz límpida iluminada por ese sol matutino que libre de trabas, penetraba de lleno a raudales, coloreando además las piedras de su lecho emergidas de un bello rojo oscuro.

La picada siguió mejor, pero más adelante la vegetación tupida volvió a darnos trabajo y después otro tacuaral cerrado nos obligó al poco grato trabajo de machetear de nuevo; una pequeña subida y una gran bajada nos condujeron a orillas del arroyo Varge grande donde acampamos para almorzar.

Como el sitio era encantador y mientras la olla hervía, resolvimos darnos un buen baño en sus aguas frescas cuya benéfica influencia no tardamos en experimentar.

En el pozo o descampadito vimos en un lapacho la siguiente inscripción:

C. A. L.

27 k. 7.

Habíamos marchado un poco más de tres leguas en toda la mañana; no era mucho si se quiere, pero teniendo en cuenta todas las trabas que nos habían puesto las tacuaras y demás fastidios del monte, la marcha había sido buena.

En el pequeño descampadito en que nos hallábamos, no dejaba de incomodarnos el sol que a esa hora, más o menos mediodía, se hacía sentir en todo su rigor.

Miles de pequeñas abejas negras, llamadas *mirines* (141), nos acosaban sin picarnos, pero paseándose por la cara y las manos a fin de chuparnos el sudor, con el objeto de proporcionarse un poco de sal, tan escasa en Misiones. Esos paseos repetidos producían una cosquilla *sui generis* bastante insoportable, y si a esto se agrega el picotón que de cuando en cuando nos administraba un jején, o el rápido batir de alas cerca de la cara de alguna de las innumerables mariposas que acudían a nosotros, se tendrá una idea de lo poco provechoso que nos era nuestro descanso de mediodía.

En venganza, hicimos una espléndida colección de estos alados fastidios, y ya hartos de paciencia nos pusimos en marcha otra vez.

El suelo empezó a subir de nuevo, primero suave, después rápidamente, trepábamos el famoso cerro León, el más alto que hay en esta picada hasta San Pedro. Cuando estuvimos en la cima, un estupendo espectáculo se desarrollaba ante nosotros: entre la raleada vegetación que allí había, podíamos ver los demás cerros lejanos y elevados, cubiertos a su vez de vegetación tupida, que se mostraban a la distancia de un color violáceo azulado, titilante, entrecortados por valles profundos llenos de sombras negras, el todo destacándose de un cielo purísimo, sin nubes, lleno de luz.

Quedamos un buen rato contemplando ese cuadro tan colosal, y entonces nos pudimos hacer una idea aproximada de la magnitud de la selva misionera, inmenso desierto de árboles que al hombre impone con su soberbia amplitud.

¡Cuántas riquezas deben encerrar esos inacabables bosques, cuánto tiempo pasará, aún antes de que se llegue a dominar toda esa extensión cuajada de árboles!

Con razón la leyenda ha sentado sus reales entre el denso cortinaje de verdor que oculta el centro de Misiones.

Bajamos el cerro y vadeando el arroyo del mismo nombre, volvimos a subir la cuesta del Veado, que descendida nos llevó a orillas del arroyo también así llamado, donde acampamos para pasar la noche.

En un árbol de angico hallamos grabada esta inscripción:

C. A. L.  
(29, k 3)

Sólo seis kilómetros habíamos adelantado.

# Capítulo XVII

## La selva misionera

(Continuación)

Las enredaderas. – El Arroyo de las Islas. – El Río de las Antas. – Su vado.  
La invernada. – Marcha bajo la lluvia. – Acampamos. – Subimos la sierra.  
El Tacuarembó. – Las campánulas. – La región de los helechos arborescentes.  
El primer pino. – Llegada a San Pedro.



Con un buen baño, en las aguas límpidas del arroyo Veado, restauramos nuestras fuerzas; cenamos y pronto nos entregamos al dulce descanso tan necesario después de ese día de fatigas.

Como de costumbre, al alba ya estuvimos de pie; pero resultó que las benditas mulas, encontrando malo quizás el punto que se les había destinado, habían creído mejor mandarse mudar, en busca de otras regiones más agradables.

Toda la mañana perdida por esta causa. Si no podíamos seguir viaje, en cambio nos era dado admirar el precioso cuadro que ofrecía el lugar de nuestro campamento.

Un espeso bosque lo rodeaba por todas partes, y como gigantesca cortina, innumerables enredaderas<sup>1</sup> trepaban por los troncos y ramas, cayendo en cascadas de anchas hojas de un efecto decorativo de los más sorprendentes.

Al principio, ese conjunto se mostraba confuso, triste y frío, con la media luz de la mañana; pero cuando el sol apareció, una nota alegre, llena de color y de vida, sustituyó a la anterior.

Las enredaderas verde claro resaltaron de la masa más oscura del resto del bosque, y en cada una de sus anchas hojas, grandes gotas de rocío se destacaban brillando como joyas.

Ni los palacios de hadas y otras creaciones de la fantasía podían compararse a la estupenda belleza de aquel delicioso cuadro.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Es parecida a los zapallos. Allí la llaman isipó mico (142).

A las diez aparecieron las mulas, y un rato después nos pusimos en marcha. La picada seguía subiendo un cerro; el suelo bastante traqueado presentaba muchos calderones, es decir, agujeros formados por las pisadas continuas de las mulas, a modo de escalera, entre las raíces de los árboles o entre las piedras.

Estos calderones, a causa de formarse bajo la sombra de los árboles, conservan el agua de las lluvias por mucho tiempo y por consiguiente, se hallan llenos de barro.

Las pobres mulas en estas ascensiones hacen prodigios de fuerza, poniendo a prueba sus robustas patas, que como si fueran de acero no se doblan jamás.

El cerro fue descendido otra vez y llegamos al gran Arroyo de las Islas, uno de los más bellos que conozco. Su cauce es muy ancho y en el paso tiene unas pequeñas islas pedregosas cargadas de vegetación, entre las que sobresalen los grandes árboles de mataojos (143), que se inclinan para reflejarse en el agua, que corre murmurando entre las innumerables piedras que ella arrastra, en la época de las grandes crecientes.

En la orilla de este arroyo sobre el tronco de un árbol (Marmelero) (144) se halla también una inscripción:

C. A. L.

36.2 k.

El calor se hacía sofocante y todo presagiaba una tormenta próxima, de esas tan frecuentes en Misiones.

Vadeado el arroyo, lo seguimos costeano por un buen trecho siempre por entre el monte; luego nos internamos por corto tiempo, dejamos atrás el pozo del Salteño y llegamos al arroyo Máquinas que tiene ese nombre, a causa de que un yerbatero colocó un monyolo en él, hace mucho años.

En un árbol situado en el pozo de este arroyo hay esta inscripción:

C. A. L.

46 k.

Poco a poco el camino se hizo más cómodo, el enredo de las plantas disminuyó un tanto y por varios trechos marchábamos entre gran-

des árboles enhiestos, que nos mostraban sus troncos grises desnudos, o cuando más, enroscados por gigantescos isipós, que los oprimían como serpientes monstruosas.

Debajo de ellos, los helechos bajos tapizaban el suelo con profusión, lo que le daba un aspecto de salón alfombrado.

En estos trechos había un poco de luz viva, y sobre todo aire, lo que facilitaba la expansión de la vista algo más allá, aunque tropezaba siempre con la serie de troncos grises, que semejaban a una interminable columnata sosteniendo la bóveda de un templo colosal.

Si bien debajo la vegetación no se oprimía, arriba en cambio, sucedía lo contrario; las copas de los árboles cargadas de hojas y parásitos se mezclaban, superponiéndose. Las ramas se enroscaban, se apiñaban, se retorcían, se abrazaban, enredándose en una orgía desenfrenada, pugnando por sobresalir y luchando todas por recibir los beneficios del sol tropical, que a pesar de los raudales de luz que prodiga, no alcanza con sus derroches a satisfacer el ansia de esos millones de seres vegetales.

A poco andar empezamos a costear el Río de las Antas; por entre las filas de los árboles de sus orillas, podíamos distinguirlo con más o menos claridad, al tranco acompasado de la mula.

Sobre su cauce ancho, de piedra, en varios puntos se veían grandes rodados traídos desde lejos; el agua turbulenta corría entre ellos, saltando a veces con un alegre murmullo, o haciendo temblar las ramas cargadas de hojas de los árboles derribados y que no había podido arrastrar en su rápida corriente.

En la margen opuesta, un magnífico cerro cuajado de verdor se elevaba airoso, mostrando a intervalos en sus flancos a pique, paretones de piedra negra y roja en los que arraigaban yerbas de finos tallos que caían con gracia infinita.

La picada al costear el río seguía tortuosa, subiendo y bajando según los cerros poco elevados que lo bordeaban.

Cuando llegamos al paso, hicimos un pequeño alto, el que aprovechamos para recorrer las cargas y monturas.

El paso de las Antas es ancho y uno de los peores que existen en todo el camino. Para vadearlo, es necesario marchar contra la corriente describiendo un medio círculo. Las mulas tienen que andar con mucho tino pues el lecho del río, en ese punto, se halla lleno de rodados que el vaso de estos animales tiene que esquivar para no dar un paso en falso que precipitaría su caída.

Como si esto no bastara, hay que agregar los muchos morteros o agujeros formados en el lecho de piedra por el roce continuo de los rodados, en los que siempre habría peligro, si en ellos metieran una pata.

Todo este trabajo de tanteo, las pobres mulas tienen que hacerlo, luchando al mismo tiempo con la corriente del agua, que aún cuando haya poca, no deja de hacer fuerza.

Este río no se pasa todos los días. Cuando crece es un verdadero torrente que encajona mucha agua, y las tropas, por consiguiente, tienen que acampar en sus orillas esperando dos o más días a que baje. Pero para una comunicación regular con San Pedro, el Río de las Antas creo que nunca sería un inconveniente; pues debe de haber otros puntos mejores para vadearlo y aptos para recibir un puente rústico.

Lo que resulta es que al abrirse estas picadas, que no tienen otro objeto sino el de permitir el acarreo de la yerba mate, no se han tomado en cuenta las facilidades ni comodidades que podían obtenerse de un reconocimiento previo del terreno; por el contrario, han dicho: *por aquí*, siguiendo un rumbo, y con unos machetazos y algunos pocos hachazos, se ha tratado de salir a la costa del Paraná, lo más pronto posible, importándoseles poco si las mulas sufrían mucho o no.

La gran cuestión era la de llevar a la costa, en breve tiempo, toda la yerba cosechada en una zafra, aún a riesgo de dejar inutilizada las mulas. Para la siguiente, Dios proveería. Y la ninguna previsión del mañana con respecto a los yerbales, la tuvieron también con las mulas.

Felizmente la empresa que actualmente elabora las yerbas de San Pedro y otros del interior se ha preocupado de componer la picada, haciendo varios desvíos y salvando malos pasos.

Desgraciadamente, cuando nosotros regresamos, recién empezaban ese trabajo del cual no pudimos aprovechar; dos meses más tarde nos hubiéramos ahorrado bastantes arañones y algunas prendas de ropa, cuyos girones dejamos colgados en las espinas y ramas del camino.

Temprano aún llegamos a la invernada, punto avanzado de San Pedro, en donde hay un rancho ocupado por los encargados de las mulas que allí reposan y se reponen, con abundante tacuarembó y otros forrajes que abundan por sus inmediaciones.

En un gran corral en ese momento, habían encerrado un buen número de estos pacientes animales, a quienes los nuestros saludaron al pasar, siendo contestada su galantería por una formidable algarabía de rebuznos en todos los tonos imaginables, que retumbaban pintorescamente entre los ecos del bosque.

Seguimos viaje; más adelante cazamos una Yacutinga (145) o faisán de Misiones con cuya succulenta carne nos regalamos esa noche.

El monte de árboles altos que atravesábamos, nos hacía la marcha más llevadera; pero ¡qué poco duran las comodidades en la picada!

De pronto, su aspecto cambió, un ciclón al pasar por allí, la había transformado; los árboles volteados, quebrados, rotos, tronchados, aglomerados en el suelo, presentaban un cuadro desolador y el ramaje enredado, acosándonos por todos lados, hacía la marcha por demás insoportable y fastidiosa (146).

Teníamos que andar con mil precauciones para no tropezar con los gajos, que ya de frente, ya de lado, por todas partes nos rozaban, exponiéndonos a encontrones, arañazos repetidos, y sobre todo, a sacarnos un ojo en el menor descuido.

Para colmo de los colmos, el gran calor que desde la mañana nos hacía sudar a mares, se convirtió en una tormenta de truenos, relámpagos y aguacero, que en pocos instantes nos dejó empapados.

Felizmente no tardamos mucho en llegar a un pozo, y rápidos bajo la lluvia que no tenía miras de cesar, trabajando todos, conseguimos armar la carpa, a pesar de que el viento parecía dispuesto a no permitirlo.

Instalado nuestro campamento y entregados a las faenas de práctica, pudimos saborear las presas de la Yacutinga, lo que nos resarcía un tanto de la mojadura.

En un árbol de rabo de macaco (147) hallamos esta inscripción:

C. A. L.

52 k.

Por la noche continuó lloviendo, ya no tan fuerte, pero al amanecer el agua había cesado.

Ensilados los animales, marchamos; la picada se hallaba poco menos que intransitable; en muchos puntos había pasos barrocos y calderones cuyo contenido nos salpicaba por todas partes.

Los árboles derramaban sobre nosotros cascadas de agua al mínimo rozamiento con cualquiera de sus ramas o isipós de ellas colgados.

Todo estaba empapado con la lluvia del día anterior y pronto quedamos así también nosotros. No tardó mucho en salir el sol cuyos ardientes rayos nos envolvieron en una atmósfera húmeda y pesada, la más insoportable.

El terreno subía. Sin apercibirnos trepábamos la sierra central, abandonando la vertiente del Paraná para entrar en la del Uruguay.

Pronto penetramos en plena región del tacuarembó, donde este tenue y resistente bambú asaltaba los árboles, enredándolos del modo más intrincado con su infranqueable valla de vástagos.

Por doquier, no se veía más que su masa verde claro, como una inmensa cortina densa, impenetrable y desesperante.

Por dentro de ella, la picada se internaba como un túnel abierto a fuerza de machetazos, túnel que más bien parecía un canuto, bajo y estrecho, por el cual había que pasar, haciendo todas las reverencias imaginables a fin de evitar enredarse entre su malla, o cortarse con los tallos delgados que al romperse en sentido longitudinal, mostraban amenazadores sus fragmentos afilados.

El roce de los mismos o de las hojas, sobre la cara o el cuello, producían sensaciones de quemadura, muy desagradables.

¡Qué trozo tan infernal aquel! Será muy difícil que lo lleguemos a olvidar.

Más adelante salimos de ese infierno. Ya estábamos arriba: mucha luz y un bello sol matutino nos envolvió.

La seca de diciembre había sido la causa de un gran incendio sobre la sierra. Muchos árboles se hallaban carbonizados, unos en tierra y otros aún en pie; pero todos cubiertos completamente por una enredadera (*Ipomea*) que en ese momento se hallaba cuajada de flores azules (148).

Aquellos millares de flores al sol, resaltando sus preciosos colores del conjunto verde de las infinitas hojas dispuestas como un tul compacto que abrazaba los árboles o se extendía por sobre los troncos caídos, presentaba el más bello golpe de vista que imaginarse pueda.

El camino más desahogado continuó por un buen trecho hasta llegar al pozo de la *Carobera* (149), cerca del cual dicen que hay una laguna (150).

En el tronco de un árbol leímos

C. A. L.

70 k.

y seguimos la marcha. Descendíamos casi sin sentirlo. Otra vez se presentó el tacuarembó y durante un largo trecho, continuamos por otro túnel abierto entre su malla fastidiosa.

Dos pozos, cercanos uno de otro, atravesamos sin parar: el del Ojo de Agua y el del Palo de Yerba (151). El camino siguió mejor. No lejos del último cruzamos la región de los helechos arborescentes o *Amambays* como son llamados en guaraní (152).

¡Qué interesante cuadro ofrecían los altos tallos escamosos, enhiestos e interminables, coronados por un gran paraguas de recortadas hojas, de aspecto afiligranado, ocultando el sol, y dando al paisaje un no sé qué de originalidad, mientras hacían recordar los dibujos, tantas veces vistos, de los paisajes de la época carbonífera!

Contrastando con tanta belleza, el terreno se hacía blando y pantanoso, lo que no dejaba de agregar su nota desagradable. Bien dicen que no hay rosas sin espinas; de esto hay que convencerse cada vez más, y sobre todo en Misiones.

El paisaje prehistórico desapareció, el tacuaruzú con sus gruesas cañas y sus espinas ganchudas atrajo nuestra atención, menos mal que por poco tiempo.

Llegamos al pozo del Piñero o del Pino (153), llamado así, porque un solo ejemplar pero espléndido, se elevaba majestuoso con su inmensa copa simétrica, dominando el conjunto que lo rodeaba.

Estábamos cerca de San Pedro. La impaciencia nos dominó. El camino continuaba en adelante mejor. Resolvimos pues dejar a los cargueros que continuando su marcha lenta nos alcanzasen cuando pudieran, y al trote nos lanzamos alegres y contentos, a fin de llegar pronto a nuestro destino.

El arroyo del Cuero, el del Marco, el del Macaco en terra (154) pronto quedaron atrás. Varias plantaciones se mostraron cerca del camino, y hora y media después, en plena región de los gigantescos pinos, nos apeábamos frente a la casa del Sr. Aparicio Grondona.

Por allí cerca, en un árbol cortado, leímos:

C. A. L.

79 k.

---

# Capítulo XVIII

## San Pedro de Monteagudo

Los pinares o bosques de araucarias. – Las piñas y los piñones. – Su cosecha por los indios. – La población de San Pedro. – La madera de las araucarias y su empleo. – Cómo podrá llevarse a cabo su explotación. – Trabajo con los indios kangangues. – Cómo desaparecen los indios. – Regreso a la costa. – El mapa del Alto Paraná. – Conclusión. – Trabajos del autor sobre Misiones.



San Pedro de Monteagudo se halla situado en plena región de los grandes pinos o mejor dicho araucarias (*Araucaria Brasiliensis*) (155).

Estos gigantes árboles se empiezan a mostrar allí y continúan por leguas y leguas ocupando el espinazo de la sierra misionera y gran parte del vecino estado brasilero del Paraná (156).

El número de pinos es enorme, y su conjunto sobre las alturas tiene un carácter especial que contrasta con todas las otras clases de vegetación.

En primera línea se notan los individuos aislados de los planos cercanos, altos, enhiestos, derechos, cargados con sus copas simétricas y extendidas regularmente a ambos lados. En algunos, el tronco se viste de ramas abortivas pequeñas, que aparecen como mechones pegados a él.

Los otros planos se confunden en una masa negra de la que sólo se destacan las copas más o menos altas de algunos ejemplares, cuya silueta se recorta en el azul del cielo.

El interior de estos bosques de pinos, en general es desahogado, relativamente. Entre ellos no arraigan muchas plantas por la sombra que desde tanta altura proyectan estos árboles, entre los cuales hay algunos que miden hasta más de cuarenta metros. En cambio nuevas plantas brotan del suelo y se mezclan con otras artificiales, las cuales no son sino gajos que las tormentas desprenden de los árboles, y que al caer, como las hojas les sirven de paracaídas, vienen derechos y se clavan en el suelo, quedando parados.

Tanto las plantas nuevas como los gajos son bastante incómodos cuando se marcha dentro de los pinares, a causa de las hojas duras que pinchan como si fueran otras tantas espinas.

Estas araucarias producen una piña con abundancia de piñones grandes, de cuatro a seis centímetros de largo, de forma triangular, comprimidos, y que se encajan unos al lado de otros como si fueran otras tantas cuñas.

El tamaño de las piñas varía: las hay hasta del grandor de una cabeza de criatura; su forma es esférica.

Los piñones son muy agradables, y esta es la causa de que San Pedro haya sido punto habitado preferentemente por los indios, quienes todos los años iban allí a regalarse con ellos durante los meses de marzo, abril y aun de mayo.

Cuando las araucarias voltean sus piñones, son muy visitadas por todos los representantes de la fauna del bosque: venados, antas, tatetos, y sobre todo, por grandes piaras de chanchos jabalíes que son ávidos por esta benéfica y abundante fruta.

Para el ganado vacuno y caballar los piñones son un gran alimento de engorde, y los pocos que hay en San Pedro se mantienen muy bien a causa de ellos.

El piñón se come generalmente asado. Los indios suelen ponerlo en remojo por un cierto tiempo, a fin de que se hinche y no dé trabajo pelarlo. Con ellos hacen una pasta que comen casi siempre hervida; este sistema no es empleado por los blancos, a causa del gusto ácido pronunciado que adquieren los piñones.

Herido el tronco de estas araucarias, exuda abundantemente una goma algo resinosa y de un gusto que no es desagradable.

Como la tuberculosis ha empezado a matar muchos indios y no teníamos nada que recetarles, les indiqué la conveniencia de mascar esta goma, y entonces muchos hicieron una regular cosecha y pronto este nuevo vicio cundió entre ellos. Quizá les haga bien. Apunto este dato para que mañana no se tome esta costumbre, sugerida por el que subscribe, como un dato etnográfico (157).

Para cosechar los piñones, los indios trepaban sobre los árboles, valiéndose para esto de un gran aro de caña tacuara achatada, el cual debía abrazar el tronco del árbol. Entre este y la parte sobrante del aro, se coloca la persona, pasándosele por debajo de los brazos.

El indio que sube lleva su hacha de piedra o hierro, con la que va haciendo en el tronco pequeños escalones a medida que trepa, para poder apoyar los pies, mientras el aro le sostiene el cuerpo.

Colgada en la parte externa, y del primer tercio del brazo derecho, lleva también una tacuara larga.

Llegado arriba, mientras se sostiene con una mano al tronco, con la otra, por medio de la caña, empuja las piñas de los extremos de las ramas para que caigan al suelo (158).

En cambio, los blancos no se dan tanto trabajo y armados de un hacha, no trepidan en voltear el árbol para despojarlo de sus piñones, dejándolo luego tirado allí a que se pudra (159).

La población de San Pedro es muy reducida, y se halla diseminada, habiéndose edificado las casas muy separadas unas de otras y sin plan alguno.

El arraigo del elemento blanco, brasilero en su mayor parte, se debe a los yerbales que cerca de allí existen, y que atrajo del mismo modo que los piñones a los indios.

Esta aldehuela, en donde se hace vida patriarcal, cuando nosotros llegamos se hallaba invadida por la influenza que atacaba muchos individuos, bajo la forma pulmonar.

Felizmente íbamos con el botiquín bien provisto, y pronto los expectorantes, los revulsivos enérgicos, la quinina y antipirina entraron en función, aplicados con más o menos acierto, pero con toda la mejor buena voluntad posible.

El éxito coronó nuestros esfuerzos, a tal punto que ningún enfermo tuvo un desenlace fatal.

Nuestra casa, con este motivo, era una perpetua romería y mis dos compañeros, Kyle y Correa Luna, no descansaban, preparando medicamentos según las recetas que les enviaba en mis visitas a los enfermos.

La poca azúcar que llevábamos se consumió en la confección de un famoso jarabe con Kermes e hipecacuana del cual nunca nos olvidaremos.

Mientras tanto, con esto nos entreteníamos, puesto que el tiempo se había empeñado en seguir malo. Intermitentemente llovía con chaparrones fuertes y de bastante duración, impidiéndonos salir a efectuar excursiones provechosas.

Las casas de San Pedro son todas de tabla de araucaria: una madera fácil de trabajar, fuerte, y de un color rosado muy bajo (160).

La fabricación de estas tablas es muy primitiva, el serrucho y el cepillo no entran en ella para nada; todo se reduce a trabajo tosco de hacha.

La forma de las casas es muy simple, idéntica a la de los ranchos, con techo a dos aguas sostenido por horcones y cumbreras de distinta madera, sacada del monte vecino.

Las paredes están forradas de tablas paradas, unas al lado de otras, deslizadas, puede decirse, dentro de un marco de otras colocadas horizontalmente, tanto en la parte superior como en la inferior.

Como las tablas no son perfectas, las junturas no pueden hacerse bien, de modo que entre ellas siempre pasa un poco de aire y luz abundante.

El techo se cubre también con estas tablas colocadas unas sobre las otras como si fueran tejas, un algo parecido a los techos de ripio.

En algunas casas, las paredes son de barro, sostenidas por un enrejado de madera.

Con la madera del pino se hacen también corrales, ya sea colocando las tablas verticalmente clavadas en el suelo, ya horizontales, cuyos extremos se encajan en ranuras o agujeros especiales que hacen a los postes de distancia en distancia.

Esta madera es muy buena y tiene grandes condiciones que la hacen inmejorable para muchos usos; por esto es necesario pensar en la posibilidad de su explotación que sería para Misiones un gran elemento de riqueza.

El filón es rico, y sobre todo, abundante, por eso vale la pena preocuparse de este asunto. El secreto está en la conducción. ¿Cómo se podrá llegar a efectuarla en condiciones fáciles y sobre todo baratas?

Este problema puede tener dos soluciones.

La primera es una prolija exploración a los varios arroyos afluentes del Paraná que se hallen cerca de allí, a fin de ver si en la época de las grandes crecientes puede transportarse por ellos los trozos de madera sin preparación ninguna.

Digo sin preparación, porque en esta forma serían mejor arrastrados, y todos los golpes que recibieran en las piedras, correderas y saltos, que casi todos los arroyos presentan, no harían más que perjudicar la corteza, quedando la madera del centro en buenas condiciones o mejor dicho intacta.

Para esto, los trozos no deberían ser muy largos: de diez metros cuando más, a fin de que no fuesen detenidos en las fuertes curvas de dichos arroyos y pudieran llegar a su destino sin tropiezos.

La segunda solución sería la construcción de un *tramway* Decauville desde San Pedro al Paraná, más o menos igual al descrito en el capítulo relativo a Yaguarazapá.

Este *tramway* cuya vía podría colocarse ventajosamente buscando un terreno apto, aún cuando fuera más larga que el camino actual, sería naturalmente ventajoso, pues se trataría de evitar el cortar muchos arroyos y los repechos fuertes; podría ser tirado por mulas, y el viaje de San Pedro al Paraná se haría con mucha rapidez.

Nunca le faltaría carga, pues dando preferencia a la yerba, durante la época de la zafra, se podrían ir preparando los troncos para ser transportados cuando aquella concluyera.

Para una explotación por este medio, valdría la pena instalar en San Pedro un aserradero hidráulico, que no sólo beneficiaría las maderas antedichas sino que también ayudaría a radicar la población flotante que anda siempre desparramada en el territorio, ocupándose de trabajar sin rumbo, hoy en un yerbal, mañana en un obraje, ya en la costa argentina, ya en la brasilera, etc., sin morada fija, sin hábitos sedentarios, en una palabra: nómades, a causa de la forma en que se hacen hoy día las explotaciones en Misiones.

Esto que parece una utopía, no lo es. Ya tenemos un ejemplo de la facilidad con que se arman esas vías portátiles, en Yaguarazapá. ¿Por qué no se ha de poder hacer lo mismo de Pirai a San Pedro?

En cuanto llegamos, traté de ponerme al habla con Maidana, cacique de los indios kaingangues que allí habitan, con el objeto de hacer un vocabulario razonado y serio del idioma de esta interesante tribu.

Gracias a algunos regalos, conseguí su cooperación y la de varios indios que vinieron puntuales a la cita que les daba todos los días, durante nuestra estadía en San Pedro; de modo que así pude comprobar los datos que recogía de Maidana y aumentar algunos otros que espontáneamente me ofrecían, durante el curso de nuestras secciones filológicas.

El resultado de este trabajo ha sido publicado ya en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires<sup>1</sup>.

En él he historiado y descrito esa tribu, única de su nación que habita el territorio argentino.

Actualmente, van quedando pocos kaingangues en San Pedro, y no ha de pasar muchos años en que desaparezcan por completo.

La tuberculosis es la causa primera de su extinción rápida, y esta, a su vez, se debe en gran parte al método de vida que llevan esos indios.

Varios años de carestía y miseria han degenerado físicamente a esa raza otrora vigorosa. Mientras nos hallábamos en San Pedro, pudimos observar que la base de su alimentación eran los zapallos, únicos que se habían salvado de la plaga de las langostas.

En otro tiempo, cuando aún se hallaban en estado salvaje, siempre conseguían una alimentación abundante. El monte les proporcionaba variadas frutas y muchos cogollos de palmeras; las abejas silvestres le ofrecían a cada paso sus colmenas repletas de miel y los insectos, variadas larvas grasosas: el tambú.

En sus nómades peregrinaciones, hallaban caza numerosa de mamíferos grandes y aves, en los que probaban la destreza de sus flechas.

En los grandes arroyos afluentes del Paraná, hacían sus parí<sup>2</sup> y con ellos recogían cantidades de pescados que comían, y ahumaban para conservarlos (161).

Todo esto por sí solo bastaba para que la vida no les fuese tan difícil; pero además tenían la cosecha de piñones y la de sus sembrados en los que plantaban maíz, algún poroto y los zapallos antedichos.

Hoy día, en cambio, habiendo aceptado la civilización a medias, se han radicado en San Pedro, abandonando su vida nómade, adquiriendo los vicios de haraganería ingénita en todos los que sin estar preparados para una vida sedentaria, la adoptan bruscamente.

Los indios se han empleado como peones en la zafra de yerba mate, pero, como esta no dura todo el año, lo que ha resultado es que se han cargado de deudas, han descuidado sus sembrados, han perdido el hábito de batir el monte a fin de cazar, y hallándose desorientados y sin recursos, han optado por la resignación pasiva de extinguirse poco a poco sin hacer nada para reaccionar.

Algunas mujeres en cambio, hacen vida marital con los blancos o negros, y menos mal para ellas, pues siempre, de este modo, tienen algo que echar a la olla.

De toda la antigua tribu de *Fracrân*, cuyo sucesor es Maidana, no quedan en San Pedro sino los siguientes:

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> «Los Indios kainganges de San Pedro (Misiones) con vocabulario». Tomo II, entregas 10, 11 y 12.

<sup>2</sup> Parí es un aparato de pesca formado por un gran cesto de tacuara que se sumerge hasta cierto punto en los arroyos, a fin de que se llene de pescados. Por más datos, véase nuestros «Indios kainganges».

Varones	16
Varones niños	9
Mujeres	22
Mujeres niñas	<u>16</u>
Total	63 personas

De las cuales a la fecha debe haber muerto alguna, pues varios se quejaban de dolores en la espalda, sudores nocturnos, tos seca, etc., etc.

Todas las familias de esos indios fueron visitadas, una por una, por nosotros, consiguiendo algunas fotografías que se publicaron en el trabajo antedicho.

Habiendo terminado nuestro cometido en San Pedro, regresamos otra vez al puerto de Piray.

El *Ayacucho*, según lo convenido, allí nos esperaba para conducirnos más al Norte, donde debíamos continuar las pesquisas arqueológicas que con tanto éxito habíamos iniciado en Yaguarazapá.

Como los resultados obtenidos en ellas ya han sido publicados<sup>1</sup> y la descripción de los itinerarios hasta el Iguazú, Tacurú Pucú, Puerto Bello, etc., se hallan en la relación del segundo viaje<sup>2</sup> que ya conocen los lectores del Boletín, así como la de la gran Catarata del Iguazú que nuevamente visitamos, he creído mejor suprimirlas en este trabajo que no tiene más objeto que el de llenar el claro que se habrá notado en el viaje anterior; pues en aquel, habiendo seguido directamente de Posadas a Tacurú Pucú, no nos fue posible visitar los puntos intermedios que por hoy son los más importantes, pues tienen por su población, mayor y más cercano porvenir.

Como complemento de este viaje, una vez regresados a Posadas, hice con mi buen amigo Carlos Correa Luna una excursión al territorio paraguayo, desde Villa Encarnación a la Asunción.

Nuestro compañero Kyle no pudo acompañarnos porque sus asuntos lo llamaron con urgencia a Buenos Aires, lo que nos privó de su valiosa ayuda y grata compañía.

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> «Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná» (Tomo XVI, entregas 5, 6, 7, 8).

<sup>2</sup> «Segundo viaje a Misiones por el Alto Paraná e Iguazú» (Tomo XV). (Nota para esta edición: publicado también en Primer y segundo viaje a Misiones por Juan Bautista Ambrosetti. Buenos Aires, Albatros, 2008).

En esta travesía conocí en el pueblo de Cangó a un antiguo práctico del río Paraná, de nacionalidad portuguesa, D. Gerónimo Núñez da Silveyra, que en 1869 fue baqueano de la cañonera *Tacuary*, brasilera, que remontó dicho río, haciendo estudios hidrográficos.

El Sr. Núñez me entregó desinteresadamente el plano del río relevado entonces, y como lo reputo muy exacto por el conocimiento que de él tengo, me hago un deber en publicarlo, no todo, sino la sección comprendida entre la boca del Yabebuiry hasta el Ywitorocay, la que abarca toda la costa argentina de las altas Misiones y una fracción mayor.

Las razones que he tenido para publicar sólo esa sección son:

Primero: porque el Alto Paraná desde su boca hasta el Yabebuiry, bien relevado, ha sido publicado ya por el Sr. Hunter Dávison y su trabajo puede verse en la Memoria del Ministerio de Marina Tomo III, 1884<sup>1</sup>, de modo que no hay necesidad de volver a publicarla.

Segundo: que la región que me ocupa es la que ha sido habitada por las tribus que poblaron el Alto Paraná y abarca la parte donde aún hoy viven varias otras.

Y por fin, porque es precisamente en esa extensión en donde se hallan todos los obrajes de maderas y puertos de yerba mate, los que he tratado de indicar también.

De modo que he conciliado las cosas de tal manera que el mapa (...) no sólo es hidrográfico, sino también arqueológico, etnográfico e industrial.

Tres viajes llevo efectuados al territorio de Misiones que me han proporcionado un enorme material, en parte publicado, en parte inédito aún.

En ellos he tenido buenos y malos ratos, quizá más de estos últimos, pero a pesar de todo, la impresión que ha dejado en mí esa tierra maravillosa es profunda.

Pasarán los años, quizá sin que me sea dado volver allí, pero el recuerdo de aquellas selvas grandiosas, llenas de perfumes desconocidos, la imagen de los encajes que forman las lianas e isipós al entrecruzarse con las copas de los árboles, el espectáculo imponente de los cerros, cubiertos de vegetación intrincada y que a lo lejos presentan su masa azul titilante, y la amplia faz del Alto Paraná que

\*\*\*\*\*

<sup>1</sup> Exploraciones y Estudios Hidrográficos de diversos Ríos, Costas, Bahías y Puertos Marítimos y Fluviales de la República Argentina.

se entretiene en reflejar las costas risueñas de aquel paraíso, todo, unido con la evocación de las leyendas y la tristeza misteriosa de las ruinas cubiertas por la selva virgen, jamás se borrará de mí, y cuando llegue la época en que se vive de recuerdos, estos acariciarán la mente rejuveneciéndola ante el éxtasis siempre renovado de aquella naturaleza deliciosa.

*Juan Bautista Ambrosetti*





# *Referencias*



1. Se trata del Presidente de la Nación Luis Sáenz Peña, quien ejerció ese cargo desde 1892 hasta 1895.
2. Respetamos la grafía original del autor, pero se trataría de un modismo local por «sudestada» o un error tipográfico.
3. Esta isla es actualmente Reserva Natural Provincial de Buenos Aires.
4. Aquí explica claramente la sucesión vegetal que acompaña la formación de las islas del delta del Paraná. El ingá de río (*Inga vera* = *I. uruguayensis*), el sauce criollo (*Salix humboldtiana*) y los sarandíes pertenecen a dos especies, siendo más común el blanco (*Phyllanthus sellowianus*) y más escaso el colorado (*Cephalantus glabratus*).
5. En un paredón cercano a esta corredera se hallaba emplazada la Virgen de Itacuá, creencia popular a la que Ambrosetti se refiere oportunamente en *Supersticiones y leyendas* o *El diablo indígena*. Esta corredera ha sido propuesta por algunos como uno de los cierres del proyecto de represa de Corpus.
6. *Acrocomia aculeata*.
7. Hoy las pocas paredes en pie que subsisten se hallan dentro de los límites del penal local.
8. Es una buena descripción del aspecto original de los «campos misioneros», es decir, de lo que los biogeógrafos denominan el Distrito de los Campos o la ecorregión de los campos y malezales.
9. Esta selva en galería todavía es bien visible y factible de ser protegida convenientemente a pesar de la gran transformación y poblamiento de toda el área. El Garupá es el límite entre los departamentos de Candelaria y Capital.
10. Se refiere a la Sierra del Imán.
11. La visión de este cerro tan importante para los viajeros de fines del siglo XIX que incursionaban hasta él para ver la selva alta, sigue llamando la atención cuando uno se dirige por la Ruta Nacional 12 hacia el Norte, entre Candelaria y Santa Ana, y merecería una adecuada protección.
12. Ese paso se efectuó precisamente a la altura de Candelaria y se conserva un árbol añoso de sarandí bajo el cual, según dice la leyenda, acampó el Gral. Manuel Belgrano. Al árbol pudimos verlo a fines de la década de 1980 junto al destacamento de Prefectura Naval y como se temía por su suerte, con el llenado de la presa de Yacyretá, nos comentaron que un retoño del mismo se plantó en la plaza de Candelaria.
13. Este hecho merecería alguna discusión o reparo, ya que para otros, Bonpland estuvo instalado en Santa Ana, un poco más al norte, lo que no impide que haya visitado o vivido temporalmente en Candelaria.
14. Sería interesante rastrear este yerbal, que dudamos que subsista, por su valor histórico y por ser uno de los primeros intentos serios de cultivo de la yerba mate.

15. Esta cuestión de cómo cultivar la yerba mate ya la habían resuelto los jesuitas, quienes se llevaron con su expulsión el secreto y motivó más tarde las investigaciones de Aimé Bonpland, el célebre naturalista francés quien por efectuarlas fue mandado secuestrar por el dictador paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia y condenado a un exilio de casi una década en ese país. El secreto en definitiva era que la yerba para germinar debía pasar sus semillas por la acción de los jugos gástricos de aves frugívoras como tucanes y yacúes o pavas de monte, proceso que fue reemplazado con el método que cuenta Ambrosetti y que permitió su cultivo a escala industrial, dado que los yerbales silvestres habían sido saqueados y se hallaban en lugares alejados y recónditos. También permitió extender el cultivo al norte de Corrientes donde originalmente la planta no habría crecido en forma espontánea.

16. Aquí Ambrosetti hace una interesante observación sobre el origen selvático de la yerba como árbol del monte y deduce en consecuencia, que es mejor plantarla dentro del mismo que en los campos, donde también crece muy bien. Incluso habla del rozado de monte, pero aclarando que hay que efectuarlo con el método paraguayo que compara con el brasileiro como menos destructivo. Si bien no es del todo claro en los detalles, el método paraguayo parece ser el clareo del monte sin uso del fuego y probablemente sea una herencia guaraní que recibieran los paraguayos; en tanto que el otro, que fue el que se popularizó finalmente con el nombre de «rozado», convirtiéndose casi en un sinónimo, es el desmalezado y la tumba de los árboles para después de secos quemarlos y cultivar sobre las cenizas. Este último fue realmente funesto para las selvas de todo el mundo y ya Moisés Bertoni en el siglo XIX y Alberto Roth en Santo Pipó en el siglo XX, bregaban por el «cultivo sin incendio» o «rozado sin quemar», que es en definitiva el método al que intenta referirse Ambrosetti. Por otra parte, como bien intuye, siendo un árbol de la selva, la yerba mate prospera allí muy bien y está menos expuesta a la acción de los temporales y de enfermedades, siendo innecesario despejar la selva para cultivarla, si esto acontece es por ignorancia, practicidad o por razones culturales.

17. Ya nos referimos al estado lamentable en que quedaron las escasas muestras en pie de estas ruinas que prácticamente se perdieron y con ellas, su interés turístico.

18. Muchas veces se escribe este nombre como *Itapúa*, pero creemos que lo correcto es *Itapuá*, que significa 'punta de piedra'. Lamentablemente, este nombre original se perdió y se reemplazó por el discutible de Posadas.

19. Se refiere al padre jesuita Gay, uno de los más serios referentes para la historia de las Misiones.

20. Se trata del urunday o urunday colorado (*Astronium balansae*).

21. A la palabra *corá* muchos la entienden como una deformación en guaraní de «corral» y precisamente la forma del cerro que describe Ambrosetti le daría la razón.

22. Nótese que sigue destacando el uso del cedro para fabricar tejuelas en el Alto Uruguay.

23. Como se nota, la desconexión entre las decisiones de la autoridad nacional y la realidad local ya eran notables por esa época promoviendo colonias agrícolas en zonas inapropiadas y desconociendo los derechos de los habitantes. Problemas similares llevaron al fracaso del intento de establecer una colonia suiza encabezada por Moisés Bertoni, cerca del Yabebirí, que fracasó por razones de intereses mezquinos inmobiliarios y de los propios colonos, llevándolo a alejarse para siempre de la Argentina e instalarse en la margen paraguaya del Paraná.

24. Téngase en cuenta que este sector, a pocos minutos de auto de Posadas, afortunadamente se adquirió en enero de 2008, por parte de la Entidad Binacional Yacypetá (EBY), como reserva compensatoria de dicha presa y para constituir allí un Parque Provincial de 5000 ha que aún conserva su diversidad biológica y su belleza paisajística que admiraron Ambrosetti y sus compañeros.

25. Nótese la abundancia del cedro y los usos increíbles que se hacían de su fina madera.

26. Se refiere al guatambú blanco (*Balfourodendron riedelianum*).

27. Es increíble la vigencia actual de esta observación de Ambrosetti que recién a fines del siglo XX pudo más o menos regularse, ya que durante décadas salían los troncos, primero en jangadas y luego en camiones, rumbo a aserraderos ubicados fuera de la provincia.

28. De seis patas.

29. Es una de las primeras referencias a la presencia de la paloma casera o doméstica (*Columba livia*) en Misiones y una clara mención del uso gastronómico que en el siglo XIX se hacía de esta ave más popularizada como especie ornamental, mensajera o cinegética, pero que también se citaba a veces como ave de corral.

30. Rudecindo Roca.

31. Precisamente, Ibicuy es el nombre guaraní de la arena, de allí las islas de Ibicuy en el sur de Entre Ríos.

32. Afortunadamente, y sin ánimo de contradecir el deseo de Ambrosetti, las ruinas de Santa Ana se encuentran entre las que más conservaron la flora selvática que avanzó sobre ellas después de su despoblamiento, lo que suma un valor biológico agregado al indiscutible valor histórico. Esto recomendaría su reconversión junto con las de Loreto, Santa María y Mártires, en Reservas Naturales Culturales. El saqueo en este caso no llegó a los límites de Apóstoles, Concepción o Candelaria y es interesante señalar el uso de su cementerio original a la derecha del templo hasta bien entrado el siglo XX por parte de los nuevos colonos.

33. El curupay (*Anadenanthera colubrina*) es un árbol famoso entre los indios sudamericanos por sus efectos alucinógenos, pero que fue muy usado en las selvas en galería del norte correntino y en el sudeste de Misiones por su importancia para curtir cueros para lo que aparentemente se usaba su corteza. Su relativa

rareza en Misiones podría obedecer al efecto relativamente fuerte de esa presión extractiva sobre una especie de distribución muy limitada.

34. Ver nota 33.

35. Su nombre científico actual es *Myrocarpus frondosus*.

36. *Peltophorum dubium*.

37. Es la grapia puña o grapia, siendo el nombre que apunta Ambrosetti tal vez el original guaraní. Su nombre científico es *Apuleia leiocarpa*.

38. *Enterolobium contortisiliquum*.

39. Es el ingá de río (*Inga vera*).

40. *Psidium guajava*.

41. Si bien arazá o arasá es el nombre guaraní del guayabo, es decir la especie anterior, existen varias otras especies de este género en Misiones y el autor podría estar refiriéndose en particular a alguna de ellas, pero no podemos precisarla.

42. Con el nombre de caá pororó o caá pororoca, es decir la yerba del venadito o corzuela enana (*Mazama nana*), algunos autores refieren al canelón (*Myrsine parvula*), pero el nombre se aplica también a otras especies del mismo género.

43. *Croton urucurana*.

44. *Cabralea canjerana*.

45. Este nombre se usa en Misiones para tres especies diferentes: *Cupania vernalis*, *Matayba elaeagnoides* y *Casearia silvestris* aunque el nombre científico que le aplica es el de un cedrillo, con lo que nos quedan dudas sobre la identificación.

46. Tratándose de especies para curtir, nos llama la atención que mencione a la provincia de Tucumán como una de las principales exportadoras de este producto dado que el quebracho colorado santiagueño (*S. lorentzii* = *S. quebracho-colorado*) es marginal allí y también muy limitado el horco quebracho o quebracho del cerro (*S. marginata*). Tal vez esto explique su rareza actual en esa provincia norteña.

47. Se refiere a las luciérnagas, bichitos de luz conocidos también localmente como «taca-taca» o *vagalume*, en portugués.

48. Ese adjetivo se usa en guaraní para enano o petiso.

49. Se refiere al famoso explorador británico del África Henry Morton Stanley.

50. El nombre de pindocito lo hemos recopilado en Misiones aplicado a una curiosa palmera enana de distribución muy puntual conocida científicamente como *Allagoptera campestris*.

51. Es una lástima que estas iniciativas personales no hayan prosperado perdiéndose incluso en la memoria colectiva el valor de estos usos prácticos de las plantas y que hoy el pindocito, a pesar de estar legalmente protegido, no tenga una reserva adecuada que lo ampare ni sea cultivado por jardines botánicos o viveros.

52. El forraje más renombrado en el interior serrano de Misiones es la hoja de la palmera pindó y la caña conocida como pitinga que pertenece al mismo género del tacuarembó, el que según Ambrosetti también se usaba como forraje. Seguramente se lo hacía en las zonas cercanas al Paraná donde la pitinga no existía.
53. Los tobas y los maticos constituyen dos grandes etnias o naciones chaqueñas, pero de lengua muy diversa. Los maticos se denominan así mismos *wichís*, siendo el nombre matico despectivo.
54. Este hecho no es muy conocido y de no haber pasado por allí un experto en la materia como Ambrosetti probablemente se hubiera perdido, ya que nadie hubiera imaginado o explicado claramente la presencia de indios chaqueños, justo en una zona de reminiscencias chaqueñas como es el Distrito del Urunday. Como se aprecia, estos fueron llevados allí por la fuerza a trabajar en el ingenio después de las campañas comandadas por Benjamín Victorica que permitieron la «conquista del Chaco».
55. Se refiere a la planta que los guaraníes conocen como caraguatá (*Bromelia balansae*) que es particularmente abundante en la zona del urunday. Estos grupos chaqueños, especialmente los wichís, que le dan el nombre que refiere Ambrosetti a especies similares, obtienen de las largas hojas espinosas una fibra textil con la que confeccionan tejidos muy conocidos con el nombre de *yicas*. Estas plantas tienen una distribución muy irregular en Misiones donde no son tan abundantes como en la región chaqueña y fue pura coincidencia que los indígenas fueran deserrados a un sector donde existían las bromelias permitiéndoles continuar con sus prácticas artesanales.
56. Entendemos que estas colecciones deben estar actualmente depositadas en el Instituto Etnográfico Argentino que lleva el nombre de nuestro autor, quien fue su fundador. Sería interesante detectarlas y ver si están rotuladas adecuadamente, ya que resultaría una curiosidad por ser artesanías típicamente chaqueñas coleccionadas en Misiones.
57. Respetamos la grafía original de Ambrosetti, pero no descartamos que se trate de una mala transcripción o un error tipográfico del nombre guaraní yabebirí, es decir, 'río o arroyo de las rayas' (*Potamotrygon* spp.).
58. La hemos escuchado nombrar Isla del Toro. Muchas veces, el vocablo que denota *negro* u *oscuro* en guaraní se escribe también «hú».
59. Significa 'arroyo del pueblo' (*tavá*, en guaraní).
60. También se las llama «papeleras» y pertenecen a la familia Vespidae.
61. Papel triturado en francés.
62. Es interesante la observación, pues entre otras especies, es la única localidad argentina donde crecen algunas especies de este grupo como *Parodia schumanniana* y *Monvillea euchlora* que en la Argentina son exclusivas de ese macizo y sólo compartidas con cerros cercanos del Paraguay.

63. Aunque parezca exageradamente poética es una de las mejores descripciones del paisaje que se observa desde el Peñón del Teyú Cuaré, hoy parque provincial, ubicado justo en el límite o ecotono de los campos con las selvas altas.

64. Este río hace referencia a las rayas de río, peces cartilaginosos de cuerpo circular rematado en una cola que posee un ponzoñoso aguijón. Años después, lo haría famoso Horacio Quiroga, quien instaló una chacra muy cerca de las orillas del Teyú-Cuaré.

65. Según Ezequiel Núñez Bustos se refiere a especies de *Morpho* sp., *Phoebis* sp. (al hablar de *Pierides*) y *Diaethria* sp. (para las 88).

66. Es interesante destacar que todavía sus descendientes viven en dicha localidad misionera.

67. Sería interesante rescatar más datos entre los descendientes de esta actividad que habrá sido en esa época de gran importancia, pues la mula era el medio de transporte obligado de los exploradores y yerbateros. Como ya es sabido, la mula es el híbrido producido por el hombre entre el caballo y el burro y reúne las ventajas de mayor docilidad y buena marcha del primero con la habilidad de andar terrenos escabrosos con paso seguro y buena resistencia al peso o a las cargas del segundo.

68. Aquí se suma el difundido fumo bravo (*Solanum granulosum-leprosum*) como planta forrajera, uso que desconocíamos. Recordemos que se da el mismo nombre a la especie *Solanum riparium*.

69. Duele decir que en nuestras numerosas andanzas por Misiones, sólo dos veces vimos una mula y si no fuera por estos comentarios de Ambrosetti, no podríamos imaginar la importancia que tuvo este animal en el desarrollo y poblamiento de esta provincia.

70. Entendemos que debe referirse a las especies de sarandí que ya nombramos al comienzo de este viaje, particularmente al blanco que es más abundante, pero entendíamos que más bien era una madera liviana y por eso se la elegía para ese fin.

71. Como se advierte, el proceso de penetración cultural brasileña ya se estaba llevando a cabo y poco después lo terminaría de confirmar en sus escritos Horacio Quiroga. En la práctica, el valle del Paraná fue el sector donde más resistieron los usos y costumbres paraguayas de base guaraní, pero el proceso fue profundo y afectó no sólo el habla sino también a las costumbres, y reemplazó topónimos y nombres de plantas y animales produciendo sin querer la pérdida de numerosos vocablos guaraníes.

72. Se refiere a la localidad que hoy lleva su nombre, ubicada hacia el este en la zona central de la provincia.

73. Hemos leído y escuchado reiteradamente que las vigas que aún sirven de sostén en esta reducción son de lapacho, pero no sería raro que también se usara la de este árbol, muy buscado como poste por su durabilidad y que abundaba poco más al Sur.

74. Esta observación vuelve a resaltar el interés biológico y no sólo histórico o cultural de estas reducciones que nos llevaron a recomendarlas calurosamente como Reservas Naturales Culturales en varias publicaciones (Rolón y Chebez. 1998. *Reservas Naturales Misioneras*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones; y Chebez. 2005. *Guía de las Reservas Naturales de la Argentina*. 3. nordeste. Buenos Aires: Editorial Albatros). También técnicos como A. G. Amat (1993) y Castía et al. (2008) han recomendado la protección de estos conjuntos por el valor de su flora en el primer caso y de sus aves, en el segundo.

75. Ambrosetti estaba en lo cierto y con las tareas de rescate posteriores hoy se pueden ver dichas lápidas y sus inscripciones, que pertenecen a sacerdotes que eran los únicos que podían ser enterrados junto al altar.

76. Aquí se prueba lo dicho en la nota 73 y probablemente ambas maderas hayan sido usadas para ese fin.

77. Este árbol fue removido por razones de mantenimiento del frontispicio, pero quedan numerosos ejemplares creciendo sobre construcciones menores en la misma reducción y el árbol «corazón de piedra» no es otra cosa que un higuerón o ibapoy (*Ficus luschnathiana*) que abrazó por completo una columna de piedra que puede verse entre sus raíces, que a modo de grandes tentáculos, la envuelven.

78. Se refiere al Brigadier Francisco das Chagas Santos que desde Brasil invadió, asoló e incendió las Misiones Jesuíticas de nuestro país sin llegar a pasar el río Paraná, razón por la cual están mejor conservadas las del Paraguay.

79. Ambrosetti no se equivoca y San Ignacio es hoy la reducción o misión jesuítica más visitada por el turismo nacional e internacional en nuestro país, al nivel que algunos creen que la declaración como Sitio de Patrimonio Mundial corresponde sólo a esas ruinas, cuando en realidad lo son la totalidad de las existentes en la provincia, e incluso en Corrientes.

También hay que reconocer que si bien al principio, por la imposibilidad de acceso primero y lo dificultoso que era después en el camino al Iguazú, los turistas pernoctaban en la localidad para ver en detalle estas ruinas, con el asfaltado de la ruta 12 la mayoría lo hace como una escala en su viaje de subida o bajada al Iguazú, pasando allí sólo unas horas, con lo cual el progreso vislumbrado no fue de la magnitud esperada. De allí la importancia de generar un circuito ecoturístico y cultural del sur misionero que involucre estas ruinas con las de Loreto, Santa Ana, el Parque Provincial Teyú Cuaré, el Parque Provincial Campo San Juan de próxima creación y el posible Monumento Natural Provincial Cerro Santa Ana entre otros atractivos que obligarán a reformular el uso turístico del área beneficiando a las localidades cercanas como Candelaria, Santa Ana y San Ignacio, principalmente.

80. Nótese que según Gay no sólo temían los ataques de los *bandeirantes* o tropas portuguesas que buscaban indios para esclavizar, sino también a los tupíes o kaingangues que estaban permanentemente enfrentados con los guaraníes, cainguaús o mbyás.

81. Esta cita es de interés pues prueba la abundancia de loros a fines del siglo XIX, lo que sabemos que se prolongó hasta comienzos del siglo XX (Alberto Roth, com. pers.). Entre las especies que formaban esas grandes bandadas se contaba el hoy amenazado loro vinoso (*Amazona vinacea*) y el loro maitaca (*Pionus maximiliani*) al que por algo se lo llama también «loro choclero» que todavía es frecuente, pero sin formar grandes concentraciones y probablemente el maracanán afeitado o lomo rojo (*Primolius maracana*), hoy prácticamente extinto en la provincia.

82. Cena.

83. Estos naranjales también eran frecuentados por los loros nombrados en la nota anterior que se concentraban en ellos cuando las frutas maduraban y fueron el origen de las naranjas amargas asilvestradas o «apepú» (*Citrus aurantium*) que se encuentran en lugares plenamente selváticos donde llegaron transportadas por los pájaros.

84. Una prueba irrefutable del destrozo innecesario que se hizo de este recurso natural que si hubiera sido administrado en forma racional, hubiese sido permanente.

85. Es interesante esta diferencia que hace Ambrosetti entre «pique» y «picada», siendo el primero sólo peatonal y a monte traviesa y usando la otra para las sendas más anchas y despejadas que permitían el paso de cabalgaduras.

86. Compárese este comentario con los del mismo autor donde prácticamente se admitía completar la cosecha de yerba con una variedad de otras especies conocidas popularmente como caonas o caúnas, y que ya referimos oportunamente. Se había hecho tal abuso de este hábito que llevó a la prohibición total como lo refleja el Reglamento de yerbales aquí transcripto.

87. Hoy Campo Grande es una importante localidad y que nada quedó en pie de sus yerbales silvestres.

88. Es el jote negro (*Coragyps atratus*), un «buitre americano» de hábitos necrófagos.

89. Los venados o corzuelas son tres especies del género *Mazama* que pueblan Misiones y responden a los nombres vulgares y científicos de pardo o guazúpithá (*Mazama americana*), birá (*M. gouazoupira*) y pororoca o poca (*M. nana*). Los chanchos de monte son de dos especies, el jabalí cabalí o pecarí labiado (*Tayassu pecari*) y el tateto (*Pecari tajacu*). El acutí es el bayo (*Dasyprocta azarae*) y la paca, (*Cuniculus paca*). Este último roedor de carne muy buscada y pelaje rojizo moteado de blanco recién fue citado para nuestra fauna formalmente varias décadas después.

90. Es la gallina de Guinea, pintada o gallineta (*Numida meleagris*), una gallinácea silvestre oriunda de África y muy difundida en chacras y granjas del norte argentino, donde, que sepamos, no llega nunca a asilvestrarse.

91. Este es un interesante y original uso de los tacurúes.

92. Siendo un hábito tan difundido en nuestro país y originario de esta zona, es interesante prestar atención a la función social del mate que hace el autor, lo que

permite una mejor integración con los habitantes del área. Evidentemente, la no aceptación del mate crea una distancia que impide el acercamiento y el intercambio de datos y experiencias, lo que para Ambrosetti constituía el principal motivo de interés.

93. Hoy el mate dulce en Misiones es una absoluta rareza y por lo general quien lo toma así trae la costumbre de otras regiones. Pero el mate propiamente dicho, a veces llamado *cimarrón*, es amargo por definición.

94. Todavía subsiste en la zona de pastoreo cercana a San Ignacio una comunidad mbyá y no sería raro que fuera la misma.

95. En el interior de Misiones la observación sigue plenamente vigente.

96. La grafía más usada y corriente es petroglifos, que son grabados en piedra. Son una curiosidad y resulta interesante saber si subsisten.

97. Los ciervos podrían ser venados de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus*) que según parece existieron en los campos de San Ignacio hasta comienzos del siglo XX.

98. Es el yaguareté (*Leo onca*).

99. Como se ve, Ambrosetti sospecha que estos fueron efectuados por enseñanza de los jesuitas y no como hábito propio de los pueblos originarios. Sea lo que fuere, si existieran, resultarían de gran valor y serían las únicas representaciones en piedra de estos dos exponentes de la fauna misionera, uno de ellos aún mal documentado y de presencia discutida como es el caso del venado de las pampas.

100. Evidentemente las cañas eran apreciadas por entonces y tenían diversos usos en construcciones, carros, carretas y hasta para confeccionar picanas para los bueyes. En nuestros tiempos, las hemos visto en Puerto Iguazú y Posadas para improvisar andamios durante las construcciones de edificios.

101. Es decir, como cabreadas.

102. El autor no soñaba que años después también los ingenieros hidráulicos verían ambos saltos como ideales para instalar allí represas, aunque en el caso de Corpus existen dos emplazamientos: Corpus en Corpus y Corpus en Itacuí, que están en estudio y la represa aún no se concretó, existiendo un plebiscito provincial de 1996 en contra de su construcción.

103. Se refiere a grandes remansos.

104. Se llamaba también así al ambay (*Cecropia pachystachya*) o Ambrosetti los confundía. Como ya indicamos, el verdadero mamón o papaya (*Carica papaya*) es una planta de distribución panamericana que aparentemente varias etnias fueron intercambiando como planta de cultivo y la mantuvieron así los guaraníes. El ambay es muy frecuente en las selvas en galería.

105. Entendemos que se refiere a alguien picado de viruela.

106. Siempre nos intrigó este topónimo, pero no nos atrevemos a discutir esta versión original de su traducción.

107. Este es un tema que todavía es materia de discusión. Si bien Ambrosetti fue de los primeros en darse cuenta de que «yaguá», nombre aplicado en el área guaraní al perro doméstico, le había sido traspasado a este por un animal silvestre, no necesariamente es el «tigre» (*Leo onca*) cuyo verdadero nombre guaraní es yagueté. «Yaguá» equivaldría a lo que los científicos llaman «carnívoro» y los cazadores brasileños, «bicho de uña». Por eso «yaguané» es el zorrino, «yaguapé» el hurón menor, «yaguarundí» el gato moro, «yaguá-pihtá» el puma y se cree incluso que la palabra «*aguará*» es decir, ‘zorro’, podría derivar de «yaguará».

108. Moisés S. Bertoni (1857-1929) fue un agrónomo oriundo del cantón de Ticino en Suiza, en la frontera con Italia, quien con su familia migró a la Argentina con un grupo de compatriotas para instalar una colonia suiza en el sur de Misiones con el aval del Presidente Roca y de su hermano Rudecindo, que era gobernador del territorio. Como ya dijimos en otra parte, por enfrentamientos entre los colonos, lo pedregoso de los suelos elegidos no muy aptos para la agricultura y las componendas inmobiliarias, luego de una breve estadía en el valle del Yabebirí, donde incluso perdió una hija ahogada, Bertoni se trasladó a la costa paraguaya, a Yaguarazapá, donde lo encuentra Ambrosetti y más tarde, a unas tierras que le dona el Gobierno paraguayo más al norte para instalar la colonia Guillermo Tell, poco al sur de Puerto Iguazú, en la margen paraguaya y que fue conocida hasta nuestros días como Puerto Bertoni. En Paraguay, fue el «sabio» por antonomasia y publicó numerosas obras de agronomía, botánica y etnografía siendo la más famosa «*La civilización guaraní*», en tres tomos que imprimió en su imprenta en medio de la selva. También fundó la Escuela Nacional de Agricultura en Asunción. Tuvo numerosos hijos destacándose Carlos Linneo que murió muy joven y era su linotipista y A. de Winkelried Bertoni quien se convirtió en un destacado zoólogo. La tumba de Moisés Bertoni aún existe en Puerto Bertoni junto a los restos de su casa y estudio, recientemente reacondicionados con apoyo de una ONG suiza, en el Monumento Científico-Histórico Puerto Bertoni dependiente de la Dirección de Parques Nacionales y Vida Silvestre del Paraguay.

109. El aspecto interior de su vivienda que describe coincide con el que dan otros viajeros y el que puede verse reconstruido hoy en día en Puerto Bertoni.

110. *Nectandra megapotamica* = *N. saligna*.

111. El comentario podría aplicarse hoy como un elogio anticipado por Ambrosetti a otros pintores misioneros contemporáneos que hacen honor a su provincia como Zygmunt Kowalski, Mandové Pedrozo, Ramón Ayala, etc.

112. Los carábidos son los conocidos escarabajos y los curculiónidos, los gorgojos.

113. Los himenópteros son las abejas, avispas y hormigas.

114. Los dípteros son las moscas, tábanos, mosquitos, jejenes, etc.

115. Lamentablemente, nada dice de su aspecto que nos permitiría identificar la especie, pero deja claro que no sólo se los mataba o perseguía como plagas de los cultivo sino también como alimento.

116. El objetivo central de este viaje queda aquí revelado y refleja la claridad con que Ambrosetti advirtió en su pasada fugaz entre estos indígenas en el primer viaje que eran los últimos de su stirpe y que merecían un estudio especial que efectivamente publicó y que tuvo su origen en esta excursión. Hoy, este estudio es de tal importancia que no sólo es el único testimonio documentado de esta etnia en la Argentina, sino que lo utilizan como referencia obligada los antropólogos brasileños y existen traducciones al portugués.

117. Es una excelente descripción de cómo se levanta repentinamente la bruma otoñal que cubre los ríos misioneros, apareciendo el cielo despejado y el sol brillante donde antes todo era una densa neblina y un toldo de nubes.

118. Del francés, 'buen cocinero'.

119. Como se ve, la explotación yerbatera ya había destruido los yerbales de Campo Grande, estando en prospección otros ubicados más al Nordeste.

120. Aquí la confusión ya incluye a tres especies fundidas en una sola cuando en realidad son bien diferentes. Ya aclaramos lo del ambay y el mamón, y se suma ahora el yacaratiá del que recopila una grafía bastante diferente que merecería algún análisis etimológico. Se trata del yacaratiá o ñacaratiá (*Jacaratia excelsa*) de fruto comestible más pequeño que el mamón, pero muy gustoso, del que es pariente. Por otra parte, la descripción que hace del tronco y las hojas se adecua al ambay.

121. Existe un arroyo del mismo nombre.

122. La grafía correcta es *capí oví* y hoy es una localidad y un arroyo.

123. Nótese el temor que se tenía por la abundancia del yaguareté.

124. Sobre todos estos duendes y creencias, ver los relatos del mismo autor en sus otros viajes o en su libro clásico póstumo *Supersticiones y leyendas o El diablo indígena*, que para algunos, entre los que nos contamos, es la piedra basal de los estudios folclóricos en la Argentina.

125. Curuzú es una deformación en guaraní de la palabra castellana «cruz».

126. Sobre este topónimo, ver nuestros comentarios en el segundo viaje. Es evidente que a Ambrosetti también le preocupaba su origen.

127. Esta localidad se halla en plena sierra de Misiones, en la divisoria de aguas y está hoy a orillas de la Ruta Nacional n° 14.

128. Hoy la isla Caragatay es parque provincial, dado que es una de las pocas que conserva su vegetación nativa.

129. Este punto es coincidente con la actual localidad de Puerto Piray que algunos historiadores comentan que fue primeramente conocida como Puerto Pampas.

130. Efectivamente, Fracrán era un temido cacique caingangue, quien al atacar una comitiva yerbatera, dejó con vida a un joven muchacho mestizo procedente de Santo Tomé al que crió como su hijo y sucesor: Bonifacio Maidana.
131. Recuérdese que en esa época por una picada coincidente mayormente con la actual Ruta Provincial n° 16 se llegaba desde el Paraná a San Pedro, y a su vez, desde allí, se podía bajar al Alto Uruguay atravesando a lo ancho toda la provincia que estaba enteramente cubierta de selva.
132. Es interesante cómo identifica Ambrosetti los puertos por donde salía la yerba silvestre con rumbo a Posadas, Corrientes y Buenos Aires.
133. Frase que se hizo relativamente famosa y que Holmberg, suegro de Ambrosetti, publicó en su célebre *Viaje a Misiones*.
134. Es una de las primeras referencias claras a la floración y fructificación cíclica de las tacuaras que produce una gran atracción para ratones y pájaros que se alimentan de sus semillas, lo que aprovechaban numerosos predadores, incluyendo los pueblos originarios.
135. Según Ezequiel Núñez Bustos, es el *Eumorpha vitis* (Sphingidae).
136. Sobradiño es un nombre «abrasilerado» que se traduce como «sobradito». Se refiere a las plataformas que se armaban en los árboles para esperar la bajada nocturna de los animales grandes a los barreros o cebaderos. En portugués, estas plataformas se llaman frecuentemente «giraos» y en castellano antiguo, «sobrados», que significa ‘altillo o lugar donde se coloca lo que sobra’.
137. El término es un sinónimo del nombre Piñalito y se aplica a un pequeño manchón de pino paraná (*Araucaria angustifolia*). La observación de Ambrosetti nos parece atinada, pues a esa altura no existió influencia jesuita y no eran raros los manchones aislados, de escasa superficie, de este árbol nativo.
138. Es una definición interesante de un localismo que nada tiene que ver con la que posee habitualmente y que aparece en numerosos topónimos.
139. Se trata del famoso escritor francés, célebre por sus novelas ambientadas en los sitios más recónditos del planeta, y que adelantaron aparatos y proezas que por entonces parecían increíbles.
140. Cariyó pequeño.
141. Es una abejita del grupo de las meliponas y que algunos llaman «mirim».
142. No hemos podido dar con la identificación exacta de esta especie, pero es sin duda una cucurbitácea.
143. Es el *Pouteria salicifolia* de largas hojas brillantes alargadas y que da un humo espeso que hace llorar, de allí el nombre vulgar. Es típico de las selvas en galería y crece junto al agua.
144. *Ruprechtia laxiflora*.
145. *Pipile jacutinga*.

146. Nótese en estos dos párrafos el contraste entre ambas situaciones. La primera es un bosque alto con escaso sotobosque, es decir abierto y que facilita la marcha como es la selva virgen o madura, y el otro es un ambiente con abundancia de cañas y enmarañado provocado en este caso por una tormenta.

147. *Lonchocarpus leucanthus*. Algunos lo llaman rabo de bugío (es decir, del mono aullador).

148. Existen varias especies del género *Ipomoea* con campanillas de un color parecido y pertenecen a la familia de las convolvuláceas.

149. Se refiere a la caroba (*Jacaranda micrantha*), árbol reputado como medicinal y de cuya ubicación los baqueanos están siempre advertidos.

150. Estas lagunas de la selva, de ser despejadas de vegetación arbórea, son muy raras y escasas. Las más comunes que reciben el mismo nombre son bajíos con pequeños árboles o arbustos y abundantes gramíneas o herbáceas.

151. Este arroyo, afluente del Piray Guazú, hoy se conoce como Palo Yerba o Tigre.

152. En realidad, amambay se usa en guaraní en forma indistinta para cualquier helecho grande, siendo amambay guazú el nombre que corresponde a los helechos gigantes o arborescentes, más popularizados con el nombre de chachíes. Los mismos pertenecen a los géneros *Alsophila* o *Trichipteris*, *Nephelea* y *Dicksonia*.

153. *Araucaria angustifolia*.

154. Nombre extraño que significa 'mono en tierra o en el suelo' y que sin dudas habrá contado con un curioso origen.

155. Ver comentario 153.

156. Son exponentes de una Provincia o Distrito Biogeográfico peculiar denominado Planaltense, pues se extiende por todo el planalto del sur de Brasil en los estados de Paraná, Santa Catarina y en menor medida, Rio Grande do Sul, constituyendo la Sierra de Misiones el reborde occidental del mismo.

157. Si bien el dato es curioso, lamentablemente la decadencia de este pueblo originario impidió nuevas observaciones disipando el temor de Ambrosetti, pero es digno de destacar cómo advierte estos datos para evitarle a colegas falsas creencias.

158. Este método de cosecha es muy llamativo y lo justifica la altura de estos árboles. En el Sur, los pehuenches, gente del pehuén (*Araucaria araucana*), parcialidad mapuche muy relacionada también con la cosecha de los piñones, hasta donde sabemos no trepan a los árboles, que tienen más diversidad de porte, abundando los ejemplares bajos y medianos que permiten con una caña o palo golpear los frutos desde el suelo por la menor competencia con otras especies arbóreas.

159. Confróntese, como en el caso de la yerba, el método racional del pueblo originario con el drástico del hombre blanco.

160. Como se nota, el uso maderero del pino paraná ya había comenzado.

161. Vale la pena destacar que este método era aparentemente invento de los kaingangues, que sabían que los peces del Alto Paraná y probablemente del Alto Uruguay ingresaban a los arroyos del interior misionero, principalmente en los meses estivales y se retiraban en los invernales de nuevo a los grandes ríos con excepción de algunas pocas especies residentes de pequeño tamaño y valor proteico, de allí que idearan este método selectivo para atraparlos y que los conservaran ahumados para la época de escasez. El nombre de este aparejo se popularizó como *parís* (por influencia sin duda de la Ciudad Luz), pero el término original es el apuntado por Ambrosetti. Es interesante señalar que el hombre blanco copió y pervirtió el método usando pequeñas redes o coladores y construyendo pequeñas represas artificiales que obligaban a los peces a pasar por contados puntos. Todo esto llevó a la prohibición total del parí por su efecto devastador cuando en su origen se trataba de una excelente muestra de aprovechamiento racional de un recurso natural.

Si está comprometido con la  
naturaleza y su  
conservación,  
visite nuestro sitio

**[www.losquesevan.com](http://www.losquesevan.com)**

y únase a nosotros  
para acudir en auxilio  
de las especies  
amenazadas.

